

LATITUDES

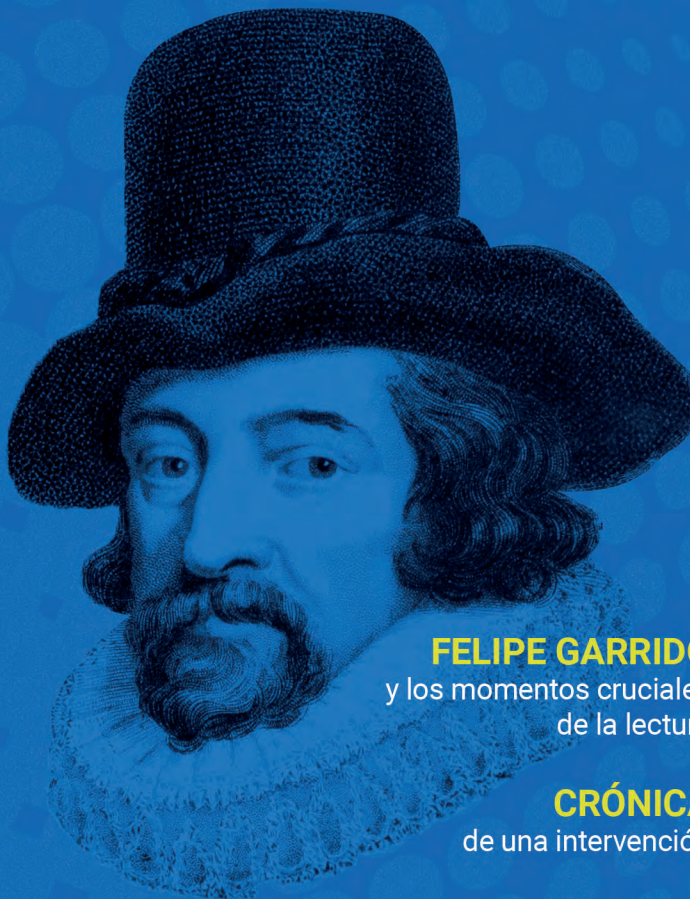
COCH

REVISTA CULTURAL DEL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES | Abril de 2019 | Núm. 1

EL ENSAYO

Origen, genealogía, evolución,
vigencia y pertinencia

**MICHEL DE MONTAIGNE
Y FRANCIS BACON,**
creadores del ensayo



FELIPE GARRIDO
y los momentos cruciales
de la lectura

CRÓNICA
de una intervención

EL CULTIVO
de las emociones

CÉSAR VALLEJO, POETA:
"Yo nací un día que Dios
estaba enfermo"

LAS HORAS
crepusculares
(relato)

LOS GRANDES ENSAYISTAS DE NUESTRO TIEMPO

Colección

La Academia para Jóvenes

Un proyecto de fomento a la lectura
para el bachillerato universitario por parte del
Colegio de Ciencias y Humanidades y
la Academia Mexicana de la Lengua



Puedes consultarla en:
www.cch.unam.mx

ÍNDICE

2	¿Por qué <i>LATITUDES CCH?</i>
5	Presentación
6	¿Qué es el ensayo?
14	Montaigne, el humanista
18	Bacon, el filósofo y político
22	Genealogía del centauro
29	La flor punitiva
30	El microensayo
32	Leer ideas
38	Cómo se escribe un ensayo
40	Grandes ensayistas de nuestro tiempo
42	Los libros indispensables
46	Felipe Garrido y los momentos cruciales de la lectura
54	El CCH como editor
58	César Vallejo: "Nací un día que Dios estuvo enfermo"
62	Zorro Viejo
66	Una intervención para mejorar el aprendizaje
80	El cultivo de las emociones
83	Las horas crepusculares (relato)
88	Naufragios: El perfil de su desasosiego

¿Por qué **LATITUDES CCH?**

BENJAMÍN BARAJAS SÁNCHEZ
Director General del
Colegio de Ciencias y Humanidades

CCH
—
2
—
LATITUDES



Revista de Occidente, 1928

Todo podría quedar dicho en ese juego de imaginación e ingenio verbal que es la adivinanza: ¿qué es aquello que todos saben que tiene efectos aunque nadie conoce cuáles serán?

Efectivamente, una revista. Nadie puede saber el impacto que logrará aunque todos intuyen que lo tendrá, y de sobra. Un vistazo rápido a las revistas que divulgaron y alimentaron las ideas en el mundo occidental durante el siglo XX así lo demuestra.

José Ortega y Gasset desconocía el papel de faro para el mundo de habla hispana que representaría la *Revista de Occidente* (fundada por él en 1923), pero esta publicación reiteró nuestra pertenencia a eso que se conoce como cultura occidental. Argentina no hubiera sido el centro cultural cosmopolita en Sudamérica ni el boyante emporio editorial sin Victoria Ocampo y la revista *Sur*, fundada en 1931. Nombres como Waldo Frank, José Bianco, Ramón Gómez de la Serna, Pedro Henríquez Ureña, Federico García Lorca, Jorge Luis Borges, William Faulkner, Aldous Huxley, Adolfo Bioy Casares, André Malraux, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Octavio Paz y Ernesto Sábato, entre muchos más, aparecían regularmente en las páginas de *Sur* y posteriormente con sus obras en

la editorial surgida de la misma revista. En el mundo anglosajón (otro profesor se encargará de reseñar la importancia del periodismo en publicaciones inglesas como *The Tattler* y *The Spectator*), los Estados Unidos no habrían logrado ese modelo de calidad periodística que varios medios de distintos países tratan de imitar y que hoy día es una de sus más firmes instituciones democráticas, sin publicaciones como *The New Yorker* (fundada en 1925) y *The New York Review of the Books* (1963); la primera, además de lograr un periodismo de primerísima calidad a través de ensayos, crítica y reportajes de investigación, así como incluir

por primera vez el relato en sus páginas, se impuso la existencia de un verificador, es decir, una persona encargada de analizar cada uno de los datos a publicar con el fin de no cometer pifias o divulgar informaciones falsas; la segunda, en tanto, surgió ante los vacíos comentarios de libros y se propuso hacer literatura a partir de la propia crítica literaria, por lo cual privilegió el ensayo como género, además del artículo y relatos de los mejores escritores, y por eso se volvió uno de los principales foros del pensamiento contemporáneo.

Nombres como Edmund Wilson, Paul Krugman, Harold Bloom, Gore Vidal, Isaiah Berlin, Norman Mailer, J. K. Galbraith,

Hannah Arendt, Susan Sontag, Saul Bellow, Truman Capote, Octavio Paz, Irving Howe, John Updike y Derek Walcott, entre muchísimos más, han hecho de ésta una de las mejores publicaciones culturales del mundo (existe una selección al español).

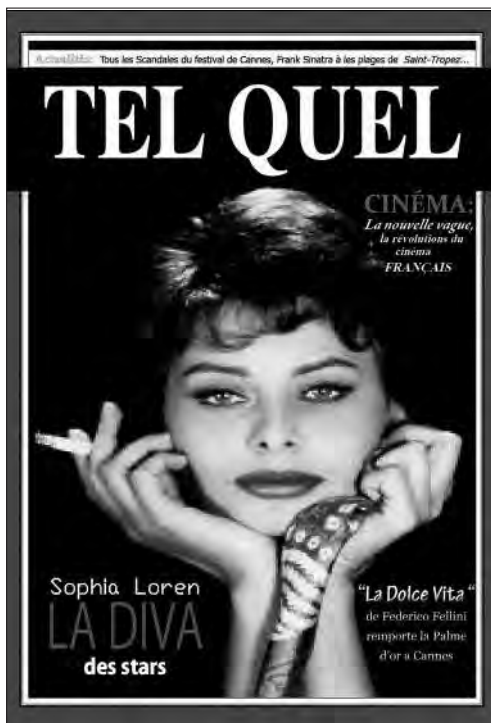
En Francia no se habría producido esa explosión de pensamiento que aún hoy día sigue animando al mundo intelectual y académico sin la revista *Tel Quel*, en donde colaboraron, entre muchos más, Roland Barthes, G. Bataille, J. Derrida, A. Thibaudet, Julia Kristeva, G. Bachelard, Tzvetan Todorov, Michel Foucault, Maurice Blanchot y Umberto Eco.



Sur, 1965



The New Yorker, 1925



Tel Quel



Vuelta, 1987

Aquí en México Octavio Paz hizo de *Plural* y *Vuelta* piezas claves para enseñarnos a dialogar y convivir con ideas diferentes en el mundo polarizado del siglo xx, y con ello desbrozar el camino hacia la democracia, a la vez que abrió ventanas para asomarnos a lo más sobresaliente de la cultura mundial.

Por supuesto, existieron y existen muchas más, alineadas a una personalidad, a una corriente de pensamiento o a una especialidad del saber, pero consideramos que como revistas culturales son las que mejor representan la tradición en el siglo xx, y si nos referimos a ellas es por el enorme impacto cultural que lograron como transmisoras y animadoras del pensamiento y como detonadoras de la creatividad, aunque su propósito inicial haya sido otro.

Latitudes CCH aspira a continuar esta tradición y dejar su propia huella en su respectivo ámbito. Su propósito de contribuir a la formación de los estudiantes, de motivar la lectura

entre profesores y alumnos, de acercarlos a las obras, temas y autores que los inspiren para continuar estudiando, para elegir una profesión o simplemente para aprender y actualizarse, nos situará siempre en un afán divulgativo y aun didáctico. Por eso el tema del primer número es el ensayo, pues el CCH surgió con este género y profesores y alumnos lo leemos y practicamos. Esto justifica también el hecho de editar una nueva revista: no se trata de publicar por publicar (no somos una editorial), sino de cumplir de la mejor manera nuestro propósito central como institución educativa, que es el de educar.

De los varios significados que el Diccionario de la Lengua Española registra del término latitud, subyacen los de espacio y amplitud, que connotan pluralidad y libertad, valores hoy tan esenciales de nuestro tiempo como de una comunidad universitaria a la cual pertenecemos y nos debemos. **L**

Presentación

Un buen aprendizaje debe mucho a los materiales didácticos empleados durante la enseñanza. Con auxiliares didácticos eficaces el aprendizaje recupera su cualidad de instrucción para aprender y no sólo para asimilar datos y memorizar fechas o números. Un buen libro, manual o guía preparan para continuar aprendiendo, para llevar al estudiante por sí mismo –el aprendizaje autónomo– a horizontes inesperados de conocimientos, de comprensión y razonamientos. A veces un diccionario especializado o una antología hacen mucho más por la educación que un curso completo.

Esta idea orienta la elaboración de la presente revista, de ahí que el tema elegido para su primer número sea el ensayo, un género literario con el cual el Colegio de Ciencias y Humanidades prácticamente nació, ha funcionado a lo largo de su existencia y hoy día estudiantes y profesores lo leen, analizan y escriben en la medida de sus posibilidades.

Debido a su carácter proteico es posible emplearlo en disciplinas literarias, científicas (naturales y sociales), humanísticas y artísticas, justamente las que los programas de estudio del Colegio incluyen. Su brevedad lo obliga a centrarse en aspectos determinados de un tema, a veces el que más necesita o interesa al lector, lo cual lo convierte en un buen texto introductorio que despertará el interés por ampliar o ahondar los conocimientos, a veces el punto de vista que requiere para resolver un problema.

La presencia de los medios digitales en la educación y la necesidad de opciones textuales que se adecuen a su funcionamiento (los

textos de un blog, los que se comparten en una plataforma o los comentarios en la red) apelan nuevamente al ensayo como el género textual más idóneo y pertinente.

La velocidad con que se divulga y modifica el conocimiento hoy día hace del ensayo el género textual idóneo para comunicar y explicar esos cambios. Si a ello sumamos su cualidad para discurrir en torno a cualquier asunto y la flexibilidad en su tratamiento, tenemos la explicación de por qué es tan empleado dentro y fuera de las aulas, y por qué requerimos abordarlo en una revista que pretende contribuir a la formación de los alumnos y a la actualización de los profesores.

El ensayo no es un simple comentario, aunque lo implica. A diferencia del artículo periodístico, que está sujeto a las exigencias de actualidad y oportunidad, así como a una extensión muy precisa, posee mayor libertad expositiva. No es simplemente un juicio, opinión o valoración de algo. Por eso debemos conocer sus antecedentes, origen, evolución, principales características y tipos en los que se presenta, así como las posibilidades comunicativas y creativas que brinda.

Por eso lo hemos elegido para inaugurar el primer número de la revista. Con ello cumplimos con nuestra intención de ofrecer una opción didáctica y subrayamos el carácter eminentemente cultural de una publicación que, esperamos, interese no sólo a alumnos y profesores, sino a los lectores en general. Queremos que *Latitudes CCH* sea un medio de consulta permanente y un órgano que comparta la experiencia, vocación y conocimientos de una institución educativa cercana ya a cumplir medio siglo de existencia. **L**

¿Qué es el ensayo?

FERNANDO ÁLVAREZ TÉLLEZ

CCH
—
6
—
LATITUDES

La definición más sencilla y práctica es la de Edmund Gosse, quien afirma: “El ensayo es un escrito de moderada extensión, generalmente en prosa, que de un modo subjetivo y fácil trata de un asunto cualquiera.”

Con todo y su simplicidad, la definición nos plantea varios problemas pues, para iniciar, ¿qué tan larga o corta es esa “moderada extensión”? Existen ensayos como “La flor punitiva”, de Ramón López Velarde, que apenas si ocupa la página entera de un libro de bolsillo, pero *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz emplea más de dos centenares de páginas del mismo tamaño.

Desde luego, “La flor punitiva” es un ensayo centrado en una sola idea, mientras que el tema de *El laberinto de la soledad* es lo mexicano, la forma del ser nacional, un tema que para ser abordado requiere desglosarse en varias partes o capítulos, los cuales constituyen así realmente un conjunto de ensayos. Paz divide su escrito ya clásico en ocho capítulos, a los cuales agrega un apéndice (“La dialéctica de la soledad”) y en la última edición (1993) una postdata con una Nota y tres capítulos, más una entrevista con Claude Fell, con los cuales el libro alcanza 350 páginas. Ya no es de “moderada extensión”.



Ramón López Velarde

¿Qué es lo que comparten ambos textos? El vuelo literario, la calidad de su prosa. Léase el principio de “La flor puntiva”:

Una y otra vez envenenado en el jardín de los deleites, no asomaron ni la desesperación, ni la venganza, ni siquiera un inicial disgusto. Antes bien, germinó la solemne complacencia de los señalados por la diosa. Y en las rituales resignaciones, roja como el relámpago de una bandera, sólo se afanaba la sangre, queriendo escapar en definitiva.

Ahora atiéndase este párrafo del primer capítulo de *El laberinto de la soledad* (“El pachuco y otros extremos”):

En todos lados el hombre está solo. Pero la soledad del mexicano, bajo la gran noche de piedra de la Altiplanicie, poblada todavía de dioses insaciables, es diversa a la del norteamericano, extraviado en un mundo abstracto de máquinas, conciudadanos y preceptos morales. En el Valle de México el hombre se siente suspendido entre el cielo y la tierra y oscila entre poderes y fuerzas contrarias, ojos petrificados, bocas que devoran. La realidad, esto es, el mundo que nos rodea, existe por sí misma, tiene vida propia y no ha sido inventada, como en los Estados Unidos, por el hombre. El mexicano se siente arrancado de esa realidad, a un tiempo creadora y destructora, Madre y Tumba. Ha olvidado el nombre, la palabra que lo liga a todas esas fuerzas en que se manifiesta la vida. Por eso grita o calla, apuñalea o reza, se echa a dormir cien años.

Es la calidad literaria de la prosa que emplean ambos textos lo que les da su carácter de ensayo, más allá de su extensión, que puede ser variable.



“Reflexiono sobre las cosas, no con amplitud sino con toda la profundidad de que soy capaz, y las más de las veces me gusta examinarlas por su aspecto más inusitado. Me atrevería a tratar a fondo alguna materia si me conociera menos y me engañara sobre mi impotencia. Soltando aquí una frase, allá otra, como partes separadas del conjunto, desviadas sin designio ni plan, no se espera de mí que lo haga bien ni que me concentre en mí mismo. Varío cuando me place y me entrego a la duda y a la incertidumbre, y a mi manera habitual que es la ignorancia”.

Michel de Montaigne

Consideremos ahora el “modo subjetivo y fácil” que plantea Gosse. En esto ambos escritos se ajustan plenamente a la definición. Ninguno de los autores define, cita o aporta algún dato para demostrar por qué “no asomaron ni la desesperación, ni la venganza, ni siquiera un disgusto inicial”, o mucho menos para explicar por qué “El mexicano se siente arrancado de esa realidad, a un tiempo creadora y destructora, Madre y Tumba”. Tampoco emplean aparato crítico ni se imponen la estructura de un tratado. Es solamente el discurrir subjetivo del autor (lo que cada uno piensa acerca de las infecciones venéreas y la soledad del mexicano) lo que guía su opinión.

Michel de Montaigne, el fundador del ensayo, citaba frases en latín o griego para inspirarse, darle contundencia y belleza a la expresión, mas no para ejemplificar, demostrar o argumentar. Citemos un ejemplo en donde se vale de un verso de las *Odas* de Horacio:

Evita, como dos extremos viciosos, la falta de moderación tanto para buscarla como para rehuir [la gloria]. Creo que si tuviésemos los libros que Cicerón escribió sobre el asunto, nos las contaría buenas. Porque a este hombre le enloqueció tanto esta pasión que, de haber osado, habría seguramente caído, creo, en el exceso en que cayeron otros: que ni siquiera la virtud era digna de deseo sino por el honor que siempre se obtenía tras ella: *Paulum sepultae distat inertiae celata uirtus* [La virtud oculta dista poco de la cobardía escondida].

La pertinencia de la cita se entiende si sabemos que el asunto sobre el cual discurre Montaigne es el honor y la gloria, pasiones que Cicerón buscaba desesperadamente, y que Horacio compara con la cobardía.

Otro ejemplo notable es el de Francis Bacon, contemporáneo de Montaigne, quien también



escribió sus *Ensayos* en 1597, condimentándolos con numerosas citas en latín. Ejemplo:

Fue alto decir de Séneca (a la manera de los estoicos) “que las cosas buenas que pertenecen a la prosperidad han de desearse; pero las cosas buenas que pertenecen a la adversidad han de admirarse”. *Bona rerum secundarum optabilia; adversarum mirabilia*. Ciertamente, si los milagros son dominio sobre la naturaleza, aparecen sobre todo en la adversidad. Él, sin embargo, habla con más altura aun (demasiada para un pagano) cuando dice: “Es verdadera grandeza tener en uno la fragilidad de un hombre y la seguridad de un Dios.” *Vere magnum habere fragilitatem hominis, securitatem Dei*.



Karl Joseph Stieler, *Alexander von Humboldt* (1843)

Bacon, quien aportó el rigor lógico y la exposición sistemática al ensayo, nunca pensó en distraer al lector con notas a pie de página o llamadas al calce porque, al igual que Montaigne, era un hombre del Renacimiento y como tal intuía que bastaba con apreciar la sabiduría del escritor, su razonamiento certero y su habilidad discursiva para confiar en él y compartir o rechazar su opinión. Ahora que un simple artículo posee más notas a pie de página que el texto principal, se extraña ese respeto a la atención del lector. Pero así son las modas impuestas por los tiempos: la necesidad de citar y ser citados ha obligado (sobre todo en el ámbito académico) a que se dediquen incluso cursos para aprender esta técnica que no resulta más que un distractor a la lectura.

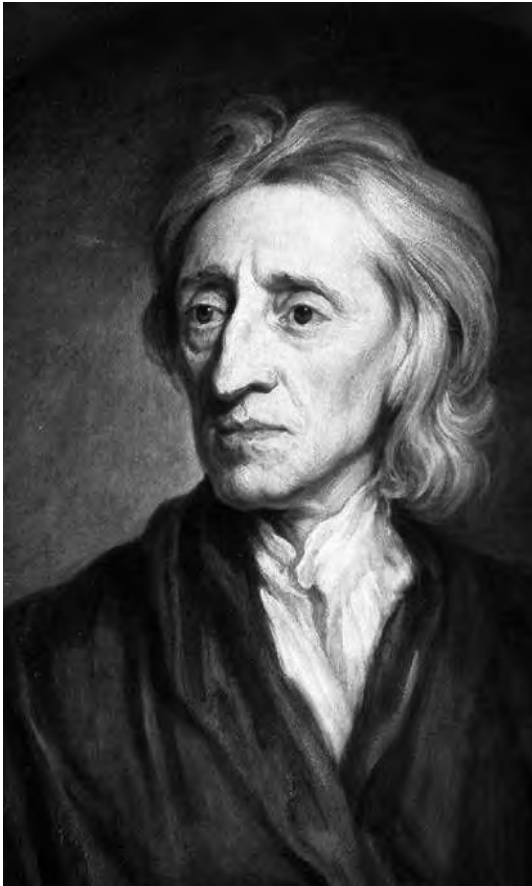
Algo distinto ocurre cuando el ensayo aborda cuestiones científicas, pues ya no se trata de “un asunto cualquiera”. El lenguaje especializado, el rigor metodológico, los conocimientos previos que se requieren para hablar del tema, etc., pueden dificultar la lectura. Sin embargo, la habilidad del ensayista y su conocimiento del tema lograrán ese tono ágil, accesible y personal para no enfrentar al lector a un texto denso e impenetrable.

Tomemos como ejemplo el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, de Alexander von Humboldt. Éste es un libro monumental que describe la geografía, el subsuelo, la historia, la composición racial, los climas, las riquezas y el lugar que ocupa el reino de la Nueva España entre las demás naciones del mundo. El ensayo es en realidad una compilación de seis libros, que se subdividen a su vez en varios capítulos, así que de ensayo sólo tiene el nombre si consideramos lo de “moderada extensión”.

“El ensayo tiene estilo literario y considero que por la forma en que está escrito es crucial que tenga cierta textura, cierta complejidad sintáctica. También el ensayo admite más subjetividad, por lo que te puedes permitir cosas que en el periodismo no podrías hacer, como usar la primera persona, reconocer que algo te gusta o no y otros recursos que normalmente no van muy bien en el artículo periodístico.”

Phillip Lopate

Entrevista de Naief Yehya en *Letras Libres*, mayo de 2015



Godfrey Kneller, *Portrait of John Locke* (1697)

Humboldt fue discípulo intelectual de Adam Smith, por lo cual su *Ensayo político* sigue el mismo esquema de la obra capital del maestro escocés, *La riqueza de las naciones*, compuesta por cinco libros.

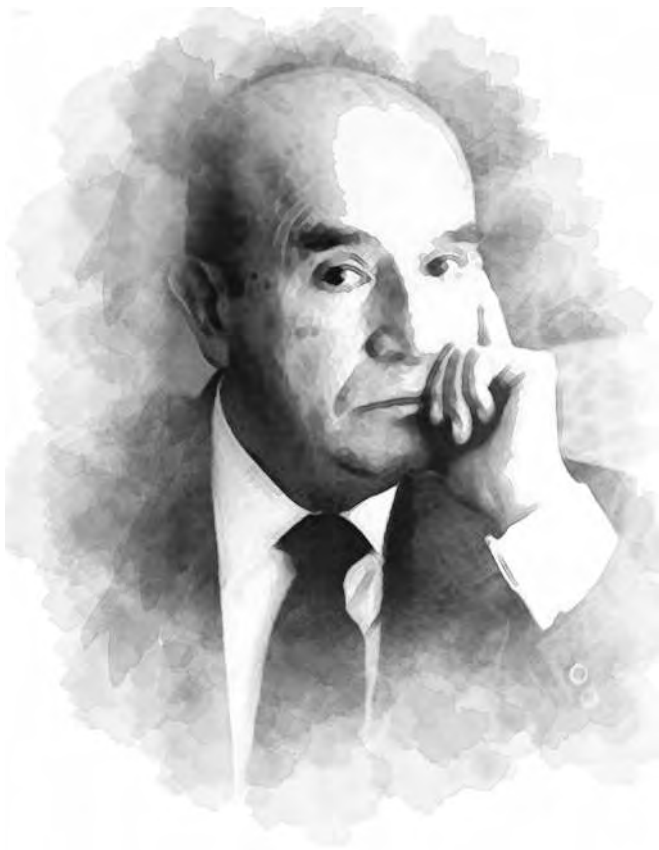
Sin embargo, las cuestiones científicas son tratadas con la visión del viajero y con la habilidad del cronista que se sorprende antes los descubrimientos que hace, razón por la cual su publicación en la segunda década del siglo XIX provocó un interés inusitado entre los lectores de las principales naciones europeas y aun hoy se sigue leyendo con placer. Quizá ese toque personal y la visión subjetiva que permea todos los asuntos que aborda son los que le dan ese tono ensayístico y fue la razón por la cual von Humboldt prefirió titularlo

Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, a diferencia de su *Relación histórica del viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, un libro emparentado con aquel pero con un tono menos personal.

Otro libro que aborda una disciplina especializada es el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de John Locke, que resultará de capital interés para el conocimiento, pues su tema es investigar el origen, la certeza y el alcance del entendimiento. Publicado en 1690, todo el pensamiento filosófico del siglo XVIII estará bajo su influencia y perdurará hasta el siglo siguiente, el de Las Luces, pues es la más sólida base del empirismo. Para comprender su tono ensayístico reproduzcamos el párrafo 2 del capítulo II:

Estas ideas simples, el material de todo nuestro conocimiento, son proporcionadas a la mente por esos dos caminos ya mencionados: el de la sensación y el de la reflexión. Cuando el entendimiento posee estas ideas simples tiene el poder de repetir las, compararlas y unir las en una variedad casi infinita, y así puede formar nuevas ideas complejas. Pero ni el más elevado ingenio ni el entendimiento más amplio poseen facultades para inventar o forjar en la mente una nueva idea simple que no les llegue por los caminos mencionados, ni puede fuerza alguna de entendimiento destruir las que allí existen.

En realidad, como lo saben los buenos ensayistas, el género es idóneo sobre todo para la divulgación de temas científicos o disciplinas especializadas, y por eso resulta tan agradable leer autores como Carl Sagan, Peter Medawar, Stephen Jay Gould, Konrad Lorenz o Francisco González Crussi. Para comunicar los hallazgos de un lejano planeta Sagan no emplearía el ensayo, sino un informe o un reporte científico;



José Luis Martínez

lo mismo Medawar con sus descubrimientos en ciencias naturales, Konrad Lorenz en la etología o González Crussi en medicina, y estos trabajos no van dirigidos al gran público sino a científicos y especialistas. Se publican en revistas especializadas que resultan de difícil comprensión al público lego.

Pero cuando están permeados por la subjetividad y el estilo personal del autor son ensayos, pues es el propósito divulgativo lo que les da ese tono ágil, de fácil comprensión e incluso agradable. Es un placer leer la historia de la calvicie, sus causas y la imposibilidad de curarla, mediante un lenguaje llano, salpicado aquí y allá por referencias a obras clásicas que la han condenado o elogiado, y coincidir al final con González Crussi que es un mérito ser calvo

(“Nuevo elogio de la calvicie”, está en línea). Nunca el lector se enfrenta a problemas complejos de medicina, explicaciones químicas de folículos, naturaleza de la dermis o herencia genética. El objetivo del ensayista es divulgar desde un punto de vista médico las causas de la calvicie, demostrar la inutilidad de su tratamiento y cómo se la ha considerado a lo largo de la historia humana.

En este sentido el ensayo es útil en la enseñanza: ayuda a comunicar lo que se ha aprendido de un tema. Es una forma de divulgar el conocimiento. El alumno requiere hacer una paráfrasis, es decir, comunicar lo que realmente aprendió del asunto a través de un escrito breve en donde puede expresar, sin reticencias, su subjetividad pues deberá emplear sus propias palabras.

¿Por qué obligamos entonces a nuestros alumnos a emplear notas a pie de página, aparato crítico, referencias bibliográficas, hemerográficas, cibernéticas, mesografías, etc., en la elaboración de un ensayo? Porque confundimos el ensayo con un reporte de investigación, con una monografía, un artículo o peor, con un simple comentario.

Además, con la divulgación del ensayo en diarios y revistas perdió su carácter esencial y actualmente se le entiende sólo con un adjetivo. La antología esencial que José Luis Martínez preparó del ensayo en México durante los siglos XIX y XX enumera diez tipos: 1) Ensayo como género de creación literaria, 2) Ensayo breve, poemático, 3) Ensayo de fantasía, ingenio o divagación, 4) Ensayo-discurso u oración (doctrinario), 5) Ensayo interpretativo, 6) Ensayo teórico, 7) Ensayo de crítica literaria, 8) Ensayo expositivo, 9) Ensayo-crónica o memorias, y 10) Ensayo breve, periodístico (véase la Introducción a *El ensayo mexicano moderno*).

Martínez tiene el mérito de aportar ejemplos de cada uno de los diez tipos en que lo clasifica,

pero la academia tendría dificultades para explicar la especificidad del *Ensayo académico*, al menos que reconozca que son las notas a pie de página, el aparato crítico y las referencias los que lo caracterizan. Porque estos aportes (tomados en realidad de textos empleados en la ciencia, el informe, los reportes de investigación, la monografía y el tratado) sólo dificultan la lectura y ponen una camisa de fuerza al más libre de los géneros literarios.

¿Conocemos realmente el ensayo, lo practicamos y somos capaces de orientar a los alumnos en su elaboración? Temo que no. Sin duda hay excepciones y algunos buenos profesores sí lo hacen. Sin embargo, la gran mayoría simplemente lo confunde con el comentario, el artículo, la columna o el panfleto. El comentario es muy simple: surge de la opinión personal, es decir, de un juicio respecto a un asunto y está bien iniciar a los alumnos a expresar sus opiniones con este tipo de textos cortos y sencillos. El artículo es un género periodístico sujeto a temas de actualidad con una extensión determinada, que por la opinión y su brevedad (750 palabras) es confundido con el ensayo. Sin duda muchos alumnos son capaces de escribir excelentes artículos y es factible emplearlo cuando el propósito es enseñar a sustentar una opinión. Se confunde también con la columna, otro género periodístico que se caracteriza por su hibridez (aporta opinión e información), pero es fácil diferenciarla del ensayo por su periodicidad, lugar fijo que ocupa en el medio de información y otros ornamentos como la tipografía y un nombre invariable. El



Alfonso Reyes / Archivo Histórico de Sinaloa

panfleto es un texto que destaca por su opinión, apologética o agresiva, que se confunde con el ensayo porque a muchos profesores les interesa la opinión de los alumnos respecto a un asunto.

Así, pues, ¿conocemos realmente el ensayo? ¡Por favor, no pidamos a nuestros alumnos que escriban un ensayo!

Para concluir, algunas definiciones y un resumen de sus principales características:

Diccionario de la Lengua Española (lo registró hasta su edición de 1884): Escrito

“El ensayo es una forma magnífica para un tiempo en que todo es incierto, cuando todo está cambiando... El ensayo, me parece, se vuelve una forma de plantar una bandera en el caos.”

Phillip Lopate

generalmente breve, sin el aparato ni la extensión que requiere un tratado completo sobre la misma materia.

María Moliner: Composición literaria constituida por meditaciones del autor sobre un tema más o menos profundo pero sin sistematización filosófica.

Gran Enciclopedia Rialp: Escrito en que se tratan asuntos de interés, con moderada extensión, sin intentar agotar el tema ni presentar exhaustivamente todas las pruebas y fuentes que sustentan las opiniones expuestas.

José Ortega y Gasset: Los ensayos carecen por completo de valor informativo; no son tampoco epítomes; son más bien lo que un humanista del siglo XVII hubiera denominado “salvaciones”. Se busca en ellos lo siguiente: dado un hecho –un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor– llevarlo por el camino más corto a la plenitud de su significado... El ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita.

Alfonso Reyes: El ensayo es un género mixto, el “centauro de los géneros”: mitad literatura y mitad ciencia. Es literatura ancilar: la expresión literaria sirve de vehículo a un contenido y a un fin no literario.

Medardo Vitier: El ensayo es una composición en prosa; su naturaleza es interpretativa, pero muy flexible en cuanto a método y estilo; sus temas, variadísimos, los trata el autor desde un punto de vista muy personal; la extensión, aunque varía, permite por lo común que el escrito se lea de una sola vez; revela, en fin, las modalidades subjetivas del escritor.

John Skirius: Es una meditación escrita en estilo literario; es la literatura de ideas y, muy a menudo, lleva la impronta personal del autor. Es prosa, pero no es ficción.

Octavio Paz: En el ensayo digo cosas que pienso pero que se le pueden haber ocurrido también al vecino de la esquina. En cambio, en

el poema expreso algo que sólo puedo escribir yo. La prosa del ensayo fluye viva, nunca en línea recta, equidistante siempre de los dos extremos que sin cesar la acechan: el tratado y el aforismo. Dos formas de congelación. La temática del ensayo es muy diversa; de tono penetrante, agudo y novedoso. Siempre abierto en el tema, sin la ambición de agotarlo todo.

Principales características

Una buena tesis sobre Gabriel Zaid como ensayista es la del maestro Juan Carlos Magallanes García, de donde están tomadas estas características.

- Su prosa es discursiva.
- Posee un tono coloquial: toca temas profundos con un lenguaje accesible.
- Es de extensión breve, puede leerse de una sola vez (Zaid: “No hay ensayo más breve que un aforismo”).
- No es exhaustivo en el tema, no pretende agotarlo, puede ser reiterativo pero siempre con ideas nuevas.
- Es novedoso: pretende sorprender al lector, ya sea por la originalidad de la idea, por la documentación en el tema, por el estilo literario o la por la argumentación.
- Sus temas son de interés general, de índole divulgativa, cualquier pretexto de la vida puede ser el origen de un ensayo.
- Surge como una autorrevelación interior del autor (de su pensamiento, lecturas, experiencia, su yo interno).
- Para Montaigne el ensayo es un método, una experimentación, un modo de enfocar un tema.
- Es por naturaleza un escrito inacabado, no es más que una aproximación a la verdad; en este sentido no es más que el borrador de otro que podría ser más perfecto.
- Si aborda temas de interés general, su mejor medio de difusión es la prensa. **L**

Montaigne, el humanista

JAIME LEÓN HERRERA CANO



LATITUDES | 14 | CCH

Retrato de Michel de Montaigne

ABRIL 2019

A pesar de que nunca puede conocerse con certeza qué lleva a una persona a escribir, ni mucho menos a inventar un nuevo género literario, quizá conocer algunos aspectos biográficos de Montaigne y los motivos que lo impulsaron a poner por escrito sus reflexiones, nos ayuden a lograr alguna claridad sobre el tema.

Su padre, Pedro Eyquem, fue un rico comerciante con altas pretensiones. En esto siguió el camino trazado por su abuelo (bisabuelo de Montaigne), quien había acumulado extensas tierras que le permitirían al bisnieto cambiar el apellido Eyquem (de judíos conversos) y nombrarse Montaigne, “señor de la Montaña”. Pedro Eyquem participó en las guerras de Italia al lado de la nobleza; fue primer jurado, preboste, subalcalde y más adelante alcalde de Burdeos. Hizo de su casa un auténtico castillo y edificó una torre para los futuros ocios reflexivos de su hijo. Siempre deseó cobijar con un título de nobleza las tierras adquiridas por su abuelo, Ramón Eyquem, y las riquezas acumuladas por su padre, quien ya había desempeñado cargos públicos (fue jurado de Burdeos) y por ello casó a sus hijas con magistrados, lo cual elevó la familia a la nobleza de toga.

Cuando Michel de Montaigne nació, el 28 de febrero de 1533, su padre ordena que el niño viva los dos primeros años con campesinos pobres. Antes de empezar a hablar su lengua materna lo puso en manos de un preceptor alemán para que le enseñara latín y griego, y prohibió a los criados hablar francés en presencia suya. Así que sólo después de hablar los dos

idiomas considerados cultos en aquella época se le permite al niño aprender y hablar su lengua materna. Por eso sus primeras lecturas fueron Plutarco, Ovidio, Plauto, Virgilio, Terencio...

Montaigne estudió en el prestigioso College de Burdeos, donde completó su educación en sólo siete de los doce años que normalmente tomaba. Más adelante estudió derecho y a los veintinueve años sustituyó a su padre como consejero del Tribunal de Auxiliares en Périgueux.

Poseedor de una salud delicada, Montaigne gusta montar a caballo y, en sus largos paseos, reflexiona en torno a las ideas que asimila de los autores griegos y latinos que conoce con tanta precisión. Pronto es visto no sólo como un magistrado eficiente y honesto, sino como un sabio y erudito que causa admiración y aprecio entre sus coetáneos.

Dos fechas son significativas en su vida: 1559, cuando conoce a Étienne de La Boétie, con quien establece una profunda amistad. Étienne es también escritor y magistrado, y comparte con Montaigne el interés por los autores clásicos. A los 18 años escribe un *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, con tal erudición y maestría, que cuando Montaigne lo lee, deslumbrado, desea conocer al autor. Cuando se conocen hayan tal identificación uno en el otro que no sólo inician una gran amistad, sino que se ven reflejados “en un claro y fraternal espejo”. “En nuestro primer encuentro—escribe Montaigne—, nos vimos tan unidos, tan conocidos, tan comprometidos el uno con el otro, que desde entonces nadie nos fue tan próximo como el uno con el otro”. Desafortunadamente

“No hay desierto como el vivir sin amigos; la amistad multiplica los bienes y reparte los males, es el único remedio contra la adversa fortuna, y un desahogo del alma.”

Michel de Montaigne

de La Boétie muere víctima de una peste de disentería en 1563, y a Montaigne no le queda más consuelo que editar y publicar su libro póstumamente. Se dice que con sus ensayos sustituyó las conversaciones con el amigo. La otra fecha importante en su vida es cuando se casa con Catalina de Chassaingne, en 1565, con quien tiene seis hijas de las cuales sólo una sobrevive, pues cinco mueren prematuramente. Aunque doloroso por la pérdida de sus hijas, así opinaba Montaigne del matrimonio: “No se casa uno por uno mismo, se casa uno tanto o más por la posteridad, por la familia. Por ello prefiero que lo organice mejor un tercero que los interesados”.



Ensayos de Michel de Montaigne

Aunque en 1570 ya había anunciado su retiro de los cargos públicos, es en 1572 cuando se recluye en su castillo y comienza a redactar sus reflexiones. Su deseo de aislarse y dedicarse a leer y escribir no lo puede hacer cabalmente, pues en la medida en que se conocen sus escritos su fama aumenta, y varias veces sirve a la corona como consejero, mediador en las disputas entre hugonotes (protestantes) y católicos, así como de embajador sin título. Fue varias veces alcalde de Burdeos, la primera en 1581, cuando en un largo viaje que incluyó Francia, Alemania, Austria, Suiza e Italia, recibe el nombramiento en este último país.

Sus biógrafos más acuciosos señalan que comenzó a redactar sus ensayos en 1572, justamente el año de la Noche de San Bartolomé, influido por la lectura de Plutarco. No son ni memorias, ni historia, ni filosofía ni confesiones ni mucho menos tratados; son simplemente el retrato cultural de un hombre desde todos los ángulos posibles, fruto de su vasta cultura, su conocimiento de los clásicos griegos y latinos, su esmeradísima educación y los golpes anímicos recibidos. Había ordenado grabar en las vigas de su estudio las frases que más le gustaban de Terencio, Epicuro, Séneca, Plutarco, Ovidio, Aristóteles, Horacio, Platón y varios autores más. Decía que, releyéndolas, era como se inspiraba para iniciar sus divagaciones que se transformaron en esos escritos breves a los que tituló *ensayos*, y que tanto han seducido a numerosos lectores en el mundo.

¿Cómo influyeron los autores grecolatinos clásicos en sus reflexiones? Baste decir que cita mil 210 autores a lo largo de sus 112 ensayos completos, sin considerar los 61 pensamientos inscritos en la bóveda de su biblioteca y en su gabinete de estudio. De estos el de mayor número de referencias es Platón (176 ocasiones), le siguen Sócrates (98), Aristóteles (81), Plutarco (73) y

Cicerón (59 veces). De estos el que más influyó con sus obras fue Plutarco, de quien cita 60 obras. Junto a Lucrecio, Cicerón y Séneca, Plutarco es de los favoritos. Sin exagerar, se podría afirmar que cada una de las 60 obras de Plutarco inspiró o acompañó la redacción de las 1600 páginas de los *Ensayos*, y por eso se dice que el libro determinante fue las *Moralia*, de ese autor.

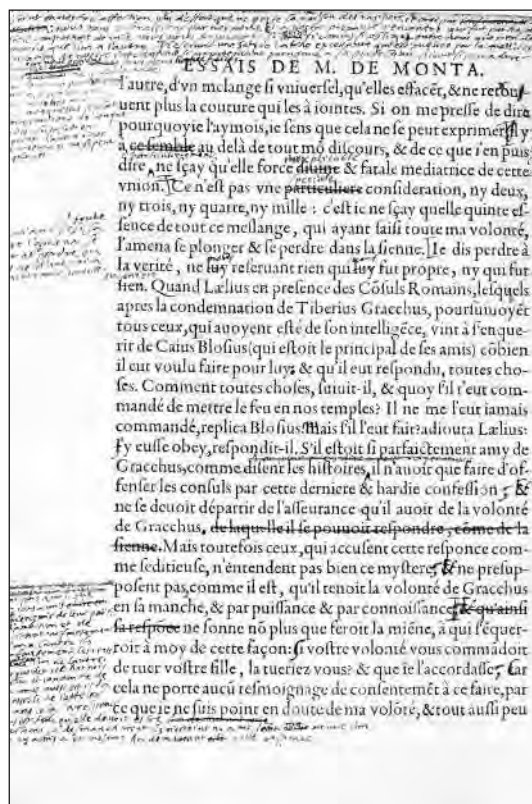
Ensayar es probar, experimentar, examinar, intentar, porque eso es lo que el gentilhomme de cámara hacía a la vista del monarca con sus alimentos, para demostrar que no estaban envenenados y eran inocuos. Esto es justamente lo que Montaigne intenta con sus escritos, probar su criterio ante cuestiones como la envidia, la educación, el amor, la fortaleza, los libros, la tolerancia, el saber...

Una de las primeras personas destacadas en caer seducida por sus escritos fue la joven Marie de Gournay, a quien conoce en 1588 en París. Ella será quien preparará con dedicación amorosa la edición completa de sus ensayos. Montaigne muere en 1592 y en vida publicó tres libros a los cuales hizo añadidos y correcciones y dejó varios ensayos más sin publicar. Con la anuencia de la familia de su admirado maestro, Marie de Gournay se encargó de integrar las correcciones, añadidos y modificaciones, así como de agregar los ensayos inéditos para publicarlos por fin completos y como le hubieran gustado a Montaigne, en 1595.

De esa edición se han hecho selecciones, antologías y versiones cortas, que ahora por fin podemos leerla completa, tal como la preparó Marie de Gournay, gracias a la traducción al español por J. Bayod Brau, con un iluminador prólogo de Antoine Compagnon, y la publicación de la Editorial Acanalado. Un libro fundamental para la humanidad que hizo exclamar a uno de sus principales biógrafos: “Montaigne nos ayuda a responder a estas sin-

gulares cuestiones: ¿cómo permanecer libres?, ¿cómo mantener la insobornable claridad del espíritu frente a las amenazas y peligros del fanatismo?, ¿cómo preservar la humanidad de nuestros corazones en medio de la bestialidad?” (Stefan Zweig).

No hay método más eficaz e infalible para aprender qué es y cómo se escribe un ensayo que leer buenos ensayos. Los de Montaigne son la piedra miliar del género. No por nada un personaje como Orson Welles pudo decir: “Para mí, Montaigne es el más grande escritor que ha habido nunca. Lo leo como otra gente lee la Biblia: abro mi Montaigne y leo una página o dos, al menos una vez por semana, por placer, sin más. Para mí, no hay mayor goce en el mundo”. L̄



Correcciones de Montaigne en el Ejemplar de Burdeous de 1588

Bacon, el filósofo y político

DIONISIO AMARO

Gracias a su condición híbrida, el ensayo puede tratar cuestiones humanísticas, científicas y artísticas. Aunque surgió como un género propiamente literario, en la actualidad se le ubica en la frontera entre los textos literarios y científicos, razón por la cual es empleado ampliamente en la ciencia —sobre todo las sociales— y más todavía cuando se tiene un afán divulgativo.

Quien primero se dio cuenta de las potencialidades comunicativas del género para este fin fue Francis Bacon (1561-1626), filósofo, político, abogado y escritor inglés que, un poco más joven que Montaigne, pudo conocer sus escritos y decidió adoptarlos, adaptarlos e imitarlos escribiendo sus propios ensayos y publicarlos en 1597.

Bacon es descendiente de una familia noble (su padre, sir Nicholas Bacon, fue nombrado Guardián del Gran Sello por la reina Isabel I, y su madre Ann Cooke, estaba emparentada con Lord Burghley, primer ministro de la corona).

Fue educado bajo los rígidos principios del puritanismo calvinista y, al igual que Montaigne, durante los primeros años fueron preceptores particulares quienes se hicieron cargo de su educación. A los trece años ingresó en el Trinity College de Cambridge (1573) donde estudió hasta 1576, cuando junto a su hermano fueron destinados a Francia como agregados del embajador. Allí pudo conocer los escritos de Montaigne.

A partir de entonces Bacon combinó una accidentada carrera política con la de filósofo y escritor. Fue elegido miembro de la Cámara de los Comunes en 1584, pero diez años después fracasa en su intento para ser nombrado fiscal de la corona. Buscó acogerse a la protección del conde de Essex, pero, al frustrarse la expedición de éste a Irlanda, en 1598, debe distanciarse de él. Más aún, cuando fracasa la insurrección planeada por el conde, en 1601, Bacon debe redactar un memorial que registra las traiciones cometidas por el conde de Essex, denunciando así a su antiguo protector.



Jacobus Houbraken, *Retrato de Francis Bacon*

En 1604 debe redactar una apología para defenderse de las acusaciones de traición contra el noble inglés. A partir de este suceso se refugia en la escritura y vive su etapa más fecunda. En 1613 logra al fin el tan ansiado cargo de fiscal general del reino y en 1618, tras ser nombrado Lord Guardián del Gran Sello, es designado Gran Canciller y barón de Verulam. En 1621 vuelve a caer en desgracia al ser acusado de venalidad por el parlamento; pierde todos sus cargos, es encarcelado y se salva gracias a que es indultado por el rey. Sin embargo, debe retirarse definitivamente de la política.

Aunque en 1583 ya había escrito *El parto masculino del tiempo o la gran instauración del hombre en el universo*; en 1592 un *Discurso en elogio del conocimiento*, y en 1597 sus *Ensayos sobre moral y política*, es en 1605 cuando inicia los textos que pretenden aportar un nuevo método a la ciencia. En este año publica el *Tratado sobre el valor y el progreso de las ciencias*, al que sumará *Pensamientos*

y *opiniones sobre la interpretación de la naturaleza* (1607) y *Sabiduría de los antiguos* (1609). Al año siguiente escribirá la *Nueva Atlántida*, donde describe una sociedad del futuro dominada por la ciencia y la técnica, que será publicada póstumamente.

Su propósito de innovar el método científico lo logra en 1620, cuando aparece *La gran instauración* que incluye, además de un prefacio y una exposición general de la obra, *El Novum Organum*, es decir su propuesta de un “nuevo método” para reemplazar el obsoleto “organon” aristotélico. ¿En qué consistía este “nuevo método”?

Para Bacon, la lógica aristotélica es una vía de investigación que parte “de las sensaciones y de los hechos particulares para elevarse rápidamente a las proposiciones más generales y, basándose en estos principios, cuya verdad se supone inmutable, descubre las proposiciones intermedias”. Él propone, igualmente, partir de las sensaciones y de los hechos particulares

para obtener proposiciones que, “ascendiendo de un modo continuo y progresivo la escala de la generalización, llega hasta los principios más generales”, es decir, el método inductivo.

Bacon fue el que mejor comprendió la necesidad de una nueva ciencia, aquella que diera preeminencia al conocimiento científico mediante la observación de la naturaleza por encima de la especulación teórica. El aspecto práctico de su pensamiento le llevó a formular un método basado en la inducción como saber operativo y con ello puso las bases del empirismo, que influenciaría a pensadores tan importantes como George Berkeley, David Hume y John Locke.

La claridad de su pensamiento y método dio al ensayo el orden y rigor lógicos que requería la ciencia; lo que en Montaigne era una divagación dispersa, a veces sólo la tentativa de abordar un tema, en Bacon se vuelve una exposición definida con precisión que delimita desde el inicio los aspectos y la profundidad con que se la tratará. Creo que no hay mejor método para enseñar a los alumnos a desarrollar un tema que leer y analizar un ensayo de Bacon. Véase por ejemplo el incipit de un famoso ensayo que escribió basado en su propia experiencia:

De los grandes puestos

Los hombres situados en grandes puestos son sirvientes triples: sirvientes del soberano o del Estado, sirvientes de la fama y sirvientes de los asuntos; de ese modo, no disponen libremente ni de su persona, ni de sus acciones, ni del tiempo.

En este aparentemente “natural” comienzo están delimitados ya los puntos y el sentido con que desarrollará el tema; las dos triadas se pueden extender o reducir, pero, ¿por qué los reduce a tres? Para no divagar, para no derivar en otros temas y sobre todo para precisar los puntos que le interesan. Bien podría hablar de los riesgos que entrañan los grandes puestos, que él conoció y sufrió personalmente, o tratar el desastre en que se convierte la vida familiar, pero se abstiene. Son aspectos que no le interesa tratar por ahora. Así, continúa:

Es un extraño deseo buscar el poder y perder la libertad; o buscar poder sobre los demás y perderlo sobre sí mismo. Elevarse a los puestos es trabajoso y esos hombres llegan con penalidades a penalidades mayores; a veces son viles y, mediante indignidades, alcanzan dignidades. Mantenerse en ellas es cosa escurridiza y retirarse resulta una caída, o al menos un eclipse, lo cual resulta un tanto melancólico: *Cum non sis qui fueris, non ese cur velis vivere* [“Cuando ya no seas el que eras, no hay razón para que desees vivir”, Cicerón].

Al igual que Montaigne, aprovechará su conocimiento de las obras clásicas griegas y latinas para introducir la cita que ilustra, completa o embellece su afirmación, pero lo hace de manera tan natural que el lector puede leerla como parte de su discurso, y nunca resulta molesta ni mucho menos impertinente. Otro ejemplo:

“Comienza a hacer lo que quieras hacer ahora. No estamos viviendo en la eternidad. Sólo tenemos este momento, brillando como una estrella en nuestra mano y deritiéndose como un copo de nieve.”

Francis Bacon

De los estudios

Los estudios sirven de deleite, de ornamento y de capacitación. Su principal utilización como deleite es en la vida privada y el retiro; como ornamento, en la conversación; y como capacitación, en la apreciación y desempeño de las ocupaciones; porque los hombres de experiencia pueden realizar y quizá juzgar las particularidades una por una; pero los consejos generales y el planeamiento y dirección de los negocios son mejores cuando proceden de hombres cultos.

Igual que en el anterior ejemplo, las afirmaciones en series de tres provocan en el lector una sensación de seguridad y contundencia que lo obliga a seguir leyendo. ¿De verdad sirven sólo para esas tres cosas los estudios? Seguramente no, se podrían agregar varias más; pero dicha así la afirmación adquiere peso y relevancia; suena como una sentencia o aforismo, formas expresivas tan comunes durante el Renacimiento. Dice, por ejemplo, más adelante:

Las personas astutas desdeñan los estudios, las personas sencillas los admiran, y las inteligentes los utilizan.

Así que, además de una estrategia discursiva, y de su belleza y precisión, se revela como un método expositivo. Algo que los alumnos requieren conocer antes de emprender la redacción de un “texto argumentativo”. Véase la reproducción de la siguiente parte del mismo ensayo:

La lectura completa al hombre; la conversación le prepara; y la escritura le da exactitud; por tanto, si un hombre escribe poco, necesita tener mucha memoria; si conversa poco tiene que tener un ingenio momentáneo; y si lee poco tiene que tener mucha astucia para aparentar que no la tiene. La historia hace sabios a los hombres; la poesía, ingeniosos; las matemáticas, sutiles; la física, profundos; la moral, graves; la lógica y retórica, diestros en discutir: *Abeunt studia in mores* [“Los estudios influyen en las costumbres”, Ovidio].

Algunos lectores critican los ensayos de Bacon por parecerles simples esbozos sin desarrollo; la verdad es que él procuró darles esa forma y se desvivió por lograrlo. Daphne du Maurier, su principal biógrafa, explica cómo los ensayos de Bacon servirán para dar origen a uno de los más importantes géneros periodísticos, el artículo de opinión, que el periodismo inglés cultivará eficazmente como un complemento indispensable de su monarquía parlamentaria y su sistema democrático.

Son numerosos los ensayos de Bacon. En 1961 la editorial Aguilar los compiló en un grueso volumen titulado simplemente *Ensayos*. Más recientemente (2012) la editorial Taurus hizo una selección para su colección *Great Ideas* a la que denominó *De la sabiduría egoísta*, un pequeño y bello volumen que los profesores podemos usar para nuestras clases donde enseñamos el ensayo. Con cuyo análisis detallado de cualquiera de ellos equivaldría a un curso completo sobre el ensayo. **L3**

“La edad es mejor en cuatro cosas: madera vieja para quemar, el vino viejo para beber, los viejos amigos en quienes confiar y los viejos autores para leer.”

Francis Bacon

Genealogía del centauro

JESÚS GARCÍA GONZÁLEZ

Las prefiguraciones y ancestros del ensayo, ése que don Alfonso Reyes denominó el “centauro de los géneros”



Monje trabajando en un scriptorium, grabado de un manuscrito después del siglo XV.

Podríamos dar una fecha precisa para señalar cuándo aparece, pero sabemos que será sólo un dato convencional, porque el ensayo es resultado de la evolución de textos que ya lo venían prefigurando o que incluso algunos escritores ya lo habían practicado tiempo atrás, si bien no con ese nombre. Por eso, más que hablar aquí de su historia, discurrirémos en torno a su genealogía, es decir, conoceremos sus antepasados hasta llegar a su conformación como género.

Como es conocido, el año en que aparece con esta denominación es 1580, cuando Michel de Montaigne publica el primero de tres libros titulado *Ensayos*, el cual reúne una serie de reflexiones breves en torno a temas tan diversos como la educación, la muerte, la crueldad, los libros, las armas, el carácter, etc., textos que había empezado a escribir en 1572.

Francis Bacon, que estaba en París por esos años como agregado cultural de la corona inglesa, pudo conocer los primeros escritos y fue el primero en advertir: *The word is late, but the thing is ancient* (“La palabra es nueva, pero la cosa es vieja”). Y más adelante explicará: “Las epístolas de Séneca a Lucilo son ensayos, vale decir, meditaciones dispersas, aunque en forma de epístolas”. Con este criterio, agrega Adolfo Bioy Casares en su Estudio Preliminar a *Ensayistas ingleses*, cabría incluir en el catálogo de los precursores a Jenofonte, a Aristóteles, a Valerio Máximo, a Cicerón, a Plutarco, a Aulo Gelio, a Macrobio: todos ellos escribieron ensayos, de acuerdo con la calificación de *meditaciones dispersas*, o de *composiciones irregulares, no trabajadas*, que prefiere Johnson”.

José Luis Martínez, nuestro gran benefactor en las letras nacionales, que compiló *El ensayo mexicano moderno* (FCE, 1958), dice que es tan antiguo “que pueden reconocerse esbozos ensayísticos en libros orientales y del Antiguo Testamento y en varios textos griegos y latinos”. Y explica su aseveración. Por ejemplo en “*Los proverbios, La sabiduría y El eclesiástico* del Antiguo Testamento; en las sentencias de Confucio y en las enseñanzas de Lao-tsé; en varios textos griegos y singularmente en los *Memorabilia* de Jenofonte, las *Vidas Paralelas* de Plutarco, los *Diálogos* de Platón, la *Poética* de Aristóteles y los *Caracteres* de Teofrasto; y en pasajes del *Arte poética* de Horacio, las *Instituciones oratorias* de Quintiliano, las cartas de Plinio el joven, *Los oficios* de Cicerón, los *Soliloquios* de Marco Aurelio —acaso, junto con los *Tratados morales* de Séneca, los dos libros de la antigüedad que más cabalmente merecen considerarse ensayos—, las *Confesiones* de San Agustín y la *Consolación de la filosofía* de Boecio.”

Reproduce completo el párrafo de Martínez porque gracias a él puedo destacar otro rasgo

del ensayo: su carácter de incitador de la lectura. Normalmente el maestro pide leer un tema, una novela o un texto de biología o historia, y reduce la experiencia a ese solo texto, cuando debería recomendar conocer también las experiencias causadas en otros lectores, sus críticas e impresiones que normalmente se manifiestan a través del ensayo. Cuando leí el párrafo arriba citado tuve una guía para conocer los antecedentes del ensayo, pero también un poderoso aliciente para leer a los clásicos grecolatinos, que de otra forma no habría tenido la inquietud de conocer. Quizá aún no concluya las lecturas, pero tengo un motivo y una guía para hacerlo. Veamos algunos de estos textos.

Libro fundamental para la cultura occidental, independiente de su sentido religioso, es la Biblia y allí, en el Antiguo Testamento, podemos leer de *El Eclesiástico*:

Los placeres son vanos

Pensé para mí: “Probaré la alegría y gozaré de la felicidad.” Pero advertí que esto también es vanidad. La risa me pareció locura, y el placer, cosa que no sirve.

Decidí satisfacer todos mis deseos mientras seguiría en mi reflexión crítica; y me dediqué a todas las locuras que hacen los hombres durante los días contados de su vida bajo el sol, para ver si esto es bueno para ellos o no.

Emprendí grandes obras, me edificué palacios, planté viñas, huertos y jardines. Me construí estanques de agua para regar mis plantaciones. Adquirí siervos y siervas, y también ganado: vacas y ovejas en mayor cantidad que cualquiera antes de mí en Jerusalén. Acumulé oro y plata, tesoros y propiedades; me procuré cantantes y coristas, y lo que más deleita a los hombres: vino y mujeres.

Me engrandecí más que cualquiera de mis antepasados en Jerusalén, pero seguía

reflexionando. Poseí todo lo que deseaba y no me faltó ningún placer. Gozaba de todo cuanto había hecho, y ésta fue mi recompensa.

Entonces saqué la cuenta de todo lo que había hecho y de todas las fatigas que esto me había costado, y vi que todo era vano y correr tras el viento; no se saca provecho de nada bajo el sol.

El tono de absoluto escepticismo y desengaño que adopta el eclesiástico es muy coherente con lo que desea demostrar: la vanidad de los placeres. Séneca, Marco Aurelio y Epicteto, filósofos paganos, no conocieron la Biblia pero coincidirían con este punto de vista. El fragmento es, de verdad, el germen de un auténtico ensayo de filosofía estoica. Anoto al pasar la frase “los días contados”, del segundo párrafo, que lo mismo ha servido para titular libros, películas y columnas periodísticas, y ha sido reclamado como invención del autor que la ha empleado, sin saber que su verdadero creador fue este misterioso eclesiástico de El Antiguo Testamento.

Jenofonte es, al lado de Heródoto y Tucídides, uno de los tres grandes historiadores de la antigüedad. Se cree que nació en Atenas, alrededor del año 430 a. de C., y su muerte se sitúa en el año 359 a. de C. Fue discípulo de Sócrates y acompañó a Ciro en su expedición en los años 401-399. De su obra fundamental *Anábasis*, reproducimos el siguiente fragmento:

De la caza

Es preciso que el que ya deja atrás la infancia se dedique, primero, al ejercicio de la caza y, luego, a las demás enseñanzas, teniendo en cuenta su fortuna: para quien ésta sea suficiente, de una manera digna de su propia utilidad, y para quien no lo sea, que ponga al menos voluntad sin escatimar ningún esfuerzo personal.

Voy a decir el número y el tipo de cosas que deben prepararse para dedicarse a ella, y a dar una explicación de todas y cada una para que se las conozca antes de emprender la tarea. Que nadie las considere fútiles, pues realmente sin ellas no sería posible su práctica.

Es necesario que el guarda-redes le tenga afición a este ejercicio, que hable griego, de veinte años de edad aproximadamente, de cuerpo ágil y fuerte y de espíritu firme, para que con esas cualidades supere las fatigas y disfrute practicándolo.

Las redes, de lino fino de Fasis o de Cartago, e igualmente las redes de camino y los paneles. Asimismo, sean las redes de nueve hilos



Xenophon / Austrian National Library



de lino con tres cuerdas, y cada cuerda de tres hilos, de cinco palmos de largo; las mallas de ocho dedos, y que estén rodeadas de cordones corredizos sin nudos para que se deslicen fácilmente. Las redes de camino, de doce hilos; los paneles, de dieciséis; las redes de camino, del tamaño de dos, tres, cuatro, cinco brazas. Si son mayores, serán difíciles de manejar; ambas de treinta nudos, y la separación de las mallas, la misma que en las redes.

Viene después una explicación sobre las mejores razas de perros para la caza, los más hábiles rastreadores, las huellas y comportamiento de las presas (ciervos, jabalíes, liebres y zorros, y fieras como leones, leopardos, panteras y osos), mejores temporadas y lugares para cazar e incluso los nombres más apropiados para los perros. Esto, que podríamos considerar un “texto expositivo”, tiene mucho de ensayo porque su base es la sola experiencia de Jenofonte, inicia con una afirmación o tesis

que el escrito se encarga de probar, y remata con una conclusión:

Dicen algunos que no hay que apasionarse por la caza para no descuidar los asuntos familiares, sin darse cuenta de que todos los que procuran el bien de las ciudades y de los amigos son los más cuidadosos de sus propios asuntos. Si los aficionados a la caza se preparan personalmente para ser de gran utilidad a la patria en los mayores peligros, no podrán descuidar sus asuntos, pues con la ciudad se salvan o perecen los bienes familiares de cada uno. De modo que tales hombres salvan, con los bienes propios, también los de los restantes particulares.

Más aproximados al ensayo son los textos latinos, de quienes hemos elegido a los que mejor prefiguraron el género. El primero de ellos fue Cicerón (106 a. C.-43 a. C.), cuya vitalidad estilística lo mantiene siempre vigente como escritor, y aun como político en el arte de servirse de la palabra para combatir a los enemigos. De *Los oficios* reproducimos el siguiente fragmento:

Cuidado de conservarse, común a todos los animales; amor de la verdad y del orden, propio del hombre

En primer lugar, todos los animales han recibido de la naturaleza el instinto de conservar su vida y su cuerpo, de huir de todo lo que les puede ser perjudicial, de buscar y prevenir lo necesario para mantenerse, como el sustento, el cubierto y otras cosas semejantes. También ha inspirado a todos el apetito, cuyo objeto es la propagación, y un cierto cuidado con los frutos de este instinto. Pero hay esta gran diferencia entre el hombre y la bestia: que ésta, no teniendo otra cosa que el sentido, se acomoda a sólo aquello que se le pone delante con muy corto sentimiento de lo



Grabado en madera que muestra a Cicerón escribiendo sus cartas.

pasado y futuro. Mas el hombre, que participa de las luces de la razón, por la cual conoce las causas de las cosas y sus consecuencias, no se le ocultan sus progresos ni antecedentes; compara los semejantes, y une a las cosas presentes las futuras; registra fácilmente todo el curso de la vida, y previene lo necesario para pasarla.

La misma naturaleza por medio de la luz de la razón concilia unos hombres con otros, así para el habla recíproca como para la vida sociable, y engendra principalmente un amor especial para con los hijos, obligándonos a desear que haya unión y sociedad entre los hombres, y a poder ser participantes de la misma sociedad, y también a que por esto procuremos aperecernos de lo necesario para el sustento y porte no sólo de nosotros, sino también de nuestras mujeres, nuestros hijos y de todos aquellos a quienes amamos y debemos proteger; cuya solicitud levanta los ánimos y los habilita más para la administración de los negocios.

Continúa este capítulo (cada uno es un ensayo casi completo) de *Los oficios*, con la exposición de los fundamentos de la teoría estoica sobre la virtud: vivir de acuerdo con la naturaleza racional, con la Razón universal, pues la razón humana no es más que una parte de aquella. Muchos escritos de Cicerón fueron originalmente discursos (fue un magnífico orador) y es un placer recurrir a ellos (recuérdese “Las Catilinarias”) para conocer y disfrutar ese tono polémico, tronante y contundente que a veces requerimos en un escrito.

Plutarco (c. 50-120 d.C.), quien tanto influyera en Montaigne para la invención del ensayo, fue un filósofo, historiador y escritor prolífico, aunque es más conocido como historiador por su libro *Vidas paralelas* (biografías de griegos y romanos sobresalientes), cuyo propósito al escribirlas en pares fue que el lector comparara

sus virtudes y defectos comunes. De la biografía de Solón y Publícola elegimos el siguiente fragmento, una apología del comercio, ejemplo de meditación dispersa intercalada con la biografía:

Solón y Publícola

Y no deja de caer bien en el hombre recto y entregado a los negocios públicos, como el de no afanarse por tener de sobra, el no descuidarse tampoco en el uso de lo preciso y suficiente para la vida. En aquellos tiempos “ninguna ocupación”, según la sentencia de Hesíodo, “era abatida”, ni las profesiones o ejercicios acarreaban injuria; y aun el comercio tenía la gloria de que por medio de él se hacían propias las riquezas de los países bárbaros, se ganaba el hospedaje y amistad de reyes, y se daba a los hombres conocimiento y experiencia de muchos negocios y algunos fundaron con ocasión de él grandes



Retrato de Plutarco / Wellcome Collection

ciudades, como a Marsella Protis, que fue muy bien recibido de los celtas del Ródano. Dícese también de Tales (de Mileto, uno de los “Siete Sabios”) que ejerció el comercio, e Hipócrates el matemático (no se trata del famoso médico); y que a Platón le sirvió de viático en sus viajes una porción de aceite que despachó en Egipto. El haber sido Solón franco en el gastar y de vida muelle y delicada, y el explicarse en sus poemas con respecto a los placeres más jovialmente de lo que a un filósofo convenía, se atribuye al comercio, pues por lo mismo que en él se corren frecuentes y grandes peligros, pide también el desquite de gozar y regalarse. Ahora, que él más bien se colocaba a sí mismo en la clase de los pobres que en la de los ricos, se ve claramente en estos versos:

*Muchos malvados en riqueza abundan,
y muchos buenos gimen en pobreza;
mas mi virtud no cambio con sus bienes,
que ésta siempre es de un modo, y la riqueza
va caprichosa de uno en otro hombre.*

Hemos dejado para el final a Lucio Anneo Séneca (4 a. de C.- 65 d. C.), ya que él intuyó con mayor nitidez la necesidad de una forma textual como el ensayo. Séneca influyó y sigue influyendo con sus ideas en la ética de numerosos pensadores. Montaigne, Pascal, Spinoza y Nietzsche son algunos. Pero la necesidad que tuvo en su tiempo de compartir su filosofía (la estoica), el deseo de que el pueblo romano normara su vida y sus actos con este pensamiento, es lo que lo llevó a escribir numerosos ensayos en forma de cartas, dirigidas a un imaginario destinatario llamado Lucilo. De sus *Cartas a Lucilo* reproducimos la siguiente, que ya es cabalmente un ensayo:

Que la vida es guerra

¿Te has de indignar o quejar y no entiendes que el único mal que hay en todo eso de lo que te

indignas o te quejas es justamente tu indignación o tu queja? Si me preguntas, nada creo que para un hombre sea malo sino que él piensa que hay algo en la naturaleza que es malo. Es a mí a quien no aguanto el día que no puedo aguantar algo. Estoy enfermo; es parte de mi destino. Pereció mi servidumbre, no soporto los intereses, se me derrumbó la casa, me vinieron daños, heridas, trabajos, miedos: es lo que suele suceder. Poco es esto: es lo que debe suceder. Son cosas que han sido decretadas, y no meros accidentes. Si en algo me concedes crédito, ha de ser principalmente ahora, cuando te descubro mis afectos íntimos; en todas las cosas que me parecen duras y adversas me comporto no como si obedeciera a un dios, sino como si estuviera de acuerdo con él. Le sigo voluntariamente y no porque sea una necesidad. Nada me acontece que yo reciba con tristeza o con mala cara. No pagaré ningún tributo de mala gana. Todo eso que nos hace gemir, que nos asusta, son tributos de la vida; de ellos, mi Lucilo, ni esperes que se te exima, ni lo pidas. Te preocupó el dolor de la vejiga; me llegaron cartas tuyas poco dulces, al irte empeorando. Me acercaré a lo más profundo: temiste por tu vida. ¿Qué, no sabías tú que deseabas estas cosas cuando deseabas la vejez? Hay de todo esto en una larga vida, como en un largo camino hay polvo y lodo y lluvia. “Pero yo quería vivir sin tener todas estas incomodidades”. Tan afeminadas palabras no están bien en un varón. Tú verás cómo has de recibir este voto mío, que yo hago con gran ánimo y no solamente bueno: jamás permitan los dioses y las diosas que la fortuna te tenga entre delicias. Pregúntate a ti mismo, si algún dios te diera potestad de elegir, si querías vivir en el mercado o en el campamento. Porque vivir, Lucilo, es guerrear. Así es que los que se exponen al mar y van por arriba y por abajo en obras trabajosas y difíciles y emprenden expediciones peligrosísimas, son hombres fuer-

tes y los primeros de los campamentos; y esos otros que se mantienen en una podrida vagancia, mientras los otros trabajan, son tortolillos, que viven para que se les injurie. Ten salud.

Esta carta ya es un ensayo pleno: están presentes la tesis o el punto de vista, los argumentos, el tratamiento literario del tema, la presencia entreverada de la subjetividad del autor y una conclusión que aúna a la eficacia persuasiva, belleza literaria. ¡Cómo no amar la filosofía estoica con este tipo de textos! Cuentan que cuando Nerón acusó a Séneca de estar entre los que urdieron un complot para asesinarlo (Séneca había sido su preceptor), le permitió que él mismo eligiera la forma de morir. Séneca decidió cortarse las venas y al llegar a su casa, después de ordenar sus asuntos, procedió a cumplir la orden. Se cortó las venas de las manos pero el desangramiento era lento. Su mujer, al ver que no moría y no

pudiendo soportar el dolor de mirarlo, también se suicidó por ese medio. El filósofo estoico tuvo los arrestos para pedir a sus sirvientes que lo metieran en una tina con agua caliente a fin de acelerar el desangramiento. Por eso, cuando me amenaza la depresión por algo que me preocupa o empiezo a ponerme triste, no hay mejor remedio para la melancolía que leer una carta de Séneca a Lucilo.

Grandes lectores y conocedores de los clásicos griegos y latinos, Michel de Montaigne y Francis Bacon parece ser que sólo llevaron a su culminación en el siglo XVI este tipo de textos ya esbozado por aquellos. Hombres del Renacimiento, son quienes mejor encarnaron el espíritu de la antigüedad en el sentido de poner al hombre en el centro de sus reflexiones, búsqueda, observación, experimentación y crítica, legándonos así el ensayo, ese tipo textual que don Alfonso Reyes denominó el centauro de los géneros. **L**



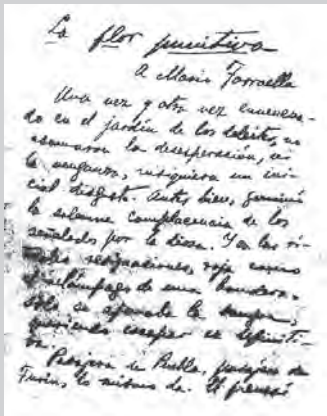
Jean Guillaume Moitte, *La muerte de Séneca*

La flor *punitiva*

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Publicado en *El minuterero*, libro que reúne los textos en prosa de Ramón López Velarde, reproducimos aquí “La flor punitiva”, ejemplo de ensayo breve-poemático.

A Mario Torroella



Manuscrito de *La flor punitiva*

Una y otra vez envenenado en el jardín de los deleites, no asomaron ni la desesperación, ni la venganza, ni siquiera un inicial disgusto. Antes bien, germinó la solemne complacencia de los señalados por la diosa. Y en las rituales resignaciones, roja como el relámpago de una bandera, sólo se afanaba la sangre, queriendo escapar en definitiva.

Pasajera de Puebla, pasajera de Turín, lo mismo da. El frenesí masculino, sin caer en estulticia o en bajeza, no puede exigir legalidad a las distribuidoras de experiencia, provisionalmente babilónicas. Estimemos, al contrario, que sazonzando nuestra persona, la libren de lo insulso y le inculquen el vital sentido de que toda raíz es amarga.

Los rectores de la multitud, llámense políticos, sabios o artistas, producirían obra más ilustre si se repartiese entre ellos un prudente número de contagios.

Si pagar es lo propio del hombre, paguemos nuestras supremas dichas, abominando de esa salubridad que organiza las islas del Mar Egeo en compañía de seguros.

Un orangután en primavera divide sus chanzas entre los viejos verdes y los jóvenes en blanco. El furor de gozar gotea su plomo derretido sobre nuestra hombría; inútil y cobarde querer salvarnos de la crapulosa angustia. Al cabo, una ancianidad sin cuarentena suspirará por la mesa de operaciones. **L**

El microensayo

Breve selección de *Microensayos y Pasión encerrada* de Benjamín Barajas



ROMÁN CASTILLO

En el párrafo IV de su *Teoría del adagio*, Erasmo de Rotterdam establece las diferencias y similitudes entre el dicho, el adagio, la sentencia, el refrán y el aforismo; un aforismo puede incluir el adagio, pero para el adagio el aforismo resulta un cuerpo extraño. El carácter conocido del adagio, aunque de forma más elaborada que el dicho o el refrán —formas eminentemente populares—, resulta ajeno al aforismo, reservado a reflexiones mucho más profundas y cultas como el microensayo, del cual es su principal soporte. Esto lo supo mejor que nadie el griego Ioanes Stobaeus, o Juan de Estobeo (ca. siglos V y VI d. de C.), quien al decir de Erasmo fue el principal coleccionador de aforismos en la antigüedad y practicó el microensayo al extender o unir varios aforismos en torno a un tema.

Derivación de la poesía, el microensayo y el aforismo reúnen todas las cualidades para la reflexión. Mientras el pensamiento lógico y racional basa su operación en términos, conceptos y sus derivaciones (categorías y teorías) que requieren una definición explícita, el microensayo debe su función a la metáfora, la alegoría y otras paremias que apuntan a la intuición y aún más, a la visión; es una prolongación del aforismo pues opera con su misma magia: descubrir esas cápsulas de sabiduría que dicen más que un voluminoso tratado. Leer, por ejemplo, *Nuestro destino: ser una ilusión creíble*, o bien *Un buen*

poeta suele ser una especie de traductor sin original (Benjamín Barajas, *Breves autopsias*, 2013) implican una filosofía de la vida o una teoría de la literatura que el lector comprende, admira y comparte; no son ocurrencias sino resultados de profundos razonamientos cifrados en unas cuantas palabras; desde luego, el poeta podría desglosarlas hasta redactar un ensayo de mediana extensión. Pero es mejor dejarlo así, porque, como él mismo afirma en otro de sus acertados aforismos: *La brevedad en literatura es una herida con flecha envenenada*.

Pese a su brevedad, el microensayo no deja de ser una meditación con las principales características del ensayo. Hay quienes, guiándose por los prefijos *micro* o *mini*, pretenden reducirlo a la estructura del silogismo y establecen incluso el número de párrafos que debe poseer: introducción (afirmación), cuerpo o contenido (proposiciones) y conclusión, resultando así un escrito de tres o cuatro párrafos. Lo cierto es que su tono poético le puede aportar todavía más brevedad. Cuando Octavio Paz afirma: “La prosa del ensayo fluye viva, nunca en línea recta, equidistante siempre de los dos extremos que sin cesar la acechan: el tratado y el aforismo. Dos formas de congelación”, advierte de estos riesgos. ¿Cuándo es mejor recurrir al aforismo y cuándo al microensayo?

El poeta está profesionalmente entrenado para condensar y aguzar, dice Savater en *El arte*

de ensayar. De ahí que aforismo y microensayo sean una producción simultánea, o parte de, su producción poética, y por eso los buenos poetas son tan espléndidos ensayistas. Por eso hemos elegido estos microensayos de Benjamín Barajas, pues a sus cualidades como escritor, crítico, antologista, editor y maestro, se impone sobre todo la de poeta. Porque en sus aforismos y microensayos advertimos siempre la voz personal del autor trenzada con sus razonamientos. **L**☞

La novela, en términos amplios, es un género de personajes más que de acción, de amplios recursos con raquílicas historias..., recordamos algunas obras por la hondura psicológica de los seres que las pueblan. A Dostoievski corresponde la creación de algunos tipos con enorme capacidad para el dolor, baste nombrar al príncipe del remordimiento: Raskolnikov.

De Microensayos (2004)

Dostoievski es el autor de un continente subterráneo, de un sistema espiritual donde la vida fluye por sótanos oscuros. La vasta parábola arquitectónica de Dante se disuelve en las alturas de la luz amorosa cuando termina el sueño. El viaje prodigioso de Goethe (o de Fausto) se pierde en laberintos mitológicos; mientras que Shakespeare escenifica el prodigio del crimen en línea intemporal..., pero sólo en Dostoievski el drama crece hacia abajo, hacia las catacumbas del ser.

De Microensayos (2004)

LA IMPRENTA

Contrario a lo que la historia enseña, la imprenta inauguró la producción en serie. Es verdad que Henry Ford reprodujo coches con base en un molde, pero el librero alemán Johannes Gutenberg (ca. 1397-1468) perfeccionó la imprenta basada en caracteres (tipos) móviles. Su primera empresa (y la única porque murió en la quiebra)



La poesía no puede ser religión ni templo porque no considera a su lector como un feligrés ni tampoco lo adiestra para la vida eterna. La poesía no es filosofía porque no se abisma en el vacío de la muerte del ser para recrear su soledad mental y su olvido. La poesía, en cambio, busca llenar al hombre de contenidos vivibles. La poesía es corazón y boca, pan y palabra.

De Pasión encerrada (2007)

fue la edición de la Biblia; a dos tintas y con cuarenta y dos líneas por página. A partir de este momento el destino de la humanidad (de esa parte de la humanidad que cree en la palabra escrita) cambió. Para muestra se debe recordar que se alentó la alfabetización universal, que circularon, con más vigor, las ideas de democracia y libertad (la Enciclopedia de la Revolución francesa es un caso), se afianzaron los estados nacionales merced a la comunicación más fluida, se difundieron la literatura y la ciencia como nunca antes... Acaso la impresión de los libros fue más revolucionaria que el ensamblado de los coches, aunque para buena parte de nuestra sociedad sea más valioso un auto en el garaje que un libro en el anaquel.

De Pasión encerrada (2007)

Las palabras son el gran tótem de los discursos que gozan de cierto impacto y poder. Los ministros de las iglesias usan las palabras del temor y de la cólera divina. Los políticos se sirven de las palabras grandes, como democracia, igualdad, justicia y libertad. De su lado, el filósofo se esmera en pulir las palabras de roca y de mármol para hablar del ser y de la nada. A fin de cuentas toda palabra fuerte es un somnífero contra el azoro.

De Pasión encerrada (2007)



Leer ideas

JAIME LEÓN HERRERA-CANO

La gente común habla de cosas, la gente mediocre habla de gente, sólo la gente inteligente habla de ideas.

Jules Romains

Las grandes mentes discuten ideas; las mentes medianas discuten sucesos; las mentes pequeñas discuten a la gente.

Eleanor Roosevelt

CCH

32

LATITUDES

¿Qué es una idea? El Diccionario de la Lengua Española aporta diez acepciones del término, de las cuales reproducimos aquellas que la definen de forma más precisa para nuestro propósito. La idea es el “Primero y más obvio de los actos del entendimiento, que se limita al conocimiento de algo”, y es también “el conocimiento puro, racional, debido a las naturales condiciones de nuestro entendimiento”.

Un diccionario de psicología define la idea como “cualquier contenido del pensamiento que no esté en relación directa con los estímulos sensoriales, si bien su formación es el producto de un proceso elaborado que puede rastrearse hasta experiencias sensoriales precedentes” (Galimberti, Umberto: Diccionario de Psicología, Siglo XXI Editores, 2002).

Y un diccionario más, éste de filosofía, establece que el término “ha sido usado con dos significados fundamentales diferentes, a saber: 1) como la especie única intuíble en una multiplicidad de objetos, y 2) como cualquier objeto del pensamiento humano, o sea como representación en general” (Abbagnano, Nicola: Diccionario de Filosofía, FCE, 1988).

August Rodin, *El pensador* (1904).

Podríamos proporcionar otras definiciones más e incluso registrar las personales que cada filósofo o pensador ha elaborado, pero con las anotadas son suficientes para hallar algo en común: las ideas son un producto mental, sin ninguna o poca intervención de los sentidos, aunque muchas procedan de estos: mirar un paisaje y formarse una idea a partir de su contemplación; el famoso olor de las magdalenas de Proust, que le provoca un torrente de recuerdos que no son más que ideas, y las que despiertan nuestros sentidos al percibir sensaciones como calor, frío o hambre.

Mientras más alejadas o ajenas estén las ideas de las percepciones sensoriales, más dificultades plantea su comprensión y mayor destreza demanda ejercitarlas. Las razones son evidentes: las ideas puras requieren términos, conceptos y simbolizaciones que son elaboraciones mentales, abstracciones que no son posibles de entender si no se conoce su significado o se tiene una experiencia previa en su empleo.

Si se pide a alguien parafrasear el siguiente enunciado: “No es la conciencia del hombre lo que determina al ser social sino es el ser social el que determina su conciencia”, a menos que sea alguien versado en la teoría marxista, deberá solicitar que le repitan el enunciado o leerlo varias veces antes de comprenderlo y traducirlo a sus propias palabras. Pero alguien que ha empleado esos conceptos no sólo los comprenderá sino que incluso podrá refutar la afirmación o al menos cuestionarla. Realizar este ejercicio resulta difícil a la mayoría de la gente; de allí que prefiera mirar una pantalla en lugar de leer, o entretenerse con algo manual en lugar de reflexionar. Tienen miedo a pensar y les causa dificultad leer ideas sin referentes precisos para sus sentidos.

¿Es de verdad arduo pensar? ¿Es algo que exige muchas destrezas y habilidades o “haber nacido para eso”, como resignadamente dicen al-

gunos? La verdad es que no. Al contrario, pensar es uno de los placeres más gratos y que de verdad nos hace humanos; nos permite salir del reducido ámbito de los instintos y de las necesidades puramente animales para alcanzar otras experiencias, quizá las netamente humanas, que sólo unos pocos son capaces de adquirir y disfrutar.

Uno imagina a la persona que piensa como el personaje del célebre grabado *La Melancolía* de Durero, o la conocida escultura *El pensador* de Auguste Rodin, o el retrato más difundido del escritor ruso Dostoyevski: un ser atormentado, melancólico, aislado de los demás y concentrado solo en sus ideas. La verdad es que una persona que piensa necesita dialogar y convivir, requiere del intercambio de puntos de vista para interrelacionar y asimilar realmente lo aprendido. Por eso son tan comunes las discusiones de café y por eso existen las escuelas, adonde se acude no sólo a aprender sino a algo más importante: a socializar el conocimiento.

Como todos los aprendizajes, la clave está entonces en el entrenamiento que recibimos para lograrlo. Esta revista está dedicada al ensayo y seguramente se hablará en alguna parte de la preparación y la educación que su inventor tuvo para lograr esa capacidad reflexiva y luego para poner por escrito sus meditaciones. La educación es indispensable para aprender a pensar, pues esta actividad es consecuencia del empleo que se haga de los conocimientos asimilados. Los especialistas en educación parecen haberse dado cuenta de esto y por eso recomiendan que debemos estudiar para aprender a pensar y solucionar problemas y no sólo para acumular conocimientos.

Leer sin reflexionar es perder el tiempo, es una actividad mecánica que pronto el olvido borrará o, peor aún, si la hacemos sin razonar no sirve porque no se entiende ni se asimila lo que se lee. Lo ideal es parafrasear, exponer, debatir lo aprendido. Como no siempre

disponemos de tiempo para estos ejercicios complementarios de la lectura (con los que nos entrenamos incluso para expresarnos con claridad), y leer se hace generalmente a solas, lo que practico y recomiendo a mis alumnos es tomar notas, redactar resúmenes o realizar cuadros sinópticos; más adelante —con el entrenamiento debido— escribir comentarios, reseñas o críticas de lo leído. Un buen lector se caracteriza porque siempre transita a la siguiente etapa de la lectura, que es la escritura; en la mano siempre tendrá un lápiz o un bolígrafo y al lado muchas hojas blancas.

Leer ideas, entonces, inicia con aprender a leer de forma activa, interactuando con el texto. Esto permite darse cuenta a dónde pretende ir el autor, qué es lo que desea demostrar o convencer y descubrir el procedimiento del que se vale para lograrlo. Ningún texto, por muy abstracto y denso que sea, resulta difícil si se lee de forma activa. Por el contrario, se disfruta más cuanto más complejas y bien trenzadas estén las ideas que expone. Mucho del placer del lector consiste en descubrir las habilidades, estratagemas y recursos de los que se vale un autor para explicar y convencer acerca de su punto de vista u opinión.



¿Cuándo fue el momento? ¿Qué ideas y de cuál autor? Seguramente fue en una de esas soleadas mañanas otoñales, cuando para reducir gastos acudía a un Burger Boy donde desayunaba huevos, jugo, frijoles refritos, pan tostado y café, mucho café incluido en el desayuno. La mesera ya me conocía, así que al terminar retiraba los platos y sólo dejaba la taza donde ponía regularmente más bebida y me permitía leer.

Me había propuesto conocer por esos días las principales novelas de Dostoyevski: *El*

idiota, *Crimen y castigo*, *Hermanos Karamazov*, *Los endemoniados*... , leía y después, mientras bebía pausados sorbos de café, miraba a través del ventanal los vehículos que corrían por el Periférico y pensaba.

Reflexionaba en la extrema bondad del príncipe Misha, que lo hacía parecer un idiota; en el arrepentimiento de Raskolnikov, que después de matar a la usurera y su hermana, y apropiarse de todas sus joyas y dinero, se arrepentía al no poder soportar el cargo de conciencia, se entregaba a la policía y confesaba su crimen. Concluía que era débil, no podía seguir su propia teoría tan obsesivamente elaborada: un hombre tiene derecho a todo, incluso al crimen, si es para aliviar el sufrimiento de los demás o para realizar algo más beneficioso para la humanidad que sólo acumular dinero (eso pensaba Raskolnikov); comparaba su pesadumbre con las palabras del Che Guevara: “un revolucionario debe convertirse en una fría máquina de matar motivado por odio puro”; pensaba en que no basta creer en una teoría o una idea si no hay decisión de aplicarla, se requiere la fe ciega del que no necesita comprender ni explicarse nada para entregarse a la acción, o sea una fe fanática, de la que yo me excluía. Entonces no era debilidad sino fortaleza espiritual, un inextinguible apego al bien, y la duda, lo que redimía a Raskolnikov. Por eso no podía creer tampoco en la vileza innata del padre de los hermanos Karamazov, y de su hijo bastardo Smerdiakov, que había asimilado lo esencial de su maldad. Incluso la bondad extrema encarnada en Aliosha y la nobleza y el valor representados por Iván Karamazov, los otros dos hermanos, resultaban sospechosos. ¿Qué quedaba después de este cuestionamiento implacable de los valores y de las aspiraciones consideradas justas como transformar un mundo injusto a través de cualquier medio (*Los endemoniados*)? Sólo la duda. Dostoyevski

me enseñó a dudar, y si hay algo difícil en este mundo de creencias ciegas es aprender a dudar.

Sin embargo, pese a ser novelas con alto contenido filosófico, ético y político, es decir, de ideas, seguía leyendo literatura. Hacía falta llegar al razonamiento puro, sin más soporte que los datos, hechos, argumentos y razonamientos. Y sí, ya había leído *El laberinto de la soledad*, *La nueva novela hispanoamericana*, *La montaña mágica*, *El hombre sin atributos*, etc., pero —al igual que muchos otros estudiantes— aún no descubría el placer de leer ideas: de disfrutar verlas formuladas con claridad y precisión; de admirar la astucia con que se ordenan los argumentos; de sorprenderme con los razonamientos a partir de datos o hechos aparentemente aislados; de reconocer la precisión al traer con la oportunidad debida una cita, un nombre o un número y dirigirlos con la maestría de un arquero.

Recuerdo aún cómo sucedió esto. Había acudido a un cita de trabajo y me avisaron que la persona con la que me entrevistaría se disculpaba porque llegaría tarde; digamos la cita era a las 9:00 y no podía llegar sino hasta las 11:00 de la mañana. Así que debía esperar dos horas o regresar otro día. Decidí esperar, compré la revista *Vuelta* de ese mes (junio de 1981) y me metí en un café de la avenida Mariano Escobedo. Durante ese tiempo leí “Colegas enemigos. Una lectura de la tragedia salvadoreña”, de Gabriel Zaid, que me dejó anonadado, sorprendido y deslumbrado. Creo que lo leí tres veces.

Me dejó anonadado porque era un mentís a la consabida opinión que prevalecía en el medio universitario por aquellos días acerca del conflicto salvadoreño: de que los buenos estaban representados por el Frente Farabundo Martí y la guerrilla, contra los malos, la oligarquía salvadoreña, el ejército y la CIA. El ensayo de Zaid develaba el drama sangriento

que la guerrilla y el pueblo salvadoreño vivían y demostraba que, más que un enfrentamiento contra la oligarquía y sus aliados, lo que existía era una lucha intestina de la propia guerrilla: Roque Dalton, el poeta y guerrillero, es asesinado por Joaquín Villalobos del ERP (otra facción guerrillera) como un rival peligroso plantado por La Habana; la comandante Ana María muere por ser rival peligrosa del comandante Marcial, que se siente postergado por La Habana; Marcial se suicida, pero en el momento oportuno para impedir un juicio que mostraría las diferencias de la unidad revolucionaria en El Salvador, Managua y La Habana.

Me dejó sorprendido por la relación inteligente de hechos y datos que el autor había logrado con algo que todos conocíamos, pero que nadie había realizado de forma integral para mostrar las causas reales del conflicto armado que se prolongaría por más de diez años y que aún hoy, con la caravana migrante, exhibe aún sus desastrosas consecuencias. (El ensayo se puede leer en el volumen *De los libros al poder*, Grijalbo, 1988, donde fue incluido por primera vez, pues descubro que hay otra edición en la colección Debolsillo.)

Finalmente, me deslumbró la recopilación meticulosa y exhaustiva de los hechos, nombres y demás datos, y la ordenada y sistemática exposición e interpretación de los mismos. Su lectura deja una sensación de demostración contundente y conduce a una conclusión difícil de refutar. No había conocido un escrito así, con tales recursos demostrativos y con tal poder de convencimiento. Sobre todo que por esos años escribir un ensayo con semejante opinión era ir a contracorriente del pensamiento políticamente correcto, donde los buenos eran los guerrilleros (Nicaragua era la nueva Cuba) y los malos el imperialismo, la oligarquía y su ejército. Entre las muchas reacciones que

Gabriel Zaid registra de aquel escrito la que más le divierte es aquella asamblea donde se decidió, después de denostar el ensayo, publicar un manifiesto para refutarlo punto por punto. Empresa torpe e irrealizable porque su materia sustantiva eran sólo los hechos puntuales.



A partir de esta experiencia empecé a leer mucho ensayo y artículo periodístico; un poco como parte de mi formación profesional, pero casi siempre por el gusto de ver “danzar” las ideas ante mis ojos. Reconocer el tema, distinguir con claridad la tesis o el punto de vista, identificar el tipo de lector al cual se dirige (y congratularme si me reconocía como uno de ellos), descubrir la intención del texto, su estrategia argumentativa, sus premisas, las fuentes usadas y sobre todo disfrutar el lenguaje usado: conciso, claro, preciso.

Aprendí a distinguir entre un tratado sistemático, un libro de filosofía o teoría política, y un ensayo o colección de ensayos. Subrayo el gusto de leer este género y artículos periodísticos, pero también libros cuya materia son sólo ideas. Sin embargo, la brevedad del ensayo permite identificar con claridad la afirmación o tesis, reconocer las premisas o argumentos y valorar el tono empleado; apreciar el ritmo pausado que se solaza en detalles, citas y aportaciones cultas, sin provocar nunca digresiones que distraigan o interrumpen, o admirar aquel otro de ritmo ágil, con razonamientos agudos que parece prender por el cuello una tesis, avanzar veloz y sagaz a través de argumentos que parecen feroces dentelladas o ágiles estoques de un espadachín, para arrojar finalmente ante a nuestros ojos una conclusión diáfana e irrefutable, cual presa inerte y agotada sin posibilidad de escape.

Descubrí el placer de leer ensayo pero me faltaba lo esencial: escribirlo, y así fue como

tuve que conocer o volver a sus grandes autores y especialmente a sus fundadores.

La primera edición que tuve de los *Ensayos* de Michel de Montaigne fue la antología que la UNAM preparó para la colección Nuestros Clásicos. Es una edición que aún utilizo para mis clases, pues además de práctico y cómodo (las ventajas del *pocket book*) es hermoso y muy útil el prólogo que para esta selección escribió Juan José Arreola.

Cuando me enteré que la editorial española Acantilado traduciría y publicaría los ensayos completos de Montaigne en un solo volumen no dudé en adquirirlos (él los publicó en varios tomos y dejó inéditos varios de ellos). La edición que Acantilado publicó es la que preparó Marie de Gournay en 1595; la joven admiradora tuvo acceso a los ensayos corregidos y aumentados por el propio autor, así que además de reunirlos completos, preparó una versión definitiva que le habría gustado publicar al mismo Montaigne.

Se dice que sus ensayos son literarios y que sin la aportación de Francis Bacon no habrían adquirido esa dimensión lógica y rigor expositivo que tanto gustan para discurrir en torno a cualquier asunto, sea literario, científico o político. Bacon fue filósofo, literato y político, y fundador de la escuela filosófica conocida como empirista, la cual plantea que no se deben aceptar explicaciones que no se puedan probar mediante la observación y la experiencia sensible.

Estaba en París cuando Montaigne empezó a publicar sus escritos, por lo cual los conoció y por eso escribió también sus propios ensayos, publicándolos en 1597 bajo el mismo título, *Ensayos*. Aunque no existe una edición reciente y completa, se han publicado varias selecciones de los mismos, entre las cuales se debe destacar una preparada por la editorial Taurus que se titula *De la sabiduría egoísta*. Nada más recomendable para enseñar a es-

cribir textos argumentativos y de opinión que los ensayos de Bacon. Su claridad e intención se aprecian desde el primer párrafo, donde es posible advertir el punto de vista, el tono, los argumentos y el lector al que se dirige.

Otro libro básico es *El león y el unicornio*, de George Orwell, apenas una probadita de su enorme trabajo ensayístico reunido ahora en sus *Ensayos* (2015) casi completos, publicado por la editorial Debate. Si alguien descubre el placer de leer ideas no puede olvidar a Orwell, quien es considerado el mejor ensayista del siglo XX. Es deslumbrante su maestría expositiva, su capacidad argumentativa y su belleza literaria. Para escribir artículo o ensayo hay que leer también mucho ensayo. Entre los más recientes que he leído están *El llamado de la tribu*, de Mario Vargas Llosa; *El pueblo soy yo*, de Enrique Krauze; *Genealogía de la soberbia intelectual*, de Enrique Serna; *De la estupidez a la locura*, de Umberto Eco; *Pensadores temerarios*, de Mark Lilla; *Remedios de antaño*, de Francisco González Crussi; *México, democracia interrumpida*, de Jo Tuckerman, y deseo leer cuanto antes los *Inventarios*, de José Emilio Pacheco, su legendaria columna cultural que escribió durante más de cuatro décadas y que la editorial ERA ha reunido en tres volúmenes.

¿Quién no se anima a escribir después de conocer a estos maestros del género?



Para concluir, quisiera referir algunas habilidades intelectuales y personales que nos aporta leer ideas. Por lo pronto, nos enseña a deducir e inferir, los pasos básicos de todo razonamiento. Aprendemos a ver los hechos y fenómenos de manera interrelacionada, lo cual nos hace más tolerantes y nos vacuna con una buena dosis de escepticismo ante las opiniones consideradas

definitivas. Desarrolla nuestra habilidad argumentativa y expositiva. Nos obliga a usar un lenguaje claro y a darnos cuenta de la insinceridad. Nos impele a ampliar nuestro vocabulario; mantiene ágil y activa la memoria; nos enseña a dudar pero también a ser capaces de innovar y ver el mundo desde otros ángulos, sin esquemas maniqueos o reduccionistas. Leer ideas cultiva el optimismo, la actitud crítica, la exigencia por mejorar cualquier aspecto; nos enseña a combatir el conformismo y la mediocridad; aporta nuevos placeres como son los intelectuales, desconocidos por la mayoría y, en síntesis, como ha dicho Fernando Savater, nos descubre “el placer de causar placer, que es escribir”. **L**

“ Sin la aportación de Francis Bacon no habrían adquirido esa dimensión lógica y rigor expositivo que tanto gustan para discurrir en torno a cualquier asunto, sea literario, científico o político. ”

NOTA

Los enunciados que uso a manera de epígrafe al inicio de este ensayo expresan la misma idea con ligeras variantes. ¿A quién pertenecen realmente? ¿A la escritora, conferencista y política estadounidense Eleanor Roosevelt (1884-1962) o al escritor francés Jules Romains (1885-1972)? No puedo determinarlo con certeza, ambos fueron contemporáneos, la primera fue esposa de uno de los presidentes más conocidos de los Estados Unidos, pero al menos reconozco su procedencia. La frase es usada con frecuencia sin otorgarle el debido crédito, y alguna vez un desinformado periodista la atribuyó a un narcotraficante que había sido detenido y se la encontró anotada en su cuaderno.

Cómo se escribe un ensayo

NETZAHUALCÓYOTL SORIA

Un ensayo puede surgir de una idea original, expresada en una oración. “Idea original” no significa algo extraordinario y peregrino, sino una opinión que se haya generado en nosotros mismos. Una oración necesariamente se compone de sujeto y predicado, de otro modo no podría expresar una idea. ¿Qué tipo de ensayo se puede escribir a partir de una oración? Se trata del ensayo de opinión, que se sitúa en el terreno de lo probable (como sabemos, una opinión no puede demostrarse).

¿Cómo hallar una idea original en nuestra propia mente? Un método bastante productivo es el que llamo “contra la sociedad” o bien “principio de desconfianza”. Las sociedades comparten, aunque sea de manera aparente, ciertas ideas comunes que podemos detectar en dichos y refranes, en la publicidad, en los noticieros. Muchas veces el consenso es muy superficial. El método de encontrar ideas propias llamado “contra la sociedad” consiste en cuestionar esas ideas, y al hacerlo, darnos cuenta de que no pensamos exactamente del mismo modo. Por ejemplo, “las drogas destru-

yen”. Con unas cuantas preguntas, el monolito se desmorona: ¿qué se entiende por drogas?, ¿bajo qué circunstancias “destruyen”?, ¿qué destruyen, además?, ¿en qué cantidades? No se trata de hacer una apología de la drogadicción, pero sí de salir del rebaño mental; ahí, afuera del redil, moran las ideas originales. Quizás no nos demos cuenta, pero en general todos tenemos opiniones diferentes de lo que piensa la sociedad.

Una vez encontrada la idea, hay que ponerla en una oración aseverativa, la cual no debe ser muy extensa, y debe tener un sujeto simple y un solo verbo principal. Una oración dice algo (predica) de una cosa (sujeto). El alma del ensayo es esa oración, porque el ensayo no es más que una ampliación de ese enunciado. Se le suele llamar tesis.

Nuestra tesis requiere de tres elementos, por lo menos, y de preferencia, no más. Una oración tripartita nos permite afirmar algo y matizarlo o afinarlo. Es decir, una oración (copulativa, por ejemplo) con sólo dos elementos puede ser tajante. “A es B” no permite mucho; “A es B

siempre y cuando C” funciona mucho mejor. Volviendo al ejemplo anterior, no nos sirve “las drogas son buenas” sino “las drogas pueden ser buenas en ciertas circunstancias”.

Ahora reflexionemos sobre la posible utilidad de lo que estamos escribiendo. El ensayo de opinión no puede probarse (ninguna opinión se puede probar) pero esto no quiere decir que carezca de validez. No es la lógica formal su vía de validación, sino la lógica no formal, la que emplea más la argumentación por el ejemplo. Para ser válido, nuestro ensayo debe estar libre de falacias. Hay que entrenar la mente para detectarlas. Queremos que nuestra opinión esté bien argumentada para que el ensayo resultante sea, no una verdad incontrovertible, sino algo plausible. En otras palabras, lanzamos un “yo creo” a un lector que quizás no comparta nuestra creencia, y tras la lectura del ensayo no necesariamente la compartirá, pero pensará “puede ser”. Para eso sirven los ensayos, para dialogar con los otros y crear un terreno común de lo probable.

Por último, este tipo de ensayo puede ser la base de un trabajo académico más extenso, con investigación y aparato crítico. Dicho trabajo tendría una hipótesis original, es decir, expresaría ideas propias y no sería un mero recuento de información. **L**

TEMA, TONO Y TINO

A estas alturas todos sabemos que las “recetas” no funcionan, ni siquiera para cocinar un platillo de parte del cocinero o el chef, porque cada uno aportará su “toque especial” y eso lo vuelve siempre un guiso diferente. Por eso aclaramos que mucho menos existe alguna receta para escribir un ensayo. Sin embargo, y pensando siempre que un estudiante requiere de una breve guía para iniciar el reto de escribir uno, sirvan las recomendaciones del profesor Netzahualcóyotl Soria que hace precisamente eso: llevar de la mano al estudiante para dar los primeros pasos en ese reto.

Al redactor más avezado le convendrá saber que el ensayo es el texto que incluye las tres T: tema, tono y tino. El tema deberá ser de un asunto que le resulte familiar, aunque no lo conozca del todo ni sea un especialista en esa materia; por lo tanto el autor deberá elegir un tema del que al menos tenga nociones y no que ignore todo al respecto; ya el proceso de elaboración lo llevará a investigar lo que le haga falta. Al principiante se le facilitará más su elaboración si tiene una postura respecto al tema: ¿hablará a favor o en contra del aborto? Es un tema que polariza opiniones de inmediato, y el redactor del ensayo puede darse el lujo de elegir si hablará a favor o en contra de éste, con un tono docto, de especialista e imparcial hombre de ciencia, o el del defensor apasionado de la vida. Finalmente, el tino es la manera de salir airoso del punto de vista que haya decidido asumir: la manera correcta de presentar el asunto, de organizar los datos y argumentos, de poner las citas en el lugar más adecuado y de darse cuenta cuándo es el momento de arribar a una buena conclusión, es decir, dar por terminado el escrito...

Grandes ensayistas de nuestro tiempo

RENÁN CHAPARRO

Cuando me encomendaron esta tarea, realizar un mapeo de los principales ensayistas de nuestro tiempo, labor titánica aun para quienes leen sólo ensayo o son especialistas en el tema, pensé de inmediato en la utilidad de un escrito así, y esto fue lo que me animó a escribirlo. En 1940 Mortimer J. Adler y Charles Van Doren escribieron un famoso texto, *Cómo leer un libro. Una guía clásica para mejorar la lectura* que, además de su utilidad por el asunto que aborda (la editorial Debate lo reeditó en 2001), también ha sido y es consultado por uno de los dos apéndices que incluyeron: Lista de Lecturas Recomendadas.

Como se sabe, el libro es “una guía para aprender y enseñar a leer y a comprender lo que leemos”. En el propósito de cumplir con una de sus principales tesis —la de que sólo las buenas lecturas nos hacen superarnos y nos permiten crecer intelectualmente, así como mejorar nuestra destreza lectora—, los autores agregaron al final una lista de cien autores que toda persona medianamente culta debe conocer.

Ya sea para consultar cuáles son las que nos permiten crecer intelectualmente, o para saber qué tan cultos somos, la lista es revisada una y otra vez, y hay quien se ha propuesto leer los títulos completos listados allí, pues cuenta con una guía confiable. De cien autores iniciales (de filosofía, historia, poesía, ciencia, economía, política) la lista se ha ido extendiendo, debido a omisiones

y aparición de nuevos escritores, y después de la desaparición de Mortimer y Van Doren, los editores han completado la lista hasta sumar 145 autores. Y suponemos que seguirá creciendo.

Con esto se comprenderá cuál es el sentido de una relación que está sujeta a tantas limitaciones como son, principalmente, los gustos y prejuicios de quien la realiza, así como sus conocimientos. Una guía en este sentido es para mostrar lo más destacado que existe en el campo que nos interesa durante un período determinado de tiempo; no se agota ni abarca todos los elementos del conjunto.

Por otra parte, decir “los ensayistas de nuestro tiempo”, éste puede ser muy corto o muy vasto. Por eso lo hemos limitado al siglo XX y lo hemos acotado al ámbito de la llamada cultura occidental, de la cual somos parte. Nos hemos basado principalmente en *El arte de ensayar. Pensadores imprescindibles del siglo XX* (Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, 2008) de Fernando Savater. El lector encontrará nombres de autores franceses, alemanes, hispanoamericanos, húngaros, ingleses, checoslovacos, españoles, austríacos y sólo uno japonés, Yukio Mishima. Quedan fuera muchos, pero esas son las carencias y defectos que plantea toda lista.

Cuentan los editores de Círculo de Lectores que cuando pidieron a Savater coordinar una colección de ensayos con lo más representativo del legado libresco del siglo XX, ésta se presen-



taba como la tarea más difícil pues, sumada a la “amplitud e imprecisión de la etiqueta escogida”, estaba “la perspectiva circular del campo observado: toda la producción ensayística de los dos primeros tercios del siglo XX, en cualquier materia: antropología, literatura, lingüística, psicología, historia, sociología, religión, comunicación...”

La solución fue la que aportó el propio Savater: un conjunto que, por virtud de su diversidad, ofreciera “una compleja e irisada ilustración del concepto mismo que lo justifica y que lo articula: el del ensayo como género”. Por ello reproducimos en primer lugar la lista de 25 ensayistas, tal como la hizo Savater, con el nombre del autor y su ensayo o libro de ensayos. Con el mismo criterio agregamos los que, nos parece, completan una eficaz guía para el lector deseoso de conocer el género.

Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida* (1913).

Bertrand Russell, *Misticismo y lógica* (1917).

Rudolf Otto, *Lo santo* (1917).

Max Weber, *El político y el científico* (1919).

György Lukács, *Teoría de la novela* (1920).

Julien Benda, *La traición de los clérigos* (1927).

José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas* (1930).

Sigmund Freud, *El malestar de la cultura* (1930).

Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica de la ilustración* (1947).

Leo Strauss, *Derecho natural e historia* (1949).

Albert Camus, *El hombre rebelde* (1951).

María Zambrano, *El hombre y lo divino* (1955).

Claude Lévi-Strauss, *Tristes trópicos* (1955).

Benjamin Lee Whorf, *Lenguaje, pensamiento y realidad* (1956).

Octavio Paz, *El arco y la lira* (1956).

Hannah Arendt, *La condición humana* (1958).

Elias Canetti, *Masa y poder* (1960).

Thomas Szasz, *El mito de la enfermedad mental* (1961).

Marshall McLuhan, *La galaxia Gutenberg* (1962).

Raymond Aron, *Ensayo sobre las libertades* (1963).

Isaiah Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad* (1969).

Jean-Paul Sartre, *Las palabras* (1964).

Michel Foucault, *Las palabras y las cosas* (1966).

Yukio Mishima, *El sol y el acero* (1970).

Jacques Monod, *El azar y la necesidad* (1970).

Mario Vargas Llosa, *Historia de un deicidio* (1971).

Gabriel Zaid, *El progreso improductivo* (1979).

Milan Kundera, *El arte de la novela* (1986).

Carlos Granés, *El puño invisible* (2012).

Francisco González Crussi, *Remedios de antaño. Episodios de la historia de la medicina* (2014).

Con esta relación esperamos que los lectores tengan una guía útil y variada para conocer lo mejor de la producción ensayística de nuestro tiempo. **L**

Los libros indispensables

JESSIE MALDONADO

Un número dedicado al ensayo quedaría incompleto si no se proporcionara una lista de los libros necesarios para conocerlo. Como otro profesor escribirá sobre los grandes ensayistas de nuestro tiempo, me centraré en aquellos de carácter didáctico pues, además de buenos estudios introductorios, reúnen también una selección o antología de excelentes ensayos que ejemplifican lo que el estudio expone.

José Luis Martínez. *El ensayo mexicano moderno*. Fondo de Cultura Económica; primera edición: 1958. Edición consultada: segunda, refundida y aumentada, 1978.

El clásico en México es *El ensayo mexicano moderno* de José Luis Martínez —ese “curador de las letras nacionales” como lo llamó Gabriel Zaid—, que originalmente lo dividió en dos volúmenes, pero que en su más reciente reimpresión los editores han conjuntado en uno solo. El primero iba de Justo Sierra a Daniel Cosío Villegas, y el segundo de Jaime Torres Bodet a Carlos Monsiváis. Hace falta actualizarlo con el mismo cuidado y rigor con que eligió, analizó y conjuntó los ensayos don José Luis Martínez, pues si de algo pueden ufanarse las letras nacionales es de su munificencia ensayística.

El libro inicia con un estudio acerca del ensayo (el cual leo y releo constantemente), después presenta una breve ficha biográfica del autor y a continuación un recuento de sus principales obras. Sólo entonces pone uno, dos, tres y hasta cinco o seis ensayos, pues esto depende de lo prolífica que haya sido la producción del autor en



este género. Como se puede apreciar, el libro es también una guía de la literatura mexicana durante un siglo. Mi modesta opinión es que este libro es de obligada lectura y resulta indispensable en el librero de todo estudiante o profesor, de cualquier carrera.

John Skirius. *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica, 1981.

Este libro pretende incluir a lo mejor del ensayo producido en todo el ámbito de habla hispana. Abarca cien años de creación literaria y reúne a más de cuarenta autores. Nombres como Alfonso Reyes, José Carlos Mariátegui, Germán Arciniegas, Enrique Anderson Imbert, Octavio Paz y Mario Vargas Llosa son infaltables en el volumen. Al igual que el libro de Martínez, aporta también los datos biográficos y bibliográficos de los autores incluidos. En la más reciente reedición (2004) se han agregado autores y trabajos. Quien desea conocer lo mejor que se ha escrito de este género en el mundo de habla hispana, este trabajo de John Skirius resulta fundamental.

***Ensayo literario mexicano*; coord., pról. y notas Federico Patán; selecc. John S. Brushwood, Evodio Escalante, Hernán Lara Zavala y Federico Patán. (UNAM, Universidad Veracruzana y Editorial Aldus, 2001.**

Para quienes reconocen que el libro de José Luis Martínez ha quedado incompleto, dado el enorme número de ensayistas mexicanos aparecidos a lo largo del siglo XX, esta coedición parecería la respuesta. El volumen recoge ensayos de Antonio Alatorre (1922-2010) a Jorge Volpi (1968-), es decir, inicia con trabajos representativos de los nacidos en los veinte, continúa en orden cronológico con los nacidos en los años treinta y cuarenta, continúa con la generación de medio siglo y se detiene en los nacidos en los sesenta. Una breve ficha biobibliográfica antecede a la presentación de cada ensayo (sólo uno por autor), los cuales fueron elegidos por los cuatro integrantes del equipo recopilador, lo cual garantiza variedad y diversidad de gustos. El libro refleja la abundancia con que se ha practicado el ensayo, sobre todo después de la segunda mitad del siglo XX. Autores como Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Emmanuel Carballo, José Emilio Pacheco, Gabriel Zaid, Hugo Hiriart, Guillermo Sheridan, Enrique Serna, Juan Villoro y Aurelio Asiain, a quienes extrañábamos en el estudio



ya clásico de José Luis Martínez, son incluidos en este volumen y es un gusto comprobar que aún viven y leemos en diarios y revistas.

Después de estas antologías hablemos ahora de las obras personales, cuyos trabajos representan en sí mismos modelos para disfrutar y comprender este género.

Michel de Montaigne. *Los ensayos. Según la edición de 1595 de Marie de Gournay. Acantilado, 2007.*



Libro indispensable es el del fundador del género, que reúne toda su producción y tal como él deseó que se publicaran, pues atiende correcciones, agregados y supresiones que él mismo hizo y que su dilecta alumna y admiradora, Marie de Gournay, incluyó en la edición definitiva de 1595. Desafortunadamente, después de aquella edición se siguieron publicando selecciones, versiones y traducciones pero no de este libro definitivo, sino de uno conocido como el Ejemplar de Burdeos. Francia se dio cuenta del descuido en que se tenía a su máximo escritor (Montaigne es a Francia lo que Shakespeare a Inglaterra y Cervantes a España), al no seguir la edición depurada que había preparado Marie de Gournay. Por eso la editorial La Pléiade investigó, recuperó y preparó la edición a partir de ese ejemplar en 2007, y de allí mismo se basó la edición de la editorial española Acantilado, que es donde podemos leer hoy los ensayos completos de Montaigne.

Esta edición en castellano se acompaña de un prólogo escrito por Antoine Compagnon, y del trabajo de edición y traducción de J. Bayod Brau, cuyas lecturas resultan esclarecedoras no sólo para comprender el ensayo, sino también para conocer la época y los avatares vividos por su autor.

Bacon. *Ensayos*. Editorial Aguilar, 1961.



Por un imperdonable descuido u olvido la Editorial Aguilar dejó de publicar el conjunto más amplio de ensayos escritos por el filósofo inglés y que diera a conocer en 1597, apenas unos años después que Montaigne. Actualmente sólo es posible conseguir este volumen en librerías de viejo o en el Mercado Libre, si alguno de sus afortunados poseedores decidiera deshacerse de su ejemplar. Este volumen ha sido saqueado y eso explica que se encuentren en la Web algunos ensayos mal copiados y editados. La Editorial Taurus

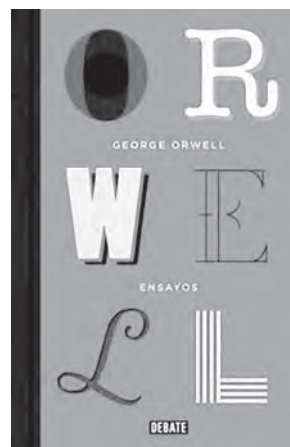
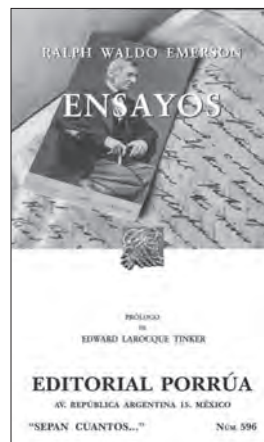
publicó en 2012 un pequeño y bello volumen, *De la sabiduría egoísta*, en cuya portada se asienta: “Léase no para contradecir o impugnar ni para creer o dar por admitido, ni para encontrar tema de charla y conversación, sino para sopesar y considerar.” Es la mejor edición de los ensayos traducidos al español de Francis Bacon con que hoy contamos, pero es también una mínima selección.

Ralph Waldo Emerson. *Ensayos*. Editorial Porrúa, Colección Sepan Cuantos.

Quizás lo mejor del ensayo en lengua inglesa que se ha escrito en América son los reunidos en este breve volumen que cuenta con un prólogo de Edward Larocque Tinker y un estudio introductorio (“Emerson y la revolución trascendentalista”) de Ludwig Lewisohn. Recoge apenas doce ensayos y dos discursos, pero suficientes para conocer una obra cumbre del trascendentalismo americano, más los valiosos estudios preliminares.

George Orwell. *Ensayos*. Editorial Debate, 2013h.

No hay mejor método para aprender a escribir buenos ensayos que leer buenos ensayos. Esta afirmación, que podría considerarse verdad de Perogrullo, se confirma plenamente con la lectura de los escritos de George Orwell, pues resulta cierta. Tal vez por su extensión, algunos podrían considerarse casi artículos, o por los asuntos que aborda, muy de nuestro tiempo, el caso es que después de leerlos uno desea escribir y, ¡casi un milagro!, uno puede escribir ensayos. No hay ninguna lección o guía para hacerlo. Son escritos literarios, sobre la guerra, sobre libros, sobre la ciencia y sobre todos los hechos que conmovían a su autor; especialmente recomendable es aquel sobre “La política y la lengua inglesa”, en el que muestra cómo aquella actividad en su afán de ocultar, aparentar, engañar, manipular..., acaba vaciando de sentido las expresiones, creando un neolenguaje, tal como lo describe en su novela de pesadilla política, *1984*. Algo tan usual en México donde la lengua rebosa lugares comunes, frases hechas, latiguillos y generalizaciones que no dicen nada y contribuyen a vaciar de contenido el lenguaje. Por otro lado, haber reunido los ensayos completos de George Orwell contribuye a fomentar valores como la tolerancia, la crítica, la duda y el escepticismo en estos tiempos en que proliferan el fanatismo y las creencias ciegas. **L**



Felipe Garrido y los momentos cruciales de la lectura

RENÉ MONTEAGUDO RUBIO



Una voz infaltable al abordar un tema como el del ensayo es la de Felipe Garrido, sobre todo a la hora de preguntarnos cómo este género puede apoyar o contribuir para hacernos mejores lectores, tarea que él ha atendido en sus diversas facetas de funcionario, escritor, maestro, conferencista, editor y sobre todo enjundioso lector. Garrido ha reparado en un hecho que de tan común pasa como algo natural y por lo tanto desapercibido, cuando en realidad es uno de los grandes obstáculos para mejorar nuestra pobre comprensión lectora y el bajísimo nivel de lectura nacional: el hecho de que quienes deben leer no leen y por lo tanto no saben hacerlo y por lo tanto son incapaces de transmitir esta pasión.

René Monteagudo Rubio: ¿Para entrar en calor, maestro, díganos cuál es su propia definición del ensayo o su idea del ensayo?

Felipe Garrido: Yo creo que la de Montaigne sigue siendo eficaz; el ensayo como un género en el que hay una divagación del autor. Como sabes, Montaigne toma una frase o una sentencia de uno de sus autores favoritos y a partir de ahí discurre en torno a ese asunto, sin preocuparse qué tanto sabe o desconoce del tema. Claro, con el tiempo, la evolución de los medios y las necesidades de los lectores ha habido también una evolución del género que ha establecido una línea difusa con otros. Por ejemplo las crónicas y los ensayos van muy cerca; tal vez las crónicas de la Conquista o la de la peste en Londres, que escribe Daniel Defoe, puedan leerse como largos ensayos. Un artículo periodístico a veces se convierte en ensayo, cuando hay opiniones propias; el ensayo académico se apoya en referencias bibliográficas, por eso se acompaña de notas de pie de página, referencias y citas de otros autores, porque se trata de revestirlo de objetividad y no sólo la opinión subjetiva del autor. Pero el ensayo como lo definió Montaigne me parece vigente: como una divagación en la que lo que va diciendo el autor es lo que va guiando el escrito.

RMR: ¿Tiene usted algún modelo o escritor favorito que pueda proponer como exponente perfecto del género o como ensayista?

FG: Es difícil pensar sólo en uno, para mí sería toda la generación de Contemporáneos y los que le siguen a Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Torres Bodet y José Gorostiza, es decir, la generación donde participan Emmanuel Carballo, Rosario Castellanos, Octavio Paz, Carlos Fuentes y Carlos Monsiváis.



DESPERTAR

En la penumbra de la habitación, el hombre se reclinó sobre la mujer que había pasado la noche a su lado y la despertó besándola largamente en la boca, con los ojos cerrados. La sintió removerse en la cama, sorprendida y satisfecha; la escuchó gemir con un susurro apasionado; la abrazó con fuerza, buscando que el beso se prolongara tanto tiempo como fuera posible. Sin abrir los ojos reconstruyó en su deseo el esplendor de aquel cuerpo tantas veces amado. Finalmente se apartó. Abrió los ojos y le alisó la cabellera. La miró como si se asomara a un espejo. Vio en ella las canas, las arrugas, los ojos marchitos, la inextinguible pasión.

DICEN

Dicen que lo mira a uno con negros ojos de deseo. Que es morena, de labios gruesos, color de sangre. Que lleva el cabello suelto hasta la cintura.

Dicen que uno tropieza con ella de noche, en los andenes del metro, en alguna estación casi vacía. Que al pasar se vuelve apenas para mirar de soslayo. Que deja en el aire un perfume de primulas. Que viste blusas de colores vivos y pantalones ajustados; que calza zapatos de tacón alto.



Que los analfabetos no lean está lejos de ser el mayor de nuestros problemas de lectura. Lo monstruoso es que alguien pueda resistir nueve, doce o veinte años de instrucción escolar sin que adquiera el hábito de la lectura. Lo monstruoso es que quienes terminan la preparatoria o una carrera universitaria no hayan conocido sino los libros de texto y, por lo tanto, sean incapaces de incursionar por ninguna lectura que no tenga otro fin que el desempeño profesional. Que la población marginada no pueda comprar libros es un agravio más sobre los muchos que sufre, pero que la población con ingresos suficientes tampoco los compre es indicio de un desperdicio criminal.

Si junto con los certificados y los títulos la población escolarizada adquiriese la afición por la lectura, ciertamente tendríamos un país más próspero, más justo y más democrático. Sería más sencillo entonces extender los beneficios de la escuela, la educación y la lectura a sectores más amplios de la población. Habría más libros, con tirajes mayores, más baratos y, por cierto, habría también más y mejores bibliotecas. Habría más gente que dedicaría tiempo y parte

Julio Torri me parece un excelente ensayista, yo empleo mucho sus textos con mis alumnos. Torri es un ensayista de tiempo completo.

RMR: Adolfo Castañón dice que la gran novedad en la literatura mexicana del siglo XX es la irrupción del ensayo, ¿es cierto? ¿A qué se debe este hecho?

FG: Es una muestra de madurez, tanto de los lectores como de los autores. Es como el desarrollo de un ensayista, que primero es poeta o un joven narrador, y realiza en esta etapa de su vida sus mejores obras; un poco más maduro es cuando empieza a escribir sus mejores ensayos. Generalmente el ensayo es un producto de la madurez del autor, cuando es joven da sus mejores poemas o narraciones. Octavio Paz es poeta desde los diecisiete años, pero sus grandes ensayos, como ese conjunto monumental que escribió alrededor de la vida y obra de Sor Juana, es un producto de su madurez. La abundancia del ensayo en la literatura mexicana del siglo XX es también un signo de la madurez de los lectores, se interesan en las peripecias del texto, en las ideas que se manejan, ya no se conforman simplemente con la pura historia o anécdota, les interesan las ideas. Así que podemos concluir que este auge del ensayo durante el siglo XX es una muestra de la madurez de las letras mexicanas y de los lectores.

RMR: El ensayo llega a confundirse con otros géneros, como el artículo periodístico...

FG: Bueno, sí, pero hay algo que lo sigue caracterizando como ensayo, no importa su brevedad. Siempre que un texto mueve a la reflexión se trata de un ensayo. Vuelvo a Julio Torri. Los sueños son breves pero nos inventan un pasado; la brevedad no tiene que ver con un ensayo. Lo que lo caracteriza es que mueve a la reflexión. Por eso el aforismo es un embrión del ensayo, el aforismo redondo es el que nos hace reflexionar; un buen aforismo se puede tomar como base para desarrollar un ensayo. En todo caso, el parecido del ensayo con el artículo se debe a que los politólogos, que escriben artículos, hacen su reflexión tomando hechos cotidianos, pero basados en hechos y teorías, no realizan la reflexión interior (como en el ensayo), sino una reflexión que pretende ser objetiva. Pero el hecho de que aparezcan en diarios o revistas no les quita su carácter de ensayos. Los artículos de Arturo Pérez Reverte o Mario Vargas Llosa son en realidad ensayos.

RMR: ¿Puede contribuir el ensayo a la lectura o a formar mejores lectores?

FG: Como te decía, la aparición del ensayo en la obra de un autor parece que llega con su madurez. El ensayo tiene la capacidad de despertar el interés o la animosidad del lector, y con esto induce a la lectura. La paradoja, por ejemplo, es un recurso muy empleado por el ensayista, porque llama la atención de sus lectores. Chesterton es un modelo del ensayista inglés, muy provocador, llama la atención del lector con el uso de las paradojas. Un ejemplo: “No puedes evadir el tema de Dios. Así hables sobre cerdos o sobre la teoría binominal, estás hablando todavía de Él”. En otro ensayo que se titula “¿Por qué soy católico?” (que Bertrand Russell parafraseará en “¿Por qué no creo en Dios?”) se refiere a la Iglesia de Roma de la siguiente forma:

“No hay ningún otro caso de una institución inteligente que haya estado pensando sobre pensar por dos mil años. Su experiencia naturalmente cubre casi todas las experiencias, y especialmente casi todos los errores. El resultado es un mapa en que casi todos los callejones ciegos y malos caminos están claramente marcados, todos los caminos que han demostrado no valer la pena por la mejor de las evidencias; la evidencia de aquellos que los han recorrido.”

Estas reflexiones, ya sea que el lector esté de acuerdo con ellas o las rechace, le simpaticen o le provoquen animosidad, motiva a la lectura.

RMR: Podría entonces contribuir también a hacernos mejores lectores, a desarrollar nuestra competencia lectora, que ha sido uno de sus propósitos.

FG: Pienso que sí, sobre todo porque un ensayo desarrolla ideas, trata con ideas. Leer un libro que nos obligue a captar las ideas y ver cómo se relacionan, se complementan, se contradicen o se refuerzan nos obliga a ser lectores atentos, a seguir con mayor cuidado esta relación y a comprenderlas. No se puede avanzar en la lectura de un ensayo si no se entiende de qué se está hablando.

RMR: Esto nos lleva al tema de las lecturas, ¿puede haber lecturas que deforman o que al menos no contribuyen a una mejor formación?

FG: Si un lector lee solamente textos superficiales, no tiene material para reflexionar o descubrir zonas ocultas del texto. No está preparado para leer cosas más profundas, y entonces le quedan

Dicen que camina echando al frente los muslos, con la cabeza erguida. Que quiebra la cintura como si fuera bailando.

Dicen que uno debería estar prevenido, porque no hace ruido al caminar. Que, sin embargo, lo habitual es sucumbir. Seguir la a la calle. Subir tras ella las escaleras.

Dicen que afuera camina más despacio. Que se detiene en algún rincón oscuro. Que no hace falta cruzar palabra. Que no pregunta nada; que no explica nada.

Dicen que la metamorfosis es dolorosa e instantánea. Que por eso en algunas estaciones del metro hay tantos y tantos perros vagando, con la mirada triste, todavía no acostumbrados a su nueva condición.

TU FIGURA EN EL VIENTO

—No me sigas —dijiste, y yo sentí crecer el misterio.

El cielo era un abismo invertido. El valle, inmenso y azul, a tus pies. Nosotros en lo alto, entre las piedras viejas, amontonadas por una raza desaparecida. Las siete cuevas, los siete ríos, los siete horizontes, las siete serpientes, las siete memorias, el espacio sagrado, definido por los muros derrumbados, por las columnas trucas. La huella de una migración remota y presente como las nubes que imitaban el tumulto de tus cabellos.

Por un momento permanecí absorto, viendo cómo avanzabas. Entonces comenzó a soplar el viento. Entonces comprendí. Te vi a lo lejos,

de sus ingresos a leer y a comprar libros y, por cierto, habría también más y mejores librerías.

La formación de lectores debería ser la mayor parte de las preocupaciones del Estado respecto a los libros, la educación y la política cultural. La lectura es en nuestro mundo el principal medio de aprendizaje, de experiencia y de formación.

Intervención en el XXII Congreso de la Unión Internacional de Editores (abril de 1984).

No basta con alfabetizar a una persona. Después de haberla alfabetizado es preciso formarla como lector: acostumbrarla a leer. A leer en serio, obras cada vez más importantes, de cualquier índole y además obras literarias. No simplemente libros de consulta, historietas ni novelitas corrientes, porque esa lectura es demasiado sencilla; exige muy poco del lector, no lo ejercita en el manejo del lenguaje, que se traduce en el manejo de las ideas, de los sentimientos y las emociones. Y ese uso del lenguaje es necesario no sólo para leer poesía y grandes novelas o cuentos, sino para resolver los problemas en otros campos, como la política, las finanzas, la medicina, la ingeniería... a final de cuentas, puede contribuir a mejorar cualquier actividad.

¿Por qué leer literatura? Porque los textos literarios actúan

dos opciones: deja la lectura, la abandona, o la hace a un lado y sólo después, cuando está preparado, vuelve a ella; un buen lector hace esto, no hay lecturas difíciles, sino que aún no estamos preparados para ellas. Entonces, si nos atrevemos con lecturas un poco más complejas y las desentrañamos, se va desarrollando nuestra capacidad como lectores expertos. Entonces podemos volver a esa lectura que hicimos a un lado y descubriremos que nuestro esfuerzo se verá recompensado. Los textos no se entienden a golpe de vista; eso sólo se logra conforme nos volvemos lectores expertos; la comprensión del texto se construye. Hay muchas razones para que un texto se vuelva difícil o nos resulte difícil; un texto antiguo, en el que aparecen sociedades, costumbres e incluso palabras que ya no se usan o se han modificado, resulta más difícil de entender; los textos de autores contemporáneos resultan más fáciles porque compartimos ese mundo, somos parte de los problemas y situaciones que refleja. Pongo como ejemplo un libro de Joyce, un libro de relatos titulado *Dublineses* o *Dublinenses*, que son extraordinarios relatos de Dublín cuando Joyce era joven. “Los Muertos” es un cuento fantástico, que todos entendemos y disfrutamos. Pero hay otros que simplemente no se entienden y entonces yo pido a mis alumnos que se los salten. No se entienden porque nadie conoce cómo era la vida de los obreros y los sindicatos en Dublín cuando Joyce los escribió, o en la época en que los sitúa. Si no se tiene el contexto histórico, difícilmente un lector los comprende. Entonces yo pido a mis alumnos que lean los que sí entienden y disfruten, y después vuelvan a aquellos.

Son como los textos políticos de Ramón López Velarde; no se entienden si uno no tiene el momento político y los políticos que López Velarde criticaba. Se puede entender muy fácilmente un ensayo como “Novedad de la Patria”, porque se refiere a cuestiones que son un poco más permanentes, más profundas: el ensayo habla de que López Velarde quería una patria menos grandiosa, menos ambiciosa, una patria más modesta que se reconociera en la gente humilde. Esta opinión, con todo lo subjetiva que pueda resultar, sigue siendo válida porque es la opinión del poeta.

RMR: Y, en cambio, en sus artículos políticos deberíamos saber qué sucedía en estados como San Luis Potosí y Aguascalientes, a cuyos gobernadores zarandeaba con regularidad.

FG: Sí, desde su perspectiva de simpatía con Madero, al que siempre apoyó.

RMR: Me gustaría saber qué hubiera sucedido con ese niño que va con su padre a la Librería de Cristal, y se rodea de libros que después su papá le comprará. ¿Qué hubiera ocurrido si en lugar de libros hubieran sido historietas?

FG: Ah, ese niño vivió también rodeado de historietas, también las leyó. Yo creo que no hay nada de malo en leerlas, mientras pueda pasar de las historietas a lecturas más complejas. Si son capaces de motivar la lectura, de despertar el asombro y la curiosidad del lector, está bien que las lean. Leer historietas es una forma de comenzar para muchísimos lectores y escritores, no son malas. Me parece perfectamente válido, representan una etapa en la vida de muchos lectores. El problema es quedarse sólo en la historieta.

RMR: Y, sobre los libros de autoayuda, los best sellers, los libros de superación personal, ¿se puede decir lo mismo?

FG: Los libros de autoayuda son otra cosa, nos soban, nos dan consejos, nos dan una especie de cura para algo. A veces son los libros que necesitan ciertos lectores. Muchas veces responden a preguntas que tienen y, si resuelven esas preguntas, pues que los lean. Seguramente se sentirán mejor después de leerlos. Lo mismo con los otros libros que un lector exigente considera de menor calidad.

La única manera de mostrar que hay mejores lecturas es con el ejemplo. Se deben leer mejores textos y comentarlos, compartir las experiencias que nos dejan. Yo creo que una de las actividades más importantes es leer en voz alta, que los demás escuchen, atiendan con mucha atención cómo un lenguaje, un ritmo, una manera diferente de decir las cosas resulta más efectivo que condenar cierto tipo de libros. Esto los conecta con experiencias que no han tenido por temor, por incapacidad o porque creen que están negadas para ellos.

Creo que si uno se va por los lugares comunes no logrará interesar a los lectores noveles, no los conmoveremos ni los prepararemos para lecturas más

cuando empezabas a subir por el promontorio. Grité tu nombre. Dejé en el piso la mochila y el sombrero. Comencé a correr para alcanzarte.

Sólo que el viento arreció. Las ráfagas me golpearon la cara. Me obligaban a detenerme o a retroceder. Me hicieron caer a tierra; en el suelo levanté la mirada y te vi —más allá de tu cabeza pasaban nubes enormes, serpientes celestes, agua revuelta, cabellera del mundo.

Te vi avanzar transfigurada, entre rachas y relámpagos, hasta la cúspide del edificio. Te vi alzar los brazos, volver la cabeza a los cielos, dejarte arrebatado por el viento.

Los tres relatos breves que reproducimos con autorización del autor forman parte del libro *La Musa y el garabato*. Fondo de Cultura Económica, 1992.



no sólo sobre el intelecto, la memoria y la imaginación, como cualquier texto, sino también sobre estratos más profundos, como los instintos, los afectos y la intuición, y en consecuencia consolidan una inclinación mucho más intensa hacia la lectura. Por otra parte, los textos literarios son los que más exigen del lector, los que mejor lo ejercitan para comprender el lenguaje escrito. Los lectores así formados podrán después leer por su cuenta. Comprenderán mejor lo que lean. Poemas, teatro, ensayo y narrativa, pero también textos técnicos, científicos, legales y de cualquier otra clase.

“La lectura se contagia” (julio de 1985).

En la formación de lectores ninguna otra actividad es tan estimulante, tan fructífera, tan contagiosa como escuchar a un lector entusiasta que se deja llevar por el placer del texto. Leamos juntos. Leamos con quienes no leen. Allí se aprende —con el ejemplo— cómo se toma el libro, cómo se pasan las páginas, cómo se da sentido a la lectura con las pausas, los silencios, las inflexiones de la voz. Cómo, sobre todas las cosas, para leer en voz alta lo primero y lo más importante que hay que hacer es comprenderlo.

“Un Programa para Talleres de Lectura” (julio de 1986).

enriquecedoras. No somos muy conscientes de cómo nosotros mismos logramos ser ese lector experto, capaz de acometer y disfrutar cualquier texto, por muchos retos que nos plantee su lectura. Lo creemos algo natural, normal. Pero si reflexionamos un poco y tratamos de explicarnos cómo llegamos a ser lectores capaces, nos daremos cuenta que es resultado, en primer lugar, de que hemos leído mucho más; en segundo que recurrimos a ciertas estrategias o trucos para entenderlos. Lograr que otros se atrevan a dar este salto requiere también de una estrategia. Leer en voz alta es una de ellas.

Esta forma de lectura no consiste solamente en que el profesor se plante frente al grupo o a mitad del salón y se ponga a leer con mucha entonación y entusiasmo. No, debe ser una especie de conversación, como un debate, formular preguntas en torno a lo que se lee. El maestro debe invitar a los comentarios, debe lograr una conversación a muchas voces.

RMR: ¿Sabe? En sus libros aparecen de tanto en tanto afirmaciones breves y consistentes, que encierran toda una hipótesis o teoría, parecen aforismos, ¿no le ha dado por practicar este género?

FG: Sí, claro, tengo algunas frases y formulaciones guardadas por allí que podrían formar un libro de aforismos. Espero preparar algún libro con ellas más adelante.

LA LIBERTAD DE ELEGIR*

En realidad, pero ¿qué es la realidad?, todo esto lo recuerdo sin un orden preciso y es más bien en el momento de escribirlo cuando me veo obligado a decidir una secuencia de acontecimientos y sensaciones, o por lo menos de palabras, y digo entonces, pero no estoy seguro de que así haya sido, que papá bajaba conmigo los primeros peldaños y que, dos o tres escalones antes de terminar el descenso y me deshacía de la suave presión de sus dedos y saltaba hacia el frente como me imagino que alguien debe saltar si se tira en paracaídas, con los brazos abiertos y la seguridad de que va a caer en una dimensión de la realidad que es diferente de todo lo que acostumbra recorrer día con día y, por supuesto, no me engañaba con esta previsión, pues allí donde los pies volvían al contacto con el piso, que era un damero de granito o de mosaico, según creo recordarlo, allí era un país diferente y recogido, un espacio encerrado y prodigioso, el reino de los libros.

RMR: Y, hablando de tareas pendientes, es una lástima que después de la antología del ensayo mexicano moderno, de José Luis Martínez, nadie se haya preocupado por poner al día ese libro, sobre todo con la enorme cantidad de ensayistas que han aparecido en las nuevas generaciones.

FG: Bueno, sí se han hecho otras antologías. Lo que pasa es que nadie las ha realizado con el cuidado, el profesionalismo y la dedicación que preparó José Luis su antología, respaldado por su inmensa biblioteca. Él, de hecho, es uno de los grandes ensayistas mexicanos. Otro estudio comparable es el de Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, del cual hizo varias actualizaciones. Al principio el libro se llamó *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana*, pero en la medida en que fue agregando autores lo dejó finalmente en *Protagonistas de la literatura mexicana*. Es un libro de entrevistas muy bueno, donde figuran los mejores exponentes de la literatura nacional.



RMR: Para concluir, maestro, me gustaría que cerrara esta entrevista con su recomendación fundamental para la lectura.

FG: Ya lo he dicho, pero no me cansaré de repetirlo: La costumbre de leer no se enseña, se contagia. Si queremos formar lectores hace falta que leamos con nuestros niños, con nuestros alumnos, con nuestros hermanos, con nuestros amigos, con la gente que queremos. Se aprende a leer leyendo. **L**

Por un amplio espacio de tiempo, que jamás supe medir en horas o en minutos, yo quedaba en libertad en un hipogeo encantado donde mis únicos vecinos eran los libros. Había, pues, que tomarlos en un arrebato de orgía, y había que hojearlos y acuclillarse en el piso, oculto tras algún murete formado por otros libros, y leerlos en desorden, tres a la vez, cinco en cada mano, y si alguno probaba ser de veras cautivante había que sentarse en él para que no fuera a extraviarse, para no perderle la pista, para que no fuera a disimularse entre otros que se le parecían pero que no eran el elegido. Y un rato más tarde, cuando mi padre se presentaba de nuevo, era hora de tomar entre los brazos los que había seleccionado y someterlos al escrutinio de su mirada que discernía tres o cuatro que, más que su voluntad, tal vez su bolsillo señalaba como los que podía llevarme a casa.

Entre las muchas cosas que debo agradecerle a mi padre, esos espacios de libertad en el sótano de la Librería de Cristal, la primera, la que verdaderamente era de cristal, en la cabecera oriente de la Alameda, es una de las que recuerdo más desde el fondo de mi más profunda esencia. Muchas veces, después, en todos los años que han seguido, ese recuerdo más de la sangre y de los huesos que de la memoria, ha vuelto a mi conciencia y a mis afectos. Todo niño debería tener esa oportunidad de sentirse libre en un universo de libros. Todo niño debería ser así abandonado a su voluntad entre un exceso de oportunidades de elegir.

* “Leer y leer”, Ediciones SM, México, año 1, núm. 1, septiembre de 1996.

El CCH como editor

RENÉ MONTEAGUDO RUBIO

LATITUDES | 54 | CCH





En el Colegio de Ciencias y Humanidades siempre se ha publicado: gacetas, revistas, libros, periódicos, fanzines, hojas volantes, informes, materiales didácticos, anónimos...; en mimeógrafo, imprenta, offset, fotocopias, máquina de escribir e incluso a mano, la necesidad de comunicar mediante la palabra impresa se ha expresado en infinidad de documentos que indican un auténtico interés por publicar. El problema es que esta inquietud no siempre se ha correspondido con la calidad y el cuidado de las impresiones, de allí que se vuelvan experiencias casi siempre fallidas en su intento comunicativo. Desde el contenido, el cuidado del lenguaje y el respeto por las normas gramaticales, pasando por cuestiones menos evidentes pero que influyen en la aceptación o rechazo del lector, como son la tipografía, las ilustraciones y el diseño que, salvo honrosas excepciones, han carecido las publicaciones.

Esto resulta injustificable pues el Colegio, con su ya casi medio siglo de existencia, ha formado y tiene personal capacitado para realizar trabajos de calidad. Prueba de esto es una colección iniciada en el plantel Naucalpan y que hoy, gracias a que el profesor que la impulsó tiene el mérito de ser el director general del CCH, seguramente se extenderá a todo el Colegio. Denominada **La Academia para Jóvenes**, los volúmenes que integran la colección, y que han ido creciendo, son ejemplo de que se pueden hacer libros de calidad que estudiantes y profesores requieren. Es también ejemplo de que se pueden editar publicaciones no sólo con un contenido interesante, sino agradables en su diseño y presentación, cuidadosos con el lenguaje y respetuosos de las normas básicas de la lengua.

Siendo director del plantel Naucalpan, en 2017 el doctor Benjamín Barajas buscó concertar los esfuerzos de la Academia Mexicana de la Lengua, la UNAM —a través de su Secretaría General—, y el propio plantel Naucalpan del CCH, para iniciar esta colección que él mismo preside y que hoy suma ya siete títulos. El maestro Felipe Garrido, Director Adjunto de la Academia Mexicana de la Lengua, escribe en la presentación de la colección:

La Academia para Jóvenes es una colección de libros de divulgación dirigida a los estudiantes del bachillerato, interesados en reforzar su formación en los campos de las ciencias experimentales y sociales, así como en las humanidades. La Academia Mexicana de la Lengua

se siente profundamente orgullosa de participar en ella junto con la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de la Secretaría General de la UNAM y del Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Naucalpan.

Los primeros cuatro títulos son los siguientes:

Ruy Pérez Tamayo: *Cómo acercarse a la ciencia*, 76 pp.



Concedor del escaso entusiasmo que en la mayoría de la población estudiantil despierta la ciencia, el doctor Ruy Pérez Tamayo presenta en este libro, mediante un lenguaje accesible y de manera ágil y concisa, dos cuestiones básicas de las ciencias naturales que generan interés por la fácil comprensión que el lector logra del asunto: la primera parte responde a cuestiones fundamentales como explicar qué es la ciencia, su objetivo, su método y el consenso generalizado con que opera. En la segunda parte aborda temas que todo lector curioso se plantea, como saber cuál es su carácter esencial, su prestigio y elegancia con que es vista, qué son la ciencia básica y la ciencia aplicada, así como su relación con la tecnología. Concluye el volumen con la explicación de cuáles son los límites de la ciencia. En verdad, un libro fundamental para aquellos estudiantes ya encaminados hacia el horizonte de las ciencias naturales y capaz de despertar el interés a quien aún duda de sus aptitudes por tan especial conjunto de disciplinas.

Mauricio Beuchot: *Elementos de filosofía*, 104 pp.



Dice Joel Hernández Otañez en la introducción que escribe para el presente volumen: “La relevancia de este libro es que está dirigido al estudiante de bachillerato, haciéndole ver que, sin importar que no sea un especialista en la materia, es el referente idóneo por su naciente naturaleza crítica. Son precisamente nuestros alumnos los que más ávidos están de cuestionar, analizar y cambiar sus circunstancias. Es en ellos que se gesta la madurez conceptual. La traza filosófica de este texto bien puede contribuir a dicho propósito.” Son cuatro los capítulos en que se despliega la exposición del doctor Mauricio Beuchot: I. Sobre la filosofía en sí misma; II. La verdad y la realidad en la filosofía; III. Filosofía para la justicia y la paz, y IV. Un nuevo arte de interpretar.

Felipe Garrido: *Inteligencias, lenguaje y literatura*, 82 pp.

El maestro Felipe Garrido es, ¡quién lo duda!, un cruzado por la lectura; lo mismo en su labor como escritor, como funcionario, como editor, como conductor de talleres de lectura, como ensayista o conferencista, su pasión es promover la lectura y, sobre todo, la formación de buenos lectores. Leerlo es una experiencia conmovedora que alecciona, contagia e inspira en el arte de formar lectores. Las reflexiones reunidas en este pequeño volumen, originalmente escritas como ensayos, artículos, ponencia y discursos son las siguientes: “Mis primeras lecturas”, “En defensa de lo maravilloso”, “El arte de pensar”, “Inteligencias, lengua y literatura. Apostillas”, “El principio y el fin” y “Sólo nosotros podremos salvar el mundo”. Leerlo sin duda transformará nuestro ánimo y disposición para la lectura.



Adolfo Castañón: *Leyendas mexicanas de Rubén Darío*, 138 pp.

“Como bibliófilo y gran lector de todos los géneros —escribe Mariana Mercenario en la Introducción de este volumen—, Adolfo Castañón comparte los resultados de su curiosidad frente a la imponente figura del nicaragüense Rubén Darío, a quien llama ‘padre de la literatura y la poesía hispanoamericana modernas’ y quien, además de renovar nuestra lengua a través de sus poemas, iluminó la conciencia americana mediante el ensayo, la crónica y el retrato.” El volumen reúne algunas referencias a las crónicas sobre la muerte de Darío, “sus lecturas, sus relaciones con México y la generación de jóvenes y no tan jóvenes mexicanos con los que estableció un sincero lazo de amistad y aprecio”. Un libro que funciona como una guía para adentrarse al universo de Darío, y con varios datos nuevos para quien ya lo conocía.

Estos son los cuatro títulos publicados hasta hoy, pero están por aparecer varios más. Entre ellos un volumen sobre la Revolución mexicana, del doctor Javier Garcíadiego; algunos relatos espléndidos sobre vampiros y hombres lobo del maestro Vicente Quirarte, y otros ensayos de la doctora Margo Glantz. Los libros de la colección La Academia para Jóvenes se pueden consultar en la página del Colegio de Ciencias y Humanidades www.cch.unam.mx, así como en librerías universitarias. **L**



César Vallejo: “Nací un día que Dios estuvo enfermo”

JAIME LEÓN HERRERA CANO



Juan Domingo Córdoba (1921).

Hace cien años, en 1918, un hombre triste, sarcástico y melancólico presentaba su primer libro de poemas, *Los heraldos negros*. Tenía veintiséis años de edad y viviría tan solo cuarenta y seis. Así que durante las dos décadas restantes escribió tres poemarios más, dos novelas, un libro de relatos, uno de crónicas, un drama y muchísimos artículos periodísticos para sobrevivir. Su nombre, César Abraham Vallejo Mendoza, último hijo de una familia prolija y de pobre condición económica, originaria de Santiago de Chuco, un poblado situado al norte de Perú.

Su trayectoria es la de varios escritores de América Latina: provinciano, de escasos recursos, brillante, ignorado o menospreciado en su tierra, sobrevive dando clases y aspira abandonar su pequeña ciudad y salir al mundo “ancho y ajeno”, como tituló su mejor novela uno de sus alumnos, *Ciro Alegría*. Lo hace en 1923 gracias a que un amigo cambia su pasaje de primera clase por dos boletos de tercera que le posibilitarán emprender a ambos ese viaje sin retorno a Europa: el amigo, Julio Gálvez Orrego, muere fusilado en la Guerra Civil Española en 1937, y el poeta cae fulminado por una neumonía en París en abril de 1938.

Su poesía se inscribe en la ruptura con la

última fase del Modernismo; establece la noción del destino como trágico; la condición humana como agónica, y la orfandad como condición de vida. En ciertas etapas, especialmente en la década de los setenta, se le quiso encasillar como un poeta “comprometido socialmente”. Sin embargo dista mucho de este esquema (a pesar de su simpatía por los republicanos de la Guerra Civil Española y la URSS que se consideraba foro de la humanidad durante el tiempo que vivió en Europa) pues es ejemplo paradigmático de quien al referirse a lo circunstancial y particular aborda lo profundamente universal. Una breve consulta entre lectores de poesía determinó que los siguientes cuatro son los más recordados de Vallejo, tan actuales y modernos como hace cien años:

Los indispensables para conocerlo:

Cuatro son los poemarios principales de César Vallejo (anotamos entre paréntesis el año de su publicación): *Los heraldos negros* (1918); *Trilce* (1922); *Poemas humanos* y *España, aparta de mí ese cáliz* (1939). Existen varias antologías de su obra y la Colección Visor de Poesía ha reunido en un solo volumen su poesía completa, que incluye también los poemas en prosa escritos entre 1924 y 1929. **L3**



El poeta a su amada

Amada, en esta noche tú te has crucificado
sobre los dos maderos curvados de mi beso;
y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado,
y que hay un viernesanto más dulce que ese beso.

En esta noche rara que tanto me has mirado,
la muerte ha estado alegre y ha cantado en su hueso.
en esta noche de septiembre se ha oficiado
mi segunda caída y el más humano beso.

Amada, moriremos los dos juntos, muy juntos;
se irá secando a pausas nuestra excelsa amargura
y habrán tocado a sombra nuestros labios difuntos.

Y ya no habrá reproches en tus ojos benditos;
ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura
los dos nos dormiremos como dos hermanitos.

De Los heraldos negros

Espergesia

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que soy malo; y no saben
del diciembre de ese enero.

Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hermano, escucha, escucha...

Bueno. Y que no me vaya
sin llevar diciembres,
sin dejar eneros.

Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

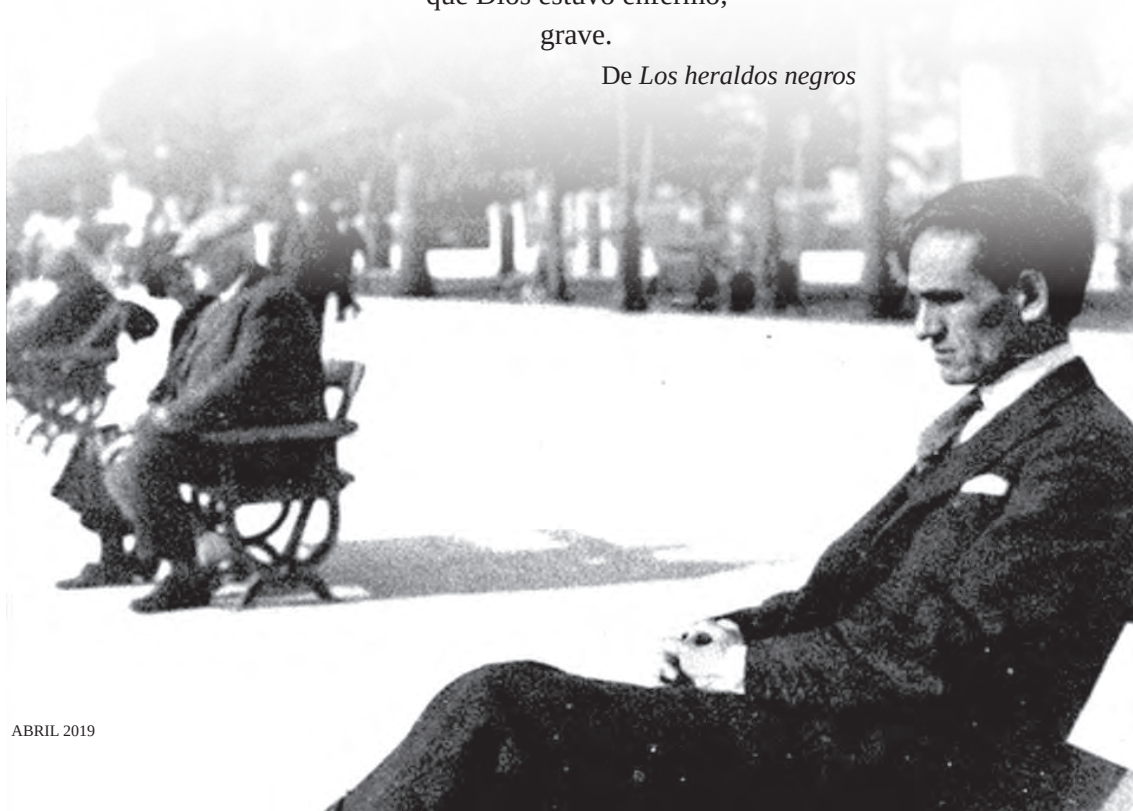
Todos saben que vivo,
que mastico... Y no saben
por qué en mi verso chirrían,
oscuro sinsabor de féretro,
luyidos vientos
desenroscados de la Esfinge
preguntona del desierto.

Todos saben... Y no saben
que la Luz es tísica
y la Sombra gorda...

Y no saben que el misterio sintetiza...,
que él es la joroba
musical y triste que a distancia denuncia
el paso meridiano de las lindes a las Lindes.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

De Los heraldos negros





Zorro Viejo

Un espacio para que los profesores puedan comentar libremente todos aquellos temas relacionados con la educación, con su trabajo y con la vida del CCH

De gazapos y agazapados

El extraño episodio que los universitarios conocimos cuando el presidente de la República envió su iniciativa al Congreso para derogar la reforma educativa es algo más que un episodio rocambolesco debido a “un error en la redacción”. Quien haya escrito un texto oficial sabe que cada palabra, frase, enunciado y párrafo se discute, redacta, revisa, corrige y aprueba antes de darlo a conocer. Más todavía cuando se trata de un documento capaz de afectar las condiciones de enseñanza y estudio de millones de personas. Allí no se omitió una palabra o frase, sino el sustento esencial de toda la actividad universitaria. ¿Error u omisión deliberada de la autonomía? El tiempo lo dirá.

Cual haya sido la intención, ha servido para alertarnos y recordarnos a quienes creemos en la libertad de cátedra, y también para quienes intentan controlarla, que éste es un principio intocable e irrenunciable. Por lo regular la autonomía de que gozan las universidades en México

se pretende reducirla simplemente a una cuestión administrativa, es decir, para su funcionamiento y gobierno. Para tal fin cuenta con la libertad de ser autogobernada por su propia comunidad, es decir, elegir —sin injerencia de factores externos— a sus autoridades y decidir sus propios estatutos de gobierno y planes de estudio.

Sin embargo, dicho concepto es algo más profundo y que a menudo se olvida. Cuando surge lo hace precisamente por su sentido esencial, que es la necesidad de mantener los estudios al margen de preferencias, creencias, caprichos u ocurrencias de los cambios políticos y de gobierno. La autonomía aparece en la que quizá es la más antigua de las universidades europeas (la Universidad de Bolonia, Italia, la cual fue creada en 1088). En esta época Italia es un conjunto de principados, obispados, condados y ciudades que continuamente deben elegir entre apoyar al emperador o al papa, lo cual alteraba su vida social, política y económica y,

por supuesto, educativa; es la época de güelfos y gironinos que llegará hasta pleno siglo XIV, cuando Dante escribe su *Divina comedia*.

Pues bien, los sabios fundadores de la Universidad de Bolonia previeron estos vaivenes y no quisieron que alteraran la imperturbabilidad de que deben gozar los estudios. Aunque sus estatutos se establecieron en 1317, la base sobre la cual se fundó permitió que la autonomía se hiciera un principio obligatorio, que sería adoptado después por las más importantes universidades del viejo mundo: Oxford (también en el siglo XI), París (1150), Cambridge (1209) y Salamanca (1218). Mucho de la tradición, calidad y eficacia de estos centros de estudio derivan de este principio.

En México, la autonomía de la Universidad Nacional le fue otorgada apenas en 1929, pero fue la defensa de la libertad de pensamiento, ante la implantación de la “educación socialista” en el nivel básico en 1934, la que logró y consolidó la verdadera autonomía universitaria, que se tradujo en ese principio irrenunciable denominado libertad de cátedra. Si bien los estudios medios superiores y superiores quedaron al margen de la llamada “educación socialista”, fue la defensa acérrima de la libertad de pensamiento de los más sobresalientes académicos e intelectuales de la Universidad Nacional de ese entonces (Samuel Ramos, Luis Cabrera, Jorge Cuesta, Rubén Salazar Mallén y Antonio Caso, entre otros) lo que la impidió. Así como también la vigorosa oposición de su rector Manuel Gómez Morín (1933-1934) a la “educación socialista” en la educación básica y mucho menos en la Universidad. Desde entonces la autonomía universitaria es un principio esencial, pues es lo que ha permitido crear ese espacio de libertades en que se cultiva el respeto, la tolerancia la apertura a todas las ideas y el diálogo.

Al igual que hoy día, hubo en aquel en-

tonces voces que se plegaban dócilmente al sometimiento ideológico e incluso promovían y demandaban la “educación socialista” para la Universidad. De triste memoria es el papel que representó en esa discusión Vicente Lombardo Toledano, un político que derivó en una simulación partidaria llamada Partido Popular Socialista (PPS), en realidad un apéndice del PRI durante toda su existencia.

La UNAM siempre ha sido un bocado apetitoso para los gobiernos en turno y, dependiendo de la inteligencia, fortaleza y dignidad de quienes la encabezan, así como de su comunidad, es como debe comprenderse la cercanía y colaboración que ha tenido con algunos gobiernos en ciertas etapas, o el respeto irrestricto a la libertad de cátedra e investigación, la apertura y tolerancia a todas las corrientes de pensamiento, y el rechazo a alinearse con cualquier partido político o interés personal o de grupo que la ha caracterizado casi siempre.

Han existido varios intentos de sometimiento. Estos van desde las pretensiones abiertas por modificar sus estatutos de administración y gobierno, la introducción de elementos que generan inestabilidad y desmanes (paros, huelgas, tomas de direcciones, etc., para señalar que es incapaz de gobernarse), la actuación de dizque universitarios que, en su afán por lograr posiciones y poder, colaboran con aquellos, hasta los intentos de asfixia presupuestal como hemos constatado recientemente.

Los tiempos actuales no están exentos de esas pretensiones. Por eso hoy más que nunca profesores, alumnos, empleados e incluso autoridades debemos estar alertas y pedir a las organizaciones políticas que abandonen sus propósitos de utilizar la UNAM como bastión opositor, y lo mismo a quienes desean uncirla a las políticas del gobierno en turno. **(Jaime León Herrera-Cano)**.

¿Es posible, factible y plausible transformar la Ley Orgánica de la UNAM?

Al calor de la movilización estudiantil en demanda de mayor seguridad, clamor compartido por toda la sociedad, se escucharon algunas voces que demandaban “transformar a fondo la Universidad, actualizar su legislación y modificar su Ley Orgánica para hacerla más democrática”. Palabras más, palabras menos, es lo que en resumen planteaban sus “demandas”.

Suponiendo que el planteamiento es sincero, que de verdad pretenden actualizar y buscan mejorar el gobierno de la Universidad, ¿qué tan posible, factible y plausible sería?

Posible, puede ser, como todo lo que cae dentro del azaroso terreno de la probabilidad. Factible no lo sería, ya que el procedimiento para modificar el funcionamiento de un órgano autónomo sólo es posible a través del Congreso de la Unión y lograr el consenso para que las distintas fuerzas ahí representadas se propongan realizarlo en estos tiempos, simplemente resulta inoportuno y no pertinente. Plausible, menos aún, pues lo que realmente desean modificar quienes han hecho esa propuesta es la forma de designar a las autoridades, y esto ni siquiera ellos lo tienen claro. ¿Mediante elecciones, por medio de asambleas de profesores, alumnos y empleados? ¿A través de nuevas formas de representación de estos sectores?

Cualesquiera que sean, u otras más que se propongan (la idea es abrir la designación a la participación de más personas) topa con un hecho difícil de cambiar: el carácter efímero y circunstancial de ser estudiante, una población en constante movimiento. Una población, además, muy fácil de manipular, al igual que la de los profesores, como lo hacen las cama-

rillas que desean controlar o tener influencia en la designación de directores, miembros del Consejo Universitario, Consejos Técnicos e Internos, Comisiones y demás órganos de representación colegiada.

Pienso que lo más prudente sería, en todo caso, hacer más eficaces estos órganos de representación y los organismos colectivos que proponen las ternas al rector, como la Junta de Gobierno. Este organismo, al no tener mayores referentes que el *curriculum vitae* de quienes se proponen, y los pronunciamientos de los que acuden a expresar sus simpatías por cierto candidato (los más entusiastas son los que deben su situación laboral al candidato), muchas veces no resulta acertado en la elaboración de las ternas que presenta al rector, de la cual él decide quién será el director de la escuela, facultad, instituto o centro de investigación.

En resumen, pienso que la Junta de Gobierno como máximo filtro está bien. Sólo me gustaría que funcionara más eficazmente, que tuviera mayores elementos de juicio para presentar las mejores opciones al rector. Creo que para una universidad está bien que funcione el gobierno de los filósofos, como pensaba Platón. (Jesús García).

El patito feo

“Comes como profesor del CCH”, “Échenle un camión de estudiantes del CCH”, “El gabinete CCH de AMLO”. Estas y otras muchas expresiones que hemos escuchado o leído reflejan un profundo menosprecio por una institución que ha educado a cientos de miles de alumnos de bachillerato con un innovador modelo educativo.

La verdad es que existen pocas escuelas como el Colegio de Ciencias y Humanida-

des, donde la creatividad, la propensión por modificar viejos esquemas de enseñanza, la crítica y la participación de sus estudiantes en actividades artísticas, deportivas, científicas y culturales en general reflejan una comunidad vivaz, participativa y congruente con su modelo de enseñanza.

En sus aulas se han formado muchos profesionistas con merecidos reconocimientos en el campo del arte, la ciencia, las letras, el periodismo, la política y el deporte, y hoy tenemos a la primera gobernadora de la Ciudad de México egresada de sus aulas.

La percepción negativa procede en realidad de una mezcla funesta de factores internos y externos; la combinación de ambos genera la imagen de una institución siempre en conflicto, donde se suceden paros, tomas y cierre de escuelas, porros y consumo de drogas. Estos problemas, compartidos por casi todas las instituciones de educación media superior y superior públicas, siempre han existido, sólo que hoy se agrega un elemento que los hace aún más perniciosos: el hecho de que son alentados y utilizados por terceros. Al porrismo (tanto el de los que portan jersey como el de los embozados que se denominan “anarcos” y cometen actos vandálicos), al consumo de estupefacientes, la inseguridad y un activismo mal entendido, se agrega hoy el uso intencionado que se hace de ellos. ¿Quiénes los usan? Los que desean tener las escuelas bajo su control, los que reclaman cuotas de poder o desean colocar simplemente a sus familiares y allegados.


De verdad, es triste reconocerlo. Cuando más dispuestas y atentas están las autoridades a atender y resolver los problemas reales que se presentan o que se llegaran a presentar; cuando más abierta es su disposición a escuchar y aun invitan a la comunidad a exponer sus quejas

e inquietudes, es cuando más obcecados, intransigentes y radicales se comportan quienes reclaman su solución.

Ya conocemos el método: inventan un conflicto, hacen intervenir a los porros (son grupos que se alquilan al mejor postor), lo acrecientan, cierran las escuelas, inflan y complican el problema para demostrar ingobernabilidad, y después demandan la renuncia del rector o del director de la escuela o facultad para provocar el caos y así hacerse del botín. Con esto no solo generan inestabilidad sino que arriban quienes menos deberían estar al frente de las instituciones educativas: personas a quienes no interesa la educación de los jóvenes, individuos zafios e ignorantes, sólo hábiles para mentir y manipular, y dispuestos a servirse de las instituciones educativas.

Por eso hoy profesores, alumnos y empleados debemos exigir sacar las manos de estos elementos de la Universidad. Me parece que no ha habido un clima de mayor libertad, respeto, tolerancia y voluntad por escuchar y atender cualquier problema como hoy día, tanto en el CCH como en la UNAM en su conjunto. Así que no se justifica ninguna actividad que pretenda alterar su función sustantiva, que es la educación de los jóvenes, o recurrir a acciones que generen esa imagen caótica y de violencia que nos hace ser el patito feo de la UNAM. Recuérdese que en el famoso cuento de Hans Christian Andersen el patito feo acaba por convertirse en un hermoso cisne blanco. Es tiempo de transformarnos como tal. **(Román Castillo). L3**

Toda colaboración o comentario, favor de enviarlo al siguiente correo electrónico: latitudescch19@yahoo.com



Carencia de habilidades socioemocionales:
una intervención
para mejorar el
aprendizaje

RAMÓN CORTÉS Y CORONEL Y
ROBERTO ALFREDO ZÁRATE C.

*La racionalidad y la científicidad de la
Pedagogía Social Fenomenológica
no coincide con la racionalidad y científicidad
del paradigma de las ciencias físico-naturales,
que encarnan, como ninguna otra,
el modelo cuántico.*

Paciano Feroso.

Según información disponible y conocida por todos los docentes, en la SEP la política acreditadora no reprueba a los estudiantes, incluso si éstos son auténticos analistas del conocimiento escolar. Así mismo, se sabe que si un padre o madre de familia no está conforme con la evaluación que el maestro hace de su hijo, para solventar la inconformidad basta con confrontar al docente para que la calificación sea favorable a su vástago¹.

En relación con el trabajo de análisis y síntesis, si bien la memoria de los adolescentes ya es apta para trabajar conceptos y razonamientos abstractos, la realidad en el ámbito familiar y en casi todas las manifestaciones con las que tiene contacto en la sociedad contemporánea, generalmente le presentan información fragmentaria. Por lo tanto, parece no requerir operaciones superiores ni un proceso de pensamiento a fondo; como resultado, no se logra desarrollar de manera integral.

En este contexto ingresa un gran porcentaje de estudiantes al Colegio con grandes expectativas. Sin embargo, alrededor del 35% de los jóvenes engrosan las listas de aquellos con bajo rendimiento académico. Sería injusto afirmar que todos son así; hay quienes sí están habilitados para el trabajo académico del Colegio y que son asimismo brillantes. Pero no quitemos la mirada de los primeros. Pensemos que también hay una serie de factores que han impedido que estos alumnos no tengan un mejor desempeño en varios aspectos de su formación.

¹ Cabe señalar que la Dirección General del Colegio próxima pasada no prueba, de manera contundente, cuáles fueron los factores que incidieron directa e indirectamente en el incremento del 2% en la eficiencia terminal reportada en 2017. Razón para sopesar, en una investigación distinta a la presente, si se asocian —explícita o inconscientemente— con alguna o varias de las acciones que se refieren implementa la SEP (*Gaceta CCH*, 9 de octubre 2017, núm. 1470: Pp. 5-7).

Otro factor que contribuye al estado actual de los estudiantes de bajo rendimiento es que la familia los envía “pensando” que la escuela se hará cargo de la disciplina personal, constancia en el trabajo escolar, respeto a sus pares y profesores.

En líneas anteriores hemos referido de manera general cómo son los estudiantes que ingresan, de ahí la importancia de ver qué características se espera de ellos cuando ya son integrantes de esta institución.

También sería conveniente revisar si el deseo y gusto que expresan muchos por ser parte de esta escuela conlleva el conocimiento de su forma de trabajo, ya que el CCH curricularmente se apega a tres principios esenciales: *aprender a aprender, aprender a ser y aprender a hacer*.

Ahora bien, los quehaceres de las asignaturas del Área de Talleres son todavía mucho más especializados. En este taller el aprendiz tiene un carácter constructivista. Su conocimiento se va formando a partir del ensayo-error; problematiza para poder resolver y la escritura y lectura serán sus herramientas básicas junto con la escucha atenta y la verbalización de sus ideas; de ahí que su ejecución necesite estudiantes con las habilidades adecuadas para ello y para el modelo del Colegio, de no ser así —como en realidad sucede con muchos— se rezagan, se atrasan y por consecuencia se marginan.

En una clase tipo de esta materia (50 estudiantes), si hay alguno que está formando su personalidad y es de carácter inseguro, cuando debe contestar una pregunta sobre uno de los temas y se bloquea, le surge de inmediato el miedo al ridículo, no sabe soportar las críticas ni las miradas de sus compañeros; entonces toma la opción de quedarse callado.

Queda así planteado el problema al que se enfrentan los docentes con estudiantes rezagados académicamente y con carencia de habilidades socioemocionales. Por ello la presente

investigación ayudó, ayuda y ayudará —es necesario continuar el tipo de intervención implementada— a los adolescentes con estas características deficitarias para ser atendidos.

En pocas palabras, disminuir el rezago escolar requiere potenciar las habilidades sociales y emocionales de los estudiantes, y para ello es necesario y urgente un procedimiento viable, sencillo y aplicable para dicho ámbito, de rasgos tales que cualquier docente del CCH pueda implementar durante el semestre.

Objetivo de la investigación

Una vez identificados los alumnos con deficiencias socioemocionales, se probará la posibilidad y viabilidad de un trabajo extra-clase con ellos, en el que se aplicará un instrumento de intervención con trabajo actoral, a partir de lo que hemos llamado “Técnica Stanislavski”, para facilitar al docente seguir su trayectoria escolar con mejor desempeño.

Hipótesis o premisas

Esta es una investigación cualitativa de corte fenomenológico y por ello no son indispensables las hipótesis, sino que se requiere mantener en suspenso la mente, de parte del indagador, en cuanto a cualquier preconcepción de los fenómenos a observar. Sin embargo, guía nuestra indagación la siguiente tríada:

1. La institución todavía carece de programas para atender un problema agobiante de un buen porcentaje de estudiantes con rezago académico.
2. Una gran cantidad de profesores son profesionistas en alguna disciplina, sin la necesaria y pertinente preparación para la enseñanza; algunos carecen de capacitación pedagógica y, aunque la tuvieran, las exigencias para el cumplimiento de los contenidos curriculares los superan.

3. El grupo de académicos que hizo esta investigación observa, hace ya varios años, a estudiantes con rezago que no saben relacionarse adecuadamente con sus pares.

Todo ello cristaliza en el concepto de ‘habilidades socioemocionales’, que hemos venido nombrando indistintamente y es nuestra principal categoría de análisis y contraste para ponderar los resultados de la intervención propuesta.

El marco conceptual

Para iniciar esta parte del informe conviene retomar el cuadro que Álvarez y Gayou Jungensen (2012) elaboran para definir el marco conceptual como concepto general y, para nuestro trabajo, enfocarlo como paradigma cualitativo e interpretativo de corte fenomenológico.

Se eligen estos marcos porque nuestra manera de ver la realidad no se conforma con medir y cuantificar los datos sobre ella, al estilo positivista de las ciencias naturales; en contraste, se considera que en la realidad es vital la experiencia personal, el mundo vivido en esa realidad, así como la experiencia que tiene cada uno de los actores dentro del vasto escenario social.

Por lo tanto, para adentrarse en el problema de investigación descrito se opta por el instrumental cualitativo y fenomenológico, ya que el universo de estudio con el que se trabaja estuvo formado por un grupo de veinte estudiantes, caracterizados por su carencia de habilidades socioemocionales y de comunicación, lo que ha repercutido en su rezago académico.

“Nosotros... no tomamos como punto de partida un concepto general o un axioma, sino el fenómeno mismo, en tanto que lo descubrimos por la experiencia, en la que podemos tomar parte. Estamos preparados y somos capaces de hacer

valer esta experiencia y de no anticipar puntos de vista disponibles” (LANGEWELD: 1973, citado por Feroso, 1988).

En este sentido buscamos acercarnos al hecho social sin prejuicios, describir los sucesos para después comprenderlos a través de la mirada de los propios sujetos involucrados y así avanzar en que establezcan mejores formas de actuación individual y grupal.

El paradigma cualitativo permite recabar la información y luego hacer la interpretación a través de los planteamientos que en la esfera emocional del ser humano plantean Goleman, Izquierdo y otros, para que la heurística de análisis permita ver el impacto que se da en cuatro dimensiones que, para Álvarez-Gayou, siguiendo a Husserl, son perceptibles en las personas.

- En este último punto nos referimos a:
- La temporalidad (el tiempo vivido)
- La espacialidad (el espacio vivido)
- La corporalidad (el cuerpo vivido)
- La relacionalidad o la comunalidad (la relación humana vivida).

Las anteriores dimensiones deben considerarse integradas, pero para comprenderlas es necesario su abstracción o separación mental, en donde el último concepto anotado lleva implícita la emocionalidad.

En este sentido se indagó a través de la microetnografía, es decir, la observación como método de conocimiento y medio de interpretación de la realidad. Ésta se aplicó en cada claustro, primero, y posteriormente en el grupo especial que se formó para hacer el taller con la aplicación de la “Técnica Stanislavski”, a fin de corregir y mejorar las habilidades de comunicación y socioemocionales de nuestros sujetos de investigación.

Lo más interesante de este ejercicio de microetnografía es que

“El etnógrafo participa, abierta o de manera encubierta, en la vida diaria de las personas durante un periodo de tiempo, observando qué sucede, escuchando qué se dice, haciendo preguntas; de hecho, haciendo acopio de cualquier dato disponible que pueda arrojar un poco de luz sobre el tema en que se centra la investigación” (2005: 15) (tomado de: <http://www.ugr.es/-pwlac...> y recuperado el 8 de mayo 2018).

De hecho, Goetz y Le Compte comparten lo mencionado antes cuando afirman:

“El diseño etnográfico requiere estrategias de investigación que conduzcan a la reconstrucción cultural... las estrategias utilizadas proporcionan datos fenomenológicos... las estrategias etnográficas de investigación empíricas y naturalistas, la investigación etnográfica tiene un carácter holista. Pretende construir descripciones de fenómenos globales en sus diversos contextos...” (cit. por Álvarez, en: <http://www.ugr.es/-pwlac...> Recuperado el 8 de mayo 2018).

Sobre estos aspectos volveremos más adelante para tratar de construir el todo holístico de nuestro trabajo.

La “técnica Stanislavski” como actividad de intervención

Así se ha llegado a la necesidad de poner en práctica una actividad de intervención educativa, y en esta ocasión un primer taller donde se ensayó la aplicación de un trabajo actoral con base en algunas orientaciones del dramaturgo Konstantin Stanislavski.

La actividad de intervención que se efectuó con estudiantes de rezago académico en las

asignaturas de TLRIID I-IV es resultado, en parte, de los conocimientos construidos durante distintos ciclos de reflexión e indagación a lo largo de varios años, al trabajar diversos aspectos relacionados con el tema y con el desarrollo de las habilidades socioemocionales-inteligencia emocional.

Uno de estos aspectos es la peculiar recepción e incluso dudas que han mostrado los especialistas en el Colegio de Ciencias y Humanidades, respecto a la aplicación de técnicas específicas de la conocida obra de Daniel Goleman y, en particular, de los ejercicios de respiración y meditación en sus tres niveles, como una forma de adquirir disciplina, control de las emociones negativas y empatía hacia las emociones de otros.

Se busca, en consecuencia, una alternativa, un procedimiento de formación para el mejoramiento de las habilidades socioemocionales, pero culturalmente más cercano y adecuado a la idiosincrasia mexicana, así como a los rasgos de las asignaturas arriba mencionadas.

La actividad teatral fue entonces el campo de exploración inicial, pero sólido para llevar a cabo dicho proceso de formación. Y, en primer lugar, la técnica teatral basada en la respiración-concentración, juego-ensayo de comportamiento, exploración de las sensaciones y emociones.

A este procedimiento le hemos denominado “Técnica Stanislavski”, porque se apega a lo que plantea dicho autor en su libro *Un actor se prepara*, y permite a los docentes “jugar” al trabajo actoral. Así, se supuso que sacar a los estudiantes del rezago, de su zona de confort y de la baja autoestima en que se encuentran, brindaría la oportunidad de ver, en primer lugar, su capacidad de recuperación y, en segundo, observar si el método propuesto para ayudarlos a salir de esa situación era pertinente o contenía anomalías y desfases por corregir.

La muestra de estudio

Así fue como se formó, prácticamente de modo natural, un grupo de veinte alumnos de diversos grupos, especialmente del primero al cuarto semestres², cuyas características mencionamos en seguida:

- Estudiantes de turno matutino.
- De la materia TLRIID I-IV.
- Estudiantes del Programa de Apoyo al Egreso (PAE).
 - Hombres: 6.
 - Mujeres: 11.

De la reflexión en sesión plenaria del seminario surgió una caracterización general del tipo de taller a conformar, para ayudar tanto a liberar la mente y evitar el miedo a “actuar”, como para avanzar en la introspección, en consonancia con el cuerpo. Y de esta manera liberar la mente para el arrojito “creativo”.

En el diseño del curso se buscó generar un ambiente nuevo, distinto al áulico, en el cual la presentación de cualquier conducta no fuera juzgada y abriera para cada participante el umbral de posibilidades requerido en busca de una conducta espontánea, positiva, receptiva y empática hacia los otros. Y siendo recursiva dicha interacción, cada uno vislumbrara la posibilidad del cambio.

Se pensó ir de la descripción acerca de quién se es, para avanzar a un autoconocimiento más profundo y al ensayo de una actuación (o performance), de un comportamiento distinto al efectuado hasta entonces; es decir, dejar la timidez y el temor al error por una actividad más espontánea y libre para “aprender a ser” y “aprender a hacer”.

² También se invitó a 4 estudiantes del PAE de Taller de Diseño Ambiental para explorar su recepción de la propuesta. Inmediatamente mostraron desinterés e incompreensión hacia las posibilidades de dicho proceso educativo.

Así, resultó un taller fundamentalmente vivencial, en el cual se avanzaría de la ambientación musical, relajante, hacia una de tono energético para acompañar ejercicios de relajación y concentración, desinhibición y control, así como la vigilancia de la postura corporal, las emociones positivas y la intuición. De este modo se entiende cómo quedó compuesta la temática del taller que se muestra en la siguiente página:

Taller de la técnica Stanislavski

Nombre de la sesión	Actividad	Vestido-utilería	Lo que se trabaja principalmente
1. Retrato hablado Descripción física y mental. Cuáles serían sus barreras u obstáculos. Qué le gusta o desagrada.	Cada uno se presenta con total honestidad en dos minutos. Comentarios hacia los compañeros, críticas.	Ropa cómoda	Los límites autoimpuestos. Saber qué grado de conocimiento tiene de su persona. Diagnóstico.
2. Técnica de actuación La postura, centro y periferia del escenario. Tomar en cuenta que otros lo ven, ubicar su lugar preferido en el espacio de actuación (otras opciones).	Postura corporal, vicios y defectos. Contar una anécdota. Representar un acto ridículo. Caminar y recorrer el escenario.	Ropa cómoda	Presencia (escénica), el “yo” con el universo (contexto), ambientes naturales o artificiales, agradables, desagradables, zona de confort, escenarios confusos o misteriosos. Expresión verbal. Tonos y muletillas, defectos del habla.
3. La concentración Tensión y distensión. Atención y concentración. Las emociones. Los humores.	Una técnica de relajación: Ejercicio físico que permite hacer movimientos exagerados de liberación y contención.	Ropa cómoda, llevar un objeto pequeño con el cual se relacione o pase la mayor parte del día, (no celular ni fetiches).	Desinhibición. Corrección de posturas e imposturas. Respiración. Estados de ánimo.
4. Continuación de concentración y relajación	Lectura de 30 palabras con diferente caracterización.	Ropa cómoda	Aceptación, adaptación y readaptación a diferentes circunstancias. Cambios. Comparación con el inicio del taller. Avances y logros.
5. La improvisación Individual y en equipo.	Individual y en equipo de acuerdo a un tema sugerido previamente	Ropa cómoda	Conclusión.

La temática fue organizada así

Martes 20 marzo: 1. La concentración SALÓN ANEXO A DIF. CULTURAL	Miércoles 21 marzo: 2. Técnica de actuación SALA VASCONCELOS	Jueves 22 marzo: 3. La concentración (2) EDIF. P SALÓN ANEXO A DIF. CULTURAL
Lunes 2 abril: 4. Retrato hablado SALA VASCONCELOS	Martes 3 abril: 5. Concentración y relajación SALA VASCONCELOS	Opcional, miércoles 4 abril 6. La improvisación SALA VASCONCELOS

Ahora bien, detalladamente qué se hizo y cómo se realizó el taller:

Como se trata de una actividad fuera del aula y del turno de clases normales, los estudiantes fueron citados en lugares diversos y distintos a sus condiciones áulicas ya conocidas.

A cada uno de los asistentes se le informó que participaría de un mini-taller de seis sesiones donde se trabajaría, entre otras cosas, en mejorar la comunicación y el buen desempeño en sus clases, en especial en ese momento en que el semestre estaba por terminar.

Ya instalados en el salón, los estudiantes dejaron sus cosas y celulares a un lado y se formó un círculo con todos ellos de pie. Cada uno de los participantes se ubicó (luego lo descubrimos) junto a sus compañeros del mismo grupo. Se hicieron los ejercicios conducidos por el experto en teatro, profesor David Rodríguez Alba.

En esta primera sesión y en las otras se dejó que cada uno se desarrollara a modo propio; no hubo mayor presentación entre ellos y sólo los profesores lo hicimos de manera breve y muy general, y expusimos también uno de los propósitos principales por los que estábamos ahí.

Proceder de esta manera fue para que revelaran las características de su personalidad

como nuestros sujetos de estudio. Así, se notó una relación cordial entre los diversos grupitos que se formaron y que resultaban de provenir de un mismo grupo académico.

La timidez que habíamos percibido en los distintos grupos durante las clases normales, se puso de manifiesto ahora ante estudiantes a los que no conocían. Antes y después de los ejercicios que indicaba el profesor Rodríguez Alba, veíamos que hacían comentarios discretos, pero no se alcanzaban a escuchar con claridad, sólo ellos sabían.

El “esquema” de ubicación fijo en su aula no fue diferente en los espacios donde se realizó el taller: siempre el mismo lugar, junto a las mismas personas, los mismos compañeros de los grupos de los que provenían; incluso su llegada al salón de trabajo era con los mismos. Parecía que a pesar de la actividad no cambiarían sus actitudes, las cuales hasta ese momento no habían sido favorables en su desempeño escolar. Al finalizar cada sesión se les pedía llenar su bitácora.

Ahora, veamos lo que anotaban brevemente algunos en su bitácora Coll:

KuMat-2018: “Al principio me sentí nerviosa, intranquila por ver a muchas personas.

Sin embargo, conforme pasaba el tiempo me tranquilicé, tuve más confianza y de cierta forma me sentí feliz de saber que otros compañeros sienten lo mismo que yo al expresarse”.

HJAMAT-2018: “Me sentí muy relajado y aliviado, pues soy muy inseguro, me encantaron todas las actividades ya que estaba muy tenso por conocer nuevas personas”.

CAMAT-2018: “Me sentí libre, un poco nervioso al presentarme, pero muy interesado por la actividad”.

Estos son los testimonios que expresaron algunos de los estudiantes asistentes al taller de la Técnica Stanislavski en la primera sesión. Dichos testimonios son evidencia de un gran interés, aunque los pone fuera de la rutina del trabajo curricular. En segundo lugar, se trabaja en el “mejoramiento” de su disposición para el quehacer académico. Otra cosa importante: vemos que se renueva el interés del inicio del semestre que, seguramente, tienen casi todos los que fueron aceptados para ser parte del CCH y, asimismo, están orgullosos de ser parte de la UNAM.

Si reflexionamos un poco y vemos qué expresan a unas cuantas semanas de finalizar el semestre, es indicio de que ha permanecido latente el propósito de cumplir sus deberes escolares pero, como hemos visto, su capacidad o falta de habilidades socioemocionales-inteligencia emocional, los fue paralizando hasta el punto de quedar marginados del ritmo de desarrollo normal en cada uno de los grupos.

Por razones de espacio, pasamos de las sesiones iniciales a una de las posteriores, de la que rescatamos lo siguiente: Es importante hacer notar que en las citas que se ponen a continuación (de la penúltima sesión), los jóvenes ya empiezan a internalizar y apropiarse de las metas generales propuestas en esta actividad, y también a declararlo y asumirlo como algo

propio y necesario, y por ello natural en su cotidiano quehacer. Leamos lo que manifiestan:

Sesión del 3 de abril:

DANMAT-2018, dice: “Debo mantener la misma seguridad. Mejorar mi tono”.

HJAMAT-2018, escribe: “Al momento de contar alguna cosa debemos hacerlo convencidos de ello”.

THAMAT-2018, comenta: “Nos recostamos y nos observaron respirando para ver si lo hacíamos bien, nos enseñaron a pararnos con seguridad, corrimos por toda la tarima y dijimos que hablaríamos mañana, luego dijimos nuestro nombre e hicimos un ejercicio de relajación”.

AKuMat-2018, declara: “A controlar mis nervios frente a un público. Y tener que hablar fuerte”.

MA-2018MA: “Nervios, aunque intenté retenerlos, seguía sintiendo los celos?”. (Así termina esta frase, con un signo parecido al de interrogación.) Y cuando contesta a la pregunta ¿Qué aprendí? Dice: “Aprendí a caminar con seguridad como a proyectar mi voz”.

FSHMAT-2018, dice: “A pesar de que tenga miles de distracciones, siempre debo ser segura de mí misma”.

Durante la última sesión —videograbada y que a continuación se describe y comenta—, tenemos: El docente vigila el ritmo, forma de respiración y ejecución de cada ejercicio por parte de los practicantes, mientras estos permanecen acostados. El profesor cuida que no se desgarran la garganta, para lo cual indica y corrige lo necesario mientras se hace lo siguiente:

- Grito de Bali: nombre que se da en gimnasia cerebral a una fuerte exclamación.
- Suspiro amoroso.
- Grito de Tarzán: bostezo energético en gimnasia cerebral.



A continuación se sientan y repiten los ejercicios. Ahora el grito final se transforma en un Ehh!!!, levantando el dedo índice para indicar cierta dirección lejana. Todos realizan el grito, pero no el gesto con el dedo. Después todos se ponen de pie, en línea, y caminando con “porte” —cruzando las piernas— gritan con fuerza las vocales. Pero es diferente la fuerza y sentido que cada participante imprime a su expresión.

A continuación gritan los números del uno al diez, desplazándose hacia los cuatro puntos del escenario, y se les pide que conjuntamente cuiden su gesticulación. La postura, entonación de la voz e incluso la fuerza de ésta, en relación con el uso de manos y brazos, muestra un distinto desempeño por parte de cada uno y, probablemente, diferente autocontrol y voluntad o determinación en la ejecución.

Si se contrasta la gesticulación con la entonación y fuerza de voz, pueden distinguirse expresiones apenadas, firmes, mecánicas, inseguras, dudando/o pensando acerca de la pertinencia de lo que se hace.

Se avanza a otro ejercicio, formando un círculo, se pide a los estudiantes utilizar números y vocales para comunicar un determinado sentimiento o idea, cara a cara a todos y cada uno de los participantes. El docente da el ejemplo práctico y pronuncia para cada uno la retahíla de números y letras, pero en cada caso se percibe, a través de la entonación y fuerza de la voz, una distinta emoción mostrada por cada uno.

Al ejecutar el ejercicio se observa que algunos participantes se ‘atoran’ junto con un ‘baile’ o ‘risa nerviosa’ o de manera mecánica lo concluyen. Alguno se rasca la cabeza como explorando la posible realización sin cegar y, al final, logra cierta fluidez. Asimismo, en la medida que avanza el ejercicio —es evidente—, todos logran intuir que detrás de la enunciación, sin aparente sentido, existe cierto sentimiento o emoción que más o menos se trasluce.

Lo siguiente es una exposición o “cátedra” de un tema improvisado en el escenario, pero aplicando todo lo anteriormente ejercitado.

Para ello el docente los distribuye por todo el auditorio, para que cada alumno se desplace desde allí, suba y se coloque al centro de escenario. En tanto, sin que existan otras personas, una alumna recoge su mochila y se dirige al lugar que se le ha indicado. Esto ¿es muestra de cierta desconfianza? ¿O un grado inicial de confianza propia?

Finalmente, transcribiremos lo que anotaron brevemente en su bitácora Coll del día y, en este sentido, vemos que todos consignan y subrayan como relevante la exposición de un tema al pasar a hablar en público, o hacer una exposición de un tema en el escenario frente a todos —en el estrado del auditorio donde se han trabajado casi todas las sesiones—; pero lo que ahora manifiestan da cuenta del cambio vivido —¿espectacular?— respecto a lo que sentían al inicio del taller:

THAMAT-2018: “Menos nervios que antes y un poco de más seguridad”.

DANMATH-2018: “Más tranquilidad que la primera vez..., más soltura”.

FSHMAT-2018: “Me sentí con más confianza, espero poder desarrollarla” (la exposición).

KUMAT-2018: “Ya no me sentí nerviosa. Estuve tranquila, hasta me quedé con ganas de pasar otra vez”.

Y, definitivamente, ella es una de las participantes que mejor aprovechó el proceso del taller como lo expresa al indicar lo que aprendió:

“Controlar mis nervios, respirando y controlándome. Proyectar seguridad con el lenguaje corporal. Ocupar todo el espacio en el que estoy exponiendo y no quedarme en una zona”.

Interpretación y explicación de los resultados

En seguida trataremos de analizar las instantáneas que guardamos en nuestra memoria y que provienen de lo que fuimos observando

durante las clases de Taller de Lectura en los diversos grupos, así como lo que luego se vio durante la actividad de intervención con los alumnos que participaron en este grupo de trabajo extra-clase, donde aplicamos lo que llamamos método Stanislavski.

Para dar un contexto a nuestra perspectiva y hacer más claro nuestro análisis, partamos de dos imágenes muy conocidas de jugadores del fútbol en una competencia mundial:

Al finalizar el juego entre México y Alemania, en donde los segundos fueron derrotados por el equipo mexicano, se puede ver a una cuarteta de jugadores teutones en la cancha, hablando y expresando (tal vez): “No pudimos, fue muy difícil, nos ganaron bien”. Ahora veamos lo que su cuerpo expresa: su postura es erguida, no están tensos, la línea de la columna es recta, ninguno tiene la cabeza caída y si bien sus ojos expresan cierta sorpresa, también se percibe confianza en ellos.

Ahora recordemos la expresión del cuerpo de los jugadores argentinos, derrotados por el equipo nacional de Croacia. El portero, de apellido Caballero, tiene la cabeza entre los guantes y su cuello inclinado, parece que quiere desaparecer del estadio. Al máximo representante, Lionel Messi, se le ve caminar con paso lento, la mirada clavada en el césped y, obviamente, doblada la línea de la columna. Su gesto es de enojo y parece también expresar el deseo de desaparecer del estadio cuanto antes.

Cada uno de estos cuerpos refleja de distinta manera un mismo hecho: la derrota. Es la forma en que cada equipo, cada personalidad, tiene incorporada su visión ante un mismo fenómeno y lo expresa en su corporalidad. Con ella, con toda seguridad, enfrentarán el siguiente reto en el campo de juego.

En este sentido hacemos referencia a un lenguaje no verbal que numerosas personas saben

percibir, leer, es decir, interpretar. Los gestos, las posturas de las personas que se expresan de manera natural no nos pueden engañar. Para percibir lo que una persona expresa o siente a través de sus gestos no se requiere haber estudiado un doctorado.

Ahora bien, si esta perspectiva la trasladamos a un salón de clase sería importante decir lo siguiente al hablar de nuestros estudiantes:

Como los hemos observado de acuerdo a los cánones de la etnografía, durante una estancia de casi dos semestres, podemos asegurar que han atravesado una situación crítica. Veamos cómo les ha ido y, asimismo, cómo expresan su dinámica cotidiana en el campo de juego académico en las aulas del plantel.

Por principio de cuentas, pusimos sobre nuestros alumnos una mirada sensible y atenta, según las normas etnográficas, que en investigaciones anteriores ya habíamos practicado de forma espontánea. Así, pudimos darnos cuenta que no todos los adolescentes que ingresan al Colegio tienen la capacidad necesaria para desenvolverse no sólo académicamente, sino en la relación con sus pares, pues esto implica contar con habilidades socioemocionales.

En este campo de competencia académica, la espacialidad —el espacio vivido—, es problemática; los que carecen de habilidades socioemocionales no se sienten en confianza (a gusto) aunque el aula y el mobiliario no delimitan un frente y un atrás (muchos docentes dan o coordinan su clase sin moverse del frente, cerca de la entrada del salón). Los estudiantes que no se sienten seguros tienden a ubicarse lejos del lugar desde el cual el profesor imparte la clase. Pero, si la ubicación del espacio del aula fuese indistinto, en el aspecto de la comunalidad nuestros estudiantes tampoco tienen la capacidad y confianza para hacer equipo, para trabajar o preparar exposiciones de algún tema.



No les gusta exponer temas por estar ante las miradas de un grupo numeroso, eso los cohibe, lo rechazan. No saben trabajar colegiadamente. Prefieren hacer sus trabajos solos. Pero, sin saber cómo, paulatinamente se van aislando porque no saben qué hacer ni cómo hacer el trabajo académico. El tiempo que deben aprovechar para integrarse a algún equipo, hacer una pareja o un trío, se les va escapando, se les va haciendo tarde.

El semestre sigue su curso, acaba, y estos estudiantes tal vez quisieran tener una nueva oportunidad para empezar. No supieron medir el tiempo con el que contaban y tal vez se van conformando a que todo suceda como sea y a que termine el curso para quedar finalmente reprobados. Son estudiantes que ingresaron al CCH sin la preparación de las habilidades necesarias.



Retomemos el aspecto de la relacionalidad o la comunalidad —la relación humana vivida:

“Las percepciones de la persona evidencian para ella la existencia del mundo, no como lo piensa sino como lo vive; así, el mundo vivido, la experiencia vivida, constituyen elementos cruciales de la fenomenología” (Álvarez y Gayou, Jungensen 86).

Es seguro que estos estudiantes perciben que no les va bien escolarmente, sienten que a ellos los ven “por encimita”, pero no saben cómo reaccionar y por eso no lo declaran y aguantan sordamente su estado. Parece que nunca antes en su vida escolar atravesaron por la disyuntiva de hacer algo ante los demás para mostrar que sí pueden, que sí saben aprender a aprender. Por ello, no hacer nada ante el temor

de que sus deficiencias se evidencien, al no poder desempeñar el oficio de estudiante, no ve otra opción —porque no sabe cómo pensarlo—, más que encerrarse en sí mismo; sólo le queda vivir ese momento y éste es y va siendo el momento —la temporalidad— del fracaso vivido.

Es cierto que a estos estudiantes no los vemos como al jugador argentino derrotado que antes referimos: con la cabeza gacha entre sus manos, o caminar lentamente por el campo y mirando hacia el piso. No, a pesar de todo son optimistas. Algunos creen que más adelante lograrán salir a flote de esta situación. Su andar, el tono de sus palabras, siguen siendo normales, aunque sin darse cuenta cabalmente de ello. Puede que algunos, al no llevar tarea para las clases, les parece mejor no entrar; piensan, y

además luego descubren, que no son los únicos. Según el más reciente dato de la DGCCCH, en la última generación que recién acaba de culminar hay un porcentaje de acreditación de 67%. Por deducción, entonces, estos estudiantes que no entran al salón y se quedan en las jardineras del plantel empiezan a formar ese 33% de los que no egresan.

La peor droga que consumen los estudiantes que se quedan en las jardineras a jugar baraja, a fumar (lo que esta dirección sí les permite), o a patear un balón en los pasillos, es creer que mañana volverán a entrar a clase. No saben que cada día que pasa ese narcótico del autoengaño los van haciendo más dependientes y se quedarán al margen hasta que el curso termine y reprueben la materia. Son pocos los que escapan a dicha droga.

Su profesor no tuvo tiempo para detener la marcha del trabajo “normal” e incorporarlo al grupo; o tal vez lo intentó una o dos veces pero no obtuvo una respuesta positiva, y entonces ahí seguirá ese conjunto de alumnos que se quedan a vivir su momento de confusión, de posible desilusión y frustración. Tal vez sus padres ni se enterarán.

Ahora, ¿qué hacer ante esta situación? ¿Qué hicimos con algunos de ellos? Desestructuramos todo el sistema en que se encontraban, pues ya que vimos el fenómeno y lo estudiamos, y lo hemos comprendido mejor que en ciclos anteriores. Mucho mejor: dimos paso a nuestra actividad de intervención educativa para probar el instrumento Stanislavski y tenemos un instrumento eficaz para sacar adelante a este tipo de estudiantes, que es posible que, en efecto, constituyan el 33% de cada generación.

Con dicho instrumento confirmamos los supuestos hipotéticos de los que partimos y encontramos una posible solución al problema.

A modo de conclusión

Durante el proceso de aprendizaje se puede apreciar que los chicos están expuestos a un ambiente de competencias y exigencias. En ese ambiente se trata de ganar por ganar, de aprobar por aprobar. Existen patrones de conducta establecidos que generan en los alumnos la necesidad de conseguir un número, una calificación, que les permita ubicarse en un nivel superior al de sus otros compañeros, sin que pueda desarrollarse de una manera más integral. Y muchos no cuentan con habilidades básicas para poder sobresalir en esta exigencia.

Para nuestros estudiantes es el tiempo de cursar el bachillerato. Un tiempo en su segundo



hogar con un gran significado (como lo podría significar una fiesta, un disgusto con sus padres o el enojo con una amiga). Si a ello agregamos que las materias de Talleres de Lenguaje y Comunicación resultan algo complejo —no saben hablar, no escriben, carecen de la actitud de escuchar—, entonces observamos que para ellos es como estar fuera de lugar, desfasados de su momento y círculo de estudio: de sus colegas, tal vez no de sus amistades, pero sí de las amistades adecuadas. Todo ello se revela en lo que llamamos rezago académico. Es decir, el tiempo que para ellos debería ser de éxito, no lo es y sólo podrá modificarse con actividades como ésta, de la que hemos dado cuenta. **L**



Fuentes de información

(* Lowen, Depresión and the Body, op. cit. El concepto de energía). Recuperado en <http://bioenergeticalatam.com.ar/docus/Lowen.pdf>
Aguirre-García y Jaramillo, (2012) Recuperado en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=134129257004>

Álvarez-Gayou Jurgenson, J. L. (2012). *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos, metodología*. México: Ediciones Culturales Paidós.

Boal, A. (2015). *Teatro del oprimido. Teoría y práctica*. Buenos Aires: Interzona, primera edición.

Camus, C. (2016). *Expresión corporal para el desarrollo integral del adolescente*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, Facultad de Artes.

Errázuriz-Larrain, Luis H. (2015). Calidad estética del entorno escolar: el (f) actor invisible. Recuperado en http://dx.doi.org/10.5209/rev_ARIS.2015.v27.n1.43861

Goleman Daniel y Senge P. (2016). *Triple Focus*. México: Grupo Zeta.

Goleman, Daniel (2003). *Emociones destructivas. Cómo comprenderlas y dominarlas*. México: Grupo Vergara.

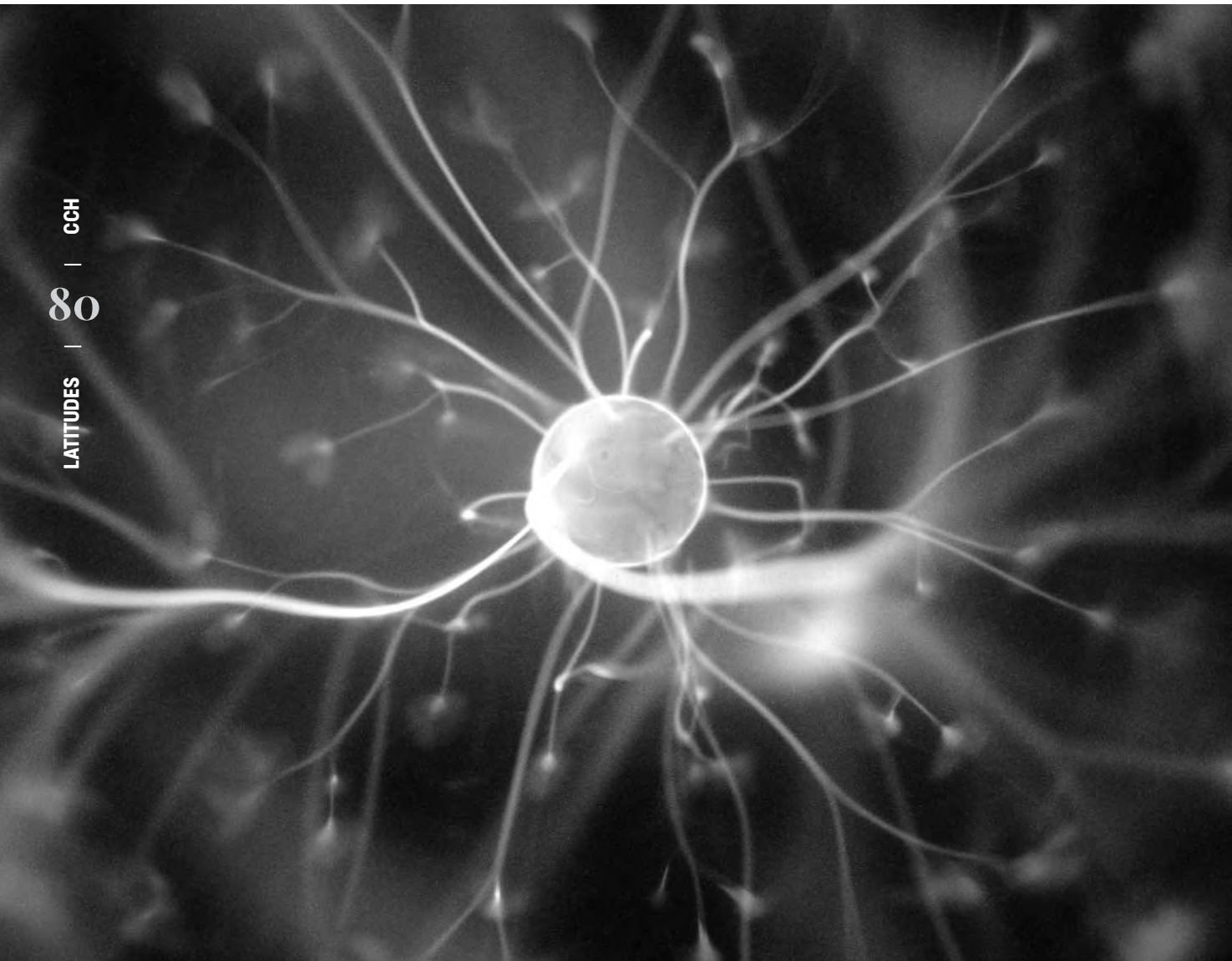
Hannaford, C. (2008). *Aprender moviendo el cuerpo*. No todo el aprendizaje depende del cerebro. México: Editorial Pax.

Zárate Córdova, R. (2016). “La calidad del entorno escolar educa” en *Poiética*. Docencia, Investigación, Extensión. Número 8. pp. 118-122.

El cultivo de las emociones

PABLO MARTÍNEZ GARCÍA

LATITUDES | 80 | CCH



Uno de los aspectos menos conocidos de la reforma educativa ya derogada fue el intento de atender las emociones del estudiante. Esto se hizo especialmente en el nivel de Educación Media Superior (EMS), pues la edad que la mayoría de los estudiantes comparte en esta etapa es la que se considera determinante en la conformación de su personalidad. Como las investigaciones especializadas y científicas demuestran, atender las habilidades socioemocionales (HSE) de los jóvenes, es un aspecto central en su formación como alumnos, como personas y como ciudadanos.

Las HSE son los comportamientos, actitudes y rasgos de la personalidad que contribuyen al desarrollo de una persona. El equilibrio socioemocional permite entender y regular las emociones; sentir y mostrar empatía hacia los demás; establecer y desarrollar relaciones positivas; tomar decisiones responsables, y definir y alcanzar metas personales.

Dentro de los cuatro pilares educativos propuestos por la UNESCO: *Conocer, Hacer, Convivir y Ser*, este último, *Ser*, tradicionalmente ha sido relegado y a veces olvidado por la escuela. Se considera que son el hogar, la familia, los valores e incluso la herencia genética, los que determinan y moldean la personalidad del individuo. Así que en poco puede contribuir la educación en este terreno.

Sin embargo, evidencias científicas aportadas por disciplinas como la neurología, la psicología y la pedagogía, demuestran que los comportamientos y hábitos aprendidos, así como las emociones, son posibles de modificar o desarrollarse.

Nuestro cerebro es plástico, es decir, se moldea y transforma continuamente. La neurogénesis demuestra que las neuronas se producen constantemente y, al procesar lo que pensamos y sentimos, creamos una especie de sendero o

rutina al que las neuronas responden; esto nos permite saber que en ellas radican nuestras reacciones emocionales.

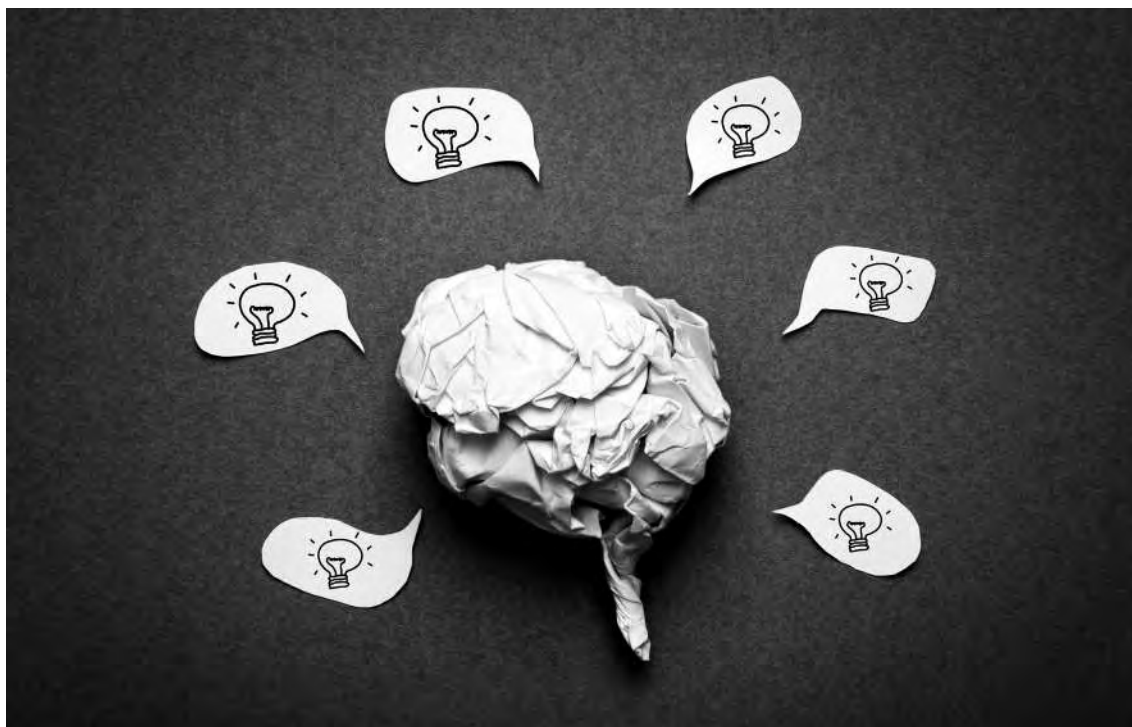
Al ejecutar una tarea las neuronas establecen conexiones y forman circuitos que, si la tarea se repite, el circuito permanece; pero si variamos la manera de realizarla o adquirimos nuevos aprendizajes, nuevas conexiones se forman y modifican el circuito o crean otros. Esto es la neuroplasticidad cerebral.

La neuroplasticidad cerebral permite desarrollar y transformar las emociones, al modificarlas es posible variar nuestra conducta y la manera de interpretar la realidad. Esto permite concluir que el “árbol que crece torcido” sí es posible enderezar.

Por supuesto, el aprovechamiento académico sería el primero en ser transformado positivamente, de ser atendido. Los países del mundo que han aplicado dichos programas en sus escuelas (algunos de ellos son el Reino Unido, Canadá, Suecia y los EE.UU., entre otros) han observado la maximización del potencial académico, social y emocional de los estudiantes.

Que la escuela asuma de manera directa el desarrollo de las HSE no es una ocurrencia. Debe hacerlo y es una decisión correcta. En México problemas como el bajo rendimiento académico, la apatía, el ausentismo y la deserción escolar —no exclusivos de la Educación Media Superior— son una de las principales causas del desplome del aprendizaje, por no mencionar conductas más graves como la drogadicción o los embarazos no deseados.

La situación se agudiza en los sectores de menores ingresos, donde ambos padres trabajan, viven separados o simplemente descuidan a los hijos por los problemas que enfrentan. Desde el punto de vista emocional, sólo los más fuertes perseveran y triunfan. Y por fuertes debemos entender aquí a los que mejor se conocen y se



comprenden; los que mejor entienden y regulan sus emociones; los que tienen una capacidad suficiente para no solamente afrontar la adversidad, sino incluso aprovecharla en su beneficio.

Asimismo, la experiencia como docentes (lo dice la investigación de los profesores Ramón Cortés Coronel y Roberto Zárate) nos indica que factores determinantes para involucrar a los estudiantes con entusiasmo, seguridad y perseverancia en sus estudios son la confianza en sus capacidades personales, en su sentido de autoeficacia y en que son capaces de cultivar relaciones interpersonales sanas. Estos hechos nos demuestran la necesidad de atender el desarrollo de las habilidades socioemocionales.

Como profesor o padre de familia nos gustaría imaginar a un alumno con las siguientes habilidades emocionales: apto para conocerse y comprenderse a sí mismo; capaz de cultivar y manejar su atención; con sentido de autoeficacia y confianza en sus capacidades personales; hábil para entender y regular sus emociones

(sobreponerse al fracaso, por ejemplo); capaz de afrontar la adversidad; acertado para tomar decisiones que le generan bienestar y, en pocas palabras, preparado para lidiar con los riesgos que se le presentan en la vida.

No sólo alumnos, sino personas así quisiéramos formar y *ser*. Bien, pues éste es uno de los aspectos poco conocidos que la derogada reforma educativa intentó aplicar en el nivel medio superior, y no la debemos desechar. El programa se denominaba *Construye T* y se proponía desarrollar seis competencias genéricas a lo largo del bachillerato: *Autoconocimiento, Autorregulación, Conciencia social, Colaboración, Toma de decisiones responsable* y *Perseverancia*.

Algunas de estas competencias forman parte del modelo educativo del Colegio de Ciencias y Humanidades, y las que no, deberíamos retomarlas. Por eso debemos atenderlas. Cultivarlas y contar con ellas es garantía de formar mejores personas. De otra forma, aceptaríamos que se puede tirar al niño con la bañera. **L**

Las horas crepusculares

(relato)

RENÁN CHAPARRO

Las horas crepusculares eran las más opresivas. El sol rojizo de los atardeceres de otoño, las tempranas sombras del invierno, los días breves que anunciaban el final del ciclo..., lo hacían sentir una ciruela seca, arrugada y dura. Ni los maullidos de los gatos ni el inquieto movimiento de los perros hambrientos que lo seguían por el interior del cuarto y alrededor de la casa lo podían distraer. Sus pensamientos eran atraídos por un vórtice tormentoso de recuerdos, tristeza y arrepentimiento, donde caía para sentirse más pequeño y frágil. No podía odiar, culpar a nadie ni mucho menos encontrar un responsable de su situación. Era él, sólo él. Todo le hacía pensar que el único causante de su soledad, fracaso y amargura era él.

Miró el piso plagado de basura, excremento y orines de sus animales. Debía limpiarlo antes de comer las dos tortas frías que había traído de aquel puesto callejero, cercano a su trabajo; después se sentaría en el maltratado sillón de peluquería que había conseguido en la colonia donde nació y creció, y vería películas mexicanas viejas, mientras bebería aguardiente. Así se quedaría dormido, y luego despertaría en la madrugada, se encontraría rodeado de sus

gatos y perros, iría a reposar una o dos horas al catre viejo, donde hace días descubrió varias chinches y luego se levantará, tomará el baño con agua helada e iniciará la rutina. El baño con agua fría y el catre viejo eran los únicos vestigios que conservaba de aquellos años en los que se preparaba para ser guerrillero.

Se daba cuenta que el tiempo avanzaba igual, las estaciones y temporadas se sucedían parecidas, pero los acontecimientos, la variedad e intensidad de los sucesos creaban la sensación de una vida efímera y fugaz, o lograban prolongarla y lo hacían experimentar la eternidad del instante, como decía ese poema que Aurora le leyó alguna vez. Vivía enamorado de Aurora. No había mujer más bella, valiente e inteligente. Siempre aprobaba sus análisis y propuestas, le parecían los más lúcidos y acertados. Eran compañeros inseparables y solidarios. Hasta que llegó el día fatal en que no pudo contenerse más y le confesó que la quería. Ella lo miró consternada, balbuceó algo, quiso tomar sus cosas y salir aprisa del cubículo, pero se detuvo; luego se acercó, lo abrazó, lo envolvió con su chal y le dijo con ternura, casi con una especie de conmisericordia: “Te quiero, y te quiero mucho, pero solo como

amigo y mi mejor camarada”. Odió la frase y más todavía cuando, como para ilustrar su explicación, ella se dejó abrazar y besar por primera vez enfrente suyo en cuanto salió del cubículo. Estaba prohibido mantener relaciones amorosas entre camaradas y él se había dado cuenta ahora que Aurora salía con el Gallo.

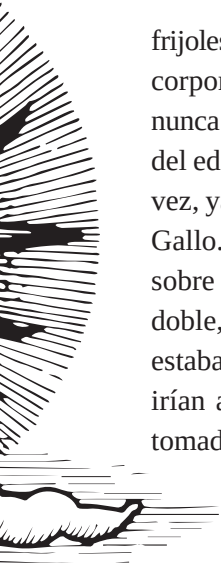
Al lado del Mongol, Filemón y el Gallo, él era uno de los cuatro dirigentes del grupo; habían pasado del activismo estudiantil a colaborar con colonos que invadían terrenos, obreros en huelga, sobre todo con los que exigían democratizar sus sindicatos. Ante los múltiples asesinatos, detenidos y desapariciones que ocurrían, decidieron sumarse a la guerrilla. Contactaron a dos muchachos delgados, nerviosos, que miraban a todos lados mientras hablaban. Decían que su trabajo consistía en distribuir las publicaciones de la guerrilla en el CCH, y para eso entraban en los baños, cuidaban que no hubiera mirones, dejaban los paquetes de modestas revistas—apenas hojas tamaño oficio dobladas a la mitad— y se alejaban rápido, procurando no atraer la atención.

Ellos harían lo mismo si querían participar, tal vez en otra escuela, en algunas oficinas o fábricas. Más que probarlos, los observaban para detectar si no eran infiltrados, “orejas” y ver qué tan dispuestos estaban a sumarse; la policía los perseguía con saña y ferocidad implacables y se valían de cualquier medio para cazarlos, vivos o muertos. Ellos actuaban ya en la clandestinidad y les explicaron que esto era lo que primero debían lograr: desaparecer como lo que eran actualmente, abandonar sus casas, conseguir un trabajo y un nuevo domicilio que les sirvieran de fachada, borrar cualquier dato que pudiera identificarlos y romper todo lazo con personas conocidas. En pocas palabras, hacerse de una nueva identidad.



Fue Aurora la que estableció el contacto y propuso la forma como se sumarían. Primero irían los más decididos y grandes, Filemón y el Mongol; después el Gallo y él, que eran los más chicos, luego seguirían las mujeres, quienes se moverían con un perfil más bajo, sin pasar completamente a la clandestinidad. A él lo consideraban como uno de los más pequeños debido a su estatura y sus facciones: bajito, de rostro aniñado y una voz todavía infantil. Sin embargo, había leído las obras completas de Mao Tse Tung; conocía al dedillo los pasos de la guerra popular prolongada y tenía elaboradas varias estrategias para hacer intervenir a las masas y al campesinado en la guerrilla urbana.

Vivía impaciente por abandonar el estrecho departamento donde vivía con su madre y sus hermanos pequeños. Vagamente recuerda que llegaron allí provenientes de Guanajuato, vinieron en busca de su padre pero nunca lo pudieron encontrar. Las direcciones que traían resultaron falsas y la madre, después de pagar varios días un cuartucho de hotel cerca de la terminal camionera, decidió rentar este departamento y ponerse a trabajar. El olor de los



frijoles cocidos, el aceite quemado y los efluvios corporales impregnaban el departamento que nunca se podía ventilar porque estaba en medio del edificio. Allí se quedaron y así creció. Una vez, ya estando en el CCH, llevó a Aurora y al Gallo. Bajó a su hermanito y se acostó con él sobre el piso para que ellos ocuparan la litera doble, pero sólo estuvieron dos horas. Aurora estaba a punto de devolver y dijo que mejor irían a la escuela; en el cubículo que tenían tomado había más lugar.

Pronto desarrolló lo que él consideraba una aguda conciencia social. El sistema capitalista había sido cruel e implacable con ellos. Pobre, sin poder conseguir trabajo, sin papeles ni la edad suficiente para trabajar y el ambiente asfixiante lo impulsaban a estar siempre en la escuela, en los jardines o en la biblioteca cuando hacía frío. Así conoció al Mongol, a Filemón, a Dulce y Aurora. Ellos formaban parte de un círculo de estudios marxistas, “pensamiento Mao Tse Tung”, y lo invitaron a participar. Pronto sobresalió por su dedicación, su constancia y memoria, así que lo adoptaron. Se posesionaron de un cubículo vacío y allí hacían las reuniones. Las muchachas llevaron una tetera y una parrilla eléctrica; compraban bolsitas de té, azúcar, café, lavaban los vasitos de unicef y con eso les bastaba. Tuvo al fin un mejor hogar donde la camaradería, las ideas y la esperanza de participar un día en el derrocamiento del sistema que lo degradaba compensaron su callado rencor y su amargura. Cuando preguntaba quién los orientaba, quién les decía lo que tenían que hacer, Filemón sólo hacía mayor el misterio al responderle: “Hay cosas que todavía no puedes saber”, y los demás reían.

Pero pronto lo conoció. Era un maestro grandote, de historia, de los que más hablaba y participaba en las asambleas. Tenía la virtud

de encender los ánimos y dividir las reuniones. Un día lo vio platicar con el Mongol. Hablaba, manoteaba, hacía el ademán de retirarse y luego volvía para continuar sermoneándolo, o eso parecía. Allí se dio cuenta que él era uno de los que les “tiraba línea” y los predisponía contra los reformistas del Partido Comunista, los traidores del troskismo y los anarco-foco-locos guevaristas. Era uno pero no el único; Filemón y Aurora hablaban con mucho respeto de los Mesa, de Galán y Silvano. Pero el grandote les llevaba el *Pekín Informa*, el *Libro rojo* y las obras completas del Gran Timonel, y les señalaba que el único camino era la guerrilla, urbana o rural. Ah, y les pedía que leyeran los libros del camarada Stalin, que encontrarían en la Sociedad de Amistad con China Popular. Era maoísta y por tanto él también se descubrió maoísta.

Fue precisamente quien lo insertó en el trabajo que hoy lo consumía. En espera de que fueran llamados para entrar en la guerrilla, se fueron acostumbrando al sueldo de cajeros, empleaditos de alguna tienda o ayudantes de albañil, como le correspondió a él. Algunos se casaron o decidieron vivir juntos, como el Gallo y Aurora. Otros continuaron estudiando, pero nadie obtuvo su título. Ingresar en la guerrilla era un asunto pendiente que parecía impedirles tener una vida normal. Un día, un grupo de invasores de terrenos del rumbo de Xochimilco les pidió apoyo y prometieron un lote a todos los que apoyaran en el predio que invadirían. Así fue como él consiguió este pedazo de terreno donde hoy convive con sus perros y gatos.

Pasó el tiempo. La guerrilla fue exterminada; sólo sobrevivieron algunos grupúsculos, que se dedicaron a secuestrar y asaltar bancos, pero sin una ideología clara sino como simples delincuentes. Las noticias de los camaradas

sobrevivientes se hicieron cada vez más escasas. Algunos se fueron al campo, varios más se integraron a los partidos políticos que fueron reconocidos, y sólo unos cuantos, como él, continuaron a la espera.

Un día aquel profesor los citó en un café del Centro y les dijo sin más: preparen sus papeles, entrarán a trabajar a la Reforma Agraria. Lo alegró pues pensaba que se trataba de un trabajo con los campesinos y que volverían a revivir el viejo sueño, pero pronto lo sacó de su error. “La Reforma Agraria, camarada, la Secretaría; estás hablando con uno de sus más importantes subsecretarios”. Así fue como descubrió que todas aquellas ilusiones de la revolución, la educación de las masas, la gran marcha hacia el campo, la emulación de la revolución comu-

nista china, no eran más que una bien planeada acción para dividir a los ya de por sí atomizados grupos de izquierda. Por eso insistían tanto en la pureza ideológica, en denunciar a los otros como liberales, reformistas, traidores al marxismo-leninismo y en afirmar que sólo ellos eran los puros. Eran solo piezas de una estrategia para fortalecer el sistema, y ahora los principales dirigentes habían arribado al poder. Como este profesor, experto en dividir las asambleas.

Agradeció que lo recordaran y lo invitaran. Casi todos eran nuevos, menos él y Aurora, quien se había convertido en una matrona obesa y semiciega. Los demás siguieron sus propios rumbos. Miró sus manos callosas y maltratadas por el trabajo rudo y el cemento. Tal vez la propuesta de Roberto no era tan



mala, les conseguía un buen empleo y eso era bueno, ahora que el peso de los años empezaba a sentirse. No traicionaba a nadie, pensó, el máximo dirigente del mundo socialista se esforzaba por derruirlo y todos los países ansiaban volver al capitalismo. Hoy daba pena acudir a una manifestación con los retratos de Mao o Stalin, los héroes de ayer. Decidió acudir el lunes, al segundo piso de ese edificio donde los esperaba la directora de Recursos Humanos para indicarles los papeles que debían llevar y los demás requisitos; ella les explicaría su función, el sueldo, el horario en que trabajarían y el área en que quedarían adscritos.

Pronto se vio convertido en un olvidado y gris burócrata. No, gris no, transparente: nadie lo necesitaba, nadie lo requería, nadie le soli-

citaba nada. Una empleada vieja en el área de Inventarios le advirtió: “No llegues tarde, no faltes, cumple tu horario, tus quincenas están seguras”. Mejoró su vivienda, se compró ropa y un reproductor para escuchar discos de José de Molina. Después adquirió una televisión, luego otra, las empotró en la pared junto con el reproductor de videos. Manejar los controles, al principio, le daba una sensación de poder, tal vez la única que había conocido en su vida. Le dio por recoger perros y gatos callejeros y les compraba su alimento. Pero cada vez su vida se fue haciendo más vacía, sin sentido, sin alicientes. De vez en cuando llamaba a su madre. Ella le platicaba de sus hermanos y sus necesidades, y él juntaba algún dinero y se lo llevaba.

Podía decir que había logrado una vida apacible. Permaneció imperturbable ante la noticia de que la guerrilla indígena anunciaba su oposición al nuevo gobierno y su disposición a combatirlo. No conocía a nadie y su ideología y proyecto le resultaban ajenos. Al principio los nuevos jefes lo dejaron en su puesto; era sindicalizado y tenía base, así que tal vez con él no se meterían. Por fin había llegado la izquierda al poder. Pero esta tarde lo despidieron, le indicaron cuándo pasar por su finiquito y para reconfortarlo la empleada le pidió discretamente que iniciara su proceso de jubilación, se la estaban dando a todos y él tenía derecho. A las quince horas, cuando terminó su turno, pasó por sus tortas para cenar y tomó el Metro. Llegó a su covacha. Miró exhausto a sus animales. Cada vez sentía más pereza limpiar la casa. Apenas le quedaba aliento para poner una película, servir el aguardiente, arrastrarse hasta el sillón y operar los controles. Se quedó dormido, soltó el vaso, dobló la cabeza con el rostro añinado sobre el pecho. Quedó en paz, silencioso y resignado. En las horas crepusculares. **L**



El perfil de su desasosiego

DIONISIO AMARO LANDER

Después de recorrer inciertos caminos, arribar a inesperados puertos y vagar por ciudades laberínticas para perseguir el resplandor de unos ojos, acometer voluptuosas caderas y sacudir cimbreantes pechos, el hombre abandonó sus rutinas de cazador errante y extrajo de su alforja un cuaderno de immaculadas páginas blancas. Se propuso representar en ellas el perfil de su desasosiego. Sus delicados dedos esbozaron un rostro melancólico, una abundosa cabellera, el altivo pecho, la delicada cintura y un aura indefinible de aquella figura que compartía los rasgos de tantas mujeres conocidas pero la representación de ninguna. Dibujó y dibujó. Solo se alimentaba de mendrugos de pan, unos trozos de queso duro ya enmohecido y una jarra de vino. Primero los vecinos de aquella apacible calle creyeron que se trataba de un pintor extravagante que así se inspiraba para crear y algunas veces lo rodeaban para admirar la figura fantasmal que iba quedando plasmada sobre la página blanca; la mujer que aparecía era muy hermosa. Después, al ver la sonrisa desatinada y el febril movimiento de su mano creyeron que era un maniático y prohibieron a sus hijas y esposas cruzar frente a él. Continuó dibujando: reconoció en la cabellera a la doncella que lo inició en los antiguos rituales

amorosos, cuando él tenía apenas siete años; los pechos le recordaban a Roxana, la joven hechicera que le leyerá día a día la mano mientras cohabitaron junto al río, en aquella aldea perdida en la planicie costera; la cintura era de la mulata de aquel puerto donde todos los días llovía y que debió abandonar porque millares de cangrejos se extendían como alfombra viviente dondequiera que iba; la espalda era de la condesa húngara que lo sedujo cuando él vivía unos días de paz revisando sus diarios; la esbelta osatura era sin duda de la compañera juvenil que había perdido en Londres... Y así cada detalle. Pero los ojos, la sonrisa triste, el aire melancólico que se posaba como sutil pátina sobre el dibujo no los podía reconocer. Los días pasaban, sólo bebía vino, crecieron su cabello y su barba; su gruesa ropa de algodón se hizo negra; el polvo, el sol y el hambre hicieron lo demás para transfigurarlo en una desastrosa sombra. Sólo el fulgor de sus ojos denotaba la inteligencia férrea que se refugiaba en algún rincón de su mente. Un día apareció: era madura pero aún hermosa y esbelta, con el aire indefinido y melancólico del dibujo, los brazos cruzados sobre el pecho, el andar firme, con una seriedad y decisión que contrastaban con su aparente fragilidad: “No te fatigues más”, le dijo, “aquí estoy, es tiempo de volver. Soy tu madre”. **L**

El regreso

Quiso sentir nuevamente la suave brisa de octubre, contemplar cómo las ramas se inclinaban ceremoniosas para mostrar el envés de sus hojas y descubrir la danza secreta de los árboles, sus árboles, encaramado en la parte más alta de uno de ellos. Anheló mirar el ocaso desde las alturas y comprobar cómo el sol estallaba en su agonía en cien mil fragmentos. En su memoria se dibujó aquella casa: el amarillo limonero, el mango siempre verde y umbrío y la silenciosa hosquedad del aguacate. Deseó acariciar por última vez las piedrecillas marinas halladas en su infancia, contemplar la inmensidad del sur, la pétrea y rugosa cortina del oriente y el cercano poniente de los atardeceres. El norte prefería no evocarlo pues lo recorrería palmo a palmo si lograba volver. Miró sus manos, palpó su cuerpo, comprobó que la vida aún palpitaba trémula en su envejecido cuerpo. Hizo un pequeño bulto con sus cuadernos, sólo incluyó las *Meditaciones* de Marco Aurelio y una gruesa manta de lino. El viaje le llevó dos semanas. Nadie lo vio cuando llegó al sitio donde se levantaba la casa, excepto la tenue claridad de la luna. Unos cuantos troncos podridos, pedazos de tejas y el espacio cuadrangular con hierbajos ralos era lo único que indicaba que allí había existido algo. Un monte bajo cubría la superficie donde estuvieron el patio, el corral y los horcones para sujetar las bestias. No quedaban huellas del aguacate ni del limonero, sólo el mango se movió suavemente cuando lo vio llegar. Fue hacia el promontorio donde encontró las piedrecillas marinas y escarbó con sus dedos hasta hacerlos sangrar. Milagrosamente allí estaban, las puso en la concavidad de sus manos y las aspiró como si fuesen el más delicioso aroma. Un coyote aulló en la lejanía. Se hincó, se reclinó sobre la tierra, lloró con la cara puesta en el suelo y derrochó sus postreras exhalaciones en la límpida soledad de aquella montaña. (D. A. L.)



DIRECTORIO UNAM

Rector

Dr. Enrique Graue Wiechers

Secretario General

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario Administrativo

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario de Desarrollo Institucional

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Secretario de Prevención, Atención y Seguridad Universitaria

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

Abogada General

Dra. Mónica González Contró

Director General de Comunicación Social

Mtro. Néstor Martínez Cristo



DIRECTORIO CCH

Director General

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Secretario General

Mtro. Ernesto García Palacios

Secretaría Académica

Lic. María Elena Juárez Sánchez

Secretaría Administrativa

Lic. Rocío Carrillo Camargo

Secretaría de Servicios de Apoyo al Aprendizaje

Lic. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaría de Planeación

Lic. Maricela González Delgado

Secretaría Estudiantil

Lic. Mayra Monsalvo Carmona

Secretaría de Programas Institucionales

Lic. María Isabel Díaz del Castillo Prado

Secretario de Comunicación Institucional

Lic. Héctor Baca Espinoza

Secretario de Informática

Ing. Armando Rodríguez Arguijo

LATITUDES CCH

Director General

Benjamín Barajas Sánchez

Jefe de Redacción

Fernando Álvarez Téllez

Diseño

Julia Michel Ollin Xanat Morales

Colaboradores:

Dionisio Amaro Lander

Román Castillo

Ramón Cortés y Coronel

Rosalba Crotte Carrillo

Renán Chaparro Villamil

Jesús García González

Jaime León Herrera-Cano

Jessica Maldonado López

Pablo Martínez García

René Monteagudo Rubio

Netzahualcóyotl Soria Fuentes

Roberto Zárate Córdova

© Derechos reservados 2019 Universidad Nacional Autónoma de México. *Latitudes CCH* (Núm. 1, año 1) es una publicación trimestral (la presente corresponde al periodo abril-junio de 2019), editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México, a través de la Dirección General del Colegio de Ciencias y Humanidades, Insurgentes Sur esq. Circuito Escolar, 2o piso, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04510, teléfono 5605-2357. Correo electrónico: bbarajas45@cch.unam.mx, latitudes19@yahoo.com.

Editor responsable: Fernando Álvarez Téllez, correo: fdoalvtel@gmail.com. Certificado de Reserva de Derechos al uso Exclusivo: solicitud en trámite, ISSN: solicitud en trámite, Certificado de Licitud de Título y Contenido: solicitud en trámite. Impresa en la imprenta del Colegio de Ciencias y Humanidades, Domicilio: Monrovia 1002 Col. Portales, C.P. 03300, Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México; este número se terminó de imprimir en abril de 2019, con un tiraje de 1,000 ejemplares, impresión tipo offset, con papel couché de 100 grs. para los interiores y cartulina couché de 250 pts. para los forros. La responsabilidad de los textos es exclusivamente de quien los firma y no refleja necesariamente el punto de vista de la institución. Se autoriza la reproducción de los artículos (no así de las imágenes e ilustraciones) con la condición de citar la fuente y respetar los derechos de autor.

CONVOCATORIA

LATITUDES **CCH**

Núm. 2

Escritura y lectura, hermanas siamesas

La experiencia de todo lector se vuelca en la escritura. El secreto de todo buen escritor proviene de sus lecturas. Una actividad no puede existir sin la otra. La humanidad ha pretendido separarlas para entenderlas y aprenderlas mejor, y en este propósito ha provocado un equívoco: considerarlas dos actividades diferentes y creer que una se puede entender sin la otra. Nada más inexacto. Cuando Borges dice "Soy más lector que escritor", revela una de las claves de su admirable escritura: la del exigente lector que está detrás de todos sus textos. Un buen lector reconoce a un escrito pobre y mal redactado, y percibe de inmediato el estilo y la palpitación de la prosa viva, original y exacta.

¿Qué es la escritura? ¿Por qué hay libros que después de leerlos nos motivan a escribir? ¿Por qué algunos textos sólo pueden comprenderse subrayando, anotando, escribiendo? ¿Escribir es una habilidad innata o es posible de aprender? ¿Puede una persona escribir sin leer? ¿Se comprende y recuerda mejor un texto si escribimos y hacemos anotaciones? ¿Qué herramientas empleas para apropiarte de una lectura? ¿Cómo es tu proceso de escritura: un proceso meditado, planeado y controlado, o te dejas llevar por la silenciosa voz de ese exigente lector que has formado? ¿Qué libros y de qué género te han impulsado a escribir? ¿Cómo es la enseñanza de la escritura en el CCH? ¿Y si escribir fuera la pieza que nos hace falta para leer mejor?

Se invita a profesores y alumnos del CCH a enviar sus colaboraciones en torno a estos temas u otros más que aborden la relación entre lectura y escritura. Los textos deben incluir nombre, decir si es estudiante o profesor, poner área, plantel de adscripción, y semestre y turno para alumnos. Los escritos se deben enviar a los siguientes correos:

**latitudescch19@yahoo.com
bbarajas45@cch.unam.mx**

Las colaboraciones se recibirán a partir de la publicación de esta convocatoria y hasta el 15 de mayo del presente año. Deberán escribirse en letra Arial, Times New Roman o Calibri de 12 puntos e interlineado normal. También se reciben cartas, comentarios y críticas que no excedan de una hoja tamaño carta.